



Z-466

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Verano 1990

40

II Epoca

LA DEMOCRACIA ECONOMICA Y EL SOCIALISMO

Manuel Escudero, Manuel de la Rocha, Manuel Ventura, Matilde Fernández

FIN DE UNA ETAPA.  
COMIENZO DE UN TIEMPO

José M<sup>a</sup> Benegas

SOCIALISMO DEMOCRATICO  
Y ECONOMIA ABIERTA

Julio Rodríguez

CHILE: CLAVES DE  
UNA TRANSICION

José J. Brunner

PLAN PARA UNA  
EUROPA NUEVA

Stanley Hoffman

EL CONGRESO DE LOS  
SOCIALISTAS ITALIANOS

N. Bobbio / L. Pellicani

INCERTIDUMBRE DE UNA  
ERA DEMOCRATICA

Leszek Kolakowski

E D I T O R I A L

**PABLO IGLESIAS**

---

## LA PERESTROIKA

---

### ¿A DONDE VA LA UNION SOVIETICA?

---

Fernando Claudín (comp.)

A. Adamovich, A. Butenko, V. Chalidze, E. Etkind,  
F. Fernández-Ordóñez, F. Iskander, Y. Kariakin, L. Kopelev,  
V. Korotich, M. Lavigne, K. Liubarski, Z. Mlynar, A. Nove,  
A. Nuikin, R. Orlova, L. Paramio, G. Popov, M. Reiman,  
J. Sapir, L. Shelley, N. Shmeliov, V. Strada, A. Streliani,  
C. Urjewicz, L. Vosnesenski.

316 págs.

2.000 ptas.

En este libro se recogen las ponencias presentadas en la Conferencia Internacional «La perestroika: ¿a dónde va la Unión Soviética?, que tuvo lugar en Barcelona. Destacadas personalidades venidas de la URSS discutieron, junto con disidentes y soviólogos occidentales, los problemas más candentes de la gran transformación que está produciéndose en el «mundo soviético».

**Pedidos:**  
**EDITORIAL PABLO IGLESIAS**  
Monte Esquinza, 30 - 2.º  
28010 Madrid

**Forma de Pago:**  
Talón bancario o  
Giro postal



# Leviatán

---

Revista de hechos e ideas

---



**ACTUALIDAD**

<b>El fin de una etapa, el comienzo de un tiempo. José María Benegas .....</b>	<b>5</b>
<b>El socialismo democrático ante el reto de la economía abierta. Julio Rodríguez López.....</b>	<b>15</b>
<b>Chile. Claves de una transición. José Joaquín Brunner</b>	<b>25</b>
<b>Un plan para la Europa nueva. Stanley Hoffman.....</b>	<b>33</b>
<b>América Latina ante los cambios en Europa oriental. Klaus Bodemer .....</b>	<b>45</b>

**ENTREVISTA**

<b>Entrevista con Ralf Dahrendorf. Giancarlo Bosetti.....</b>	<b>53</b>
---	-----------

**PROGRAMA 2000**

<b>La democracia económica y el socialismo Manuel Escudero, Manuel de la Rocha, Manuel Ventura, Matilde Fernández.....</b>	<b>59</b>
--	-----------

**ANALISIS Y DEBATE**

<b>El congreso del Partido Socialista Italiano. Norberto Bobbio .....</b>	<b>91</b>
<b>Carta abierta a Norberto Bobbio. Luciano Pellicani....</b>	<b>95</b>
<b>Mis críticas al PSI. Norberto Bobbio .....</b>	<b>103</b>
<b>Incertidumbres de una era democrática. Leszek Kolkowski .....</b>	<b>107</b>

**LIBROS**

<b>Miguel Porta, Luis Gatt, Miguel Porta, Virginia Maquieira y Cristina Sánchez .....</b>	<b>113</b>
---	------------

# Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

**Director:**

Salvador Clotas

**Coordinador:**

Manuel Ortuño Armas

**Comité de Dirección:**

Antonio G. Santesmases

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Ramón Vargas-Machuca

Julio R. Aramberry

Santiago Roldán

Miguel Satrústegui

**Comité Asesor:**

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Elías Díaz

M. A. Fernández Ordóñez

X. Rubert de Ventós

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J. A. González Casanova

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. Martínez Reverte

**Secretaría de Redacción:**

Mary Carbone

**Editada por la Fundación Pablo Iglesias.**

---

**Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.**

---

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010 Madrid. Tel.: 410 46 96.

D. Legal: SE. 446-1978. I.S.S.N. 0210-6337.

Distribuye: Siglo XXI de España, S.A. - C/. Plaza, 5 - 28043 Madrid.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Fernández de la Hoz, 60 - 28010 Madrid.

Esta Revista es miembro de ASEI.



ACTUALIDAD

1

# EL FIN DE UNA ETAPA, EL COMIENZO DE UN TIEMPO

*José María BENEGAS*

**Se puede decir que estos ocho años de gobierno socialista han cerrado una etapa y han abierto un tiempo nuevo. Han cerrado la etapa de consolidación de una España moderna, definida en sus relaciones internacionales, políticamente vertebrada, ajustada a su espacio y su tiempo. Han hecho realidad la modernidad del país, lo han ceñido a su nuevo entorno, a la Europa de los años 90, con sus problemas y sus esperanzas.**

**Y** en este sentido hemos comenzado un tiempo nuevo. Ahora ya los problemas de España se parecen mucho a los del resto de Europa, especialmente a los de los países de desarrollo intermedio, pero están ya lejanos del problema de España, del obsesivo pesimismo al que se vieron abocadas sucesivas generaciones por la agobiante conciencia de que el país se en-

contraba en un callejón sin salida. Hoy España tiene esperanzas reales, y no simplemente ilusorias, de avanzar por el camino del progreso y la modernización, de aproximarse a los países desarrollados en el sentido más positivo del término. Creo que por primera vez en este siglo el pueblo español es dueño de su propio futuro y depende de sí mismo.

---

***Hoy la democracia está asentada y el régimen parlamentario basta y sobra para asegurar la gobernabilidad.***

---

Basta ver cuántos países se han visto arrastrados a un pozo de desesperanza por la crisis económica y sus secuelas, o cuántos toman por referencia lo logrado por España en sus intentos de salir de ella, para comprender que estamos ahora ante desafíos nuevos. Merece la pena plantearlos y pensar cómo podemos llegar a afrontarlos.

El primero es el de la gobernabilidad: España ha sido tradicionalmente un país ingobernable por medios democráticos, en el que el empate catastrófico entre los diferentes intereses conducía a situaciones de bloqueo en las que una de las partes (casi siempre la misma) terminaba recurriendo a la fuerza para decidir el equilibrio a su favor y mantenerlo así establemente mediante la represión.

Hoy, por el contrario, la democracia está asentada, y el régimen parlamentario basta y sobra para asegurar la gobernabilidad. No sin problemas, ciertamente. A ellos haré referencia más adelante. Baste señalar aquí que el Partido Socialista ha tenido por ocho años, y sigue teniendo, el suficiente apoyo social para asegurar la estabilidad del gobierno. Hay una clara mayoría de progreso, cristalizada gracias al realismo y la moderación pragmática de la gestión socialista, y hay razones para pensar que esa mayoría de progreso no está en juego: la reconversión del área comunista, pese a la obcecación de algunos de sus dirigentes, sólo puede conducir a sus votantes y militantes, a medio plazo, a la convergencia en el área socialista como gran causa común de la izquierda española, a

semejanza de lo que parece estar ocurriendo también en Europa y especialmente en Italia.

Además, un elemental principio de realismo lleva a los partidos nacionalistas, PNV y CIU, a buscar la negociación con el gobierno socialista. Si a esto sumamos que el descalabro del CDS en dos elecciones consecutivas, como consecuencia de su imagen de connivencia con la derecha, le ha llevado también a posiciones de negociación y apoyo (en aras de la gobernabilidad) al gobierno socialista, parece razonable decir que el mantenimiento de la mayoría de progreso como eje de la política española está garantizado, más allá de los propios votos socialistas, que por sí mismos son suficientes, y por consiguiente también la estabilidad.

Señalaba anteriormente que la democracia está asentada, pero no exenta de problemas. En efecto, la consolidación de una derecha creíble como alternativa de gobierno ha sido durante una buena parte de la transición, y hasta hoy, una de las asignaturas pendientes de nuestra democracia. Desde que las disputas ideológicas y las peleas de notables (los barones) hicieron saltar al gobierno de la UCD, la incapacidad de la derecha política para elaborar una oferta coherente al centro sociológico le ha llevado a posiciones de exasperación que pretendían poner en cuestión la legitimidad misma del régimen democrático, en nombre, eso sí, del mismo principio democrático.

Las amenazas de echarse al monte, abandonando el Parlamento, la negativa al diálogo si no se aceptan de antemano sus posiciones, la pretensión de obtener cuotas de poder superiores a la representación que les daban las urnas, han sido episodios recurrentes durante los años de gobierno socialista. Se diría que hoy el lenguaje es aparentemente más razonable. Sin embargo, el proyecto estratégico de la derecha española sigue sin estar fundamentado en un programa alternativo al socialista. Más bien cabe

pensar que algunos dirigentes del Partido Popular están empeñados en alcanzar el poder político mediante la búsqueda del descrédito personal de los líderes socialistas o el ataque descalificador a los valores que ha representado el PSOE a lo largo de su historia. En todo caso, uno de los problemas de la democracia española y, en buena medida, causa de la pobreza del debate político reside en la ausencia de un programa conservador que pudiera ser confrontado como alternativo al socialista.

Mi principal preocupación reside en los riesgos de una práctica política que no pretende construir sino fundamentalmente descalificar y destruir al adversario. Una democracia, además de las normas constitucionales, tiene reglas no escritas que los grandes partidos, aquellos que pueden acceder a responsabilidades de gobierno, deben respetar y hacer respetar. La confrontación política debe ser digna en el terreno de la controversia de las ideas, de los proyectos y de los programas que, siendo contradictorios, aspiran legítimamente a ser mayoritarios en la sociedad. No todo debe valer en política. Cuestionar la esencia última de la democracia, como supone poner en entredicho las garantías y limpieza de los procesos electorales sin ningún fundamento, o acusar de corrupción a los gobernantes sin aportar las correspondientes pruebas ante los jueces constituyen ejercicios de grave irresponsabilidad política en la construcción y consolidación democrática de un país, tarea que debe ser permanente en cualquier sociedad y más en una democracia joven como la española.

No se debe deteriorar gratuitamente algo tan importante en una democracia como es la confianza de los ciudadanos en sus gobernantes, depositarios de la voluntad popular. El desacuerdo con sus programas o acciones de gobierno y su crítica son algo legítimo e inevitable cuando se ejerce el poder político adoptando decisiones y afrontando los problemas. Pero la incertidumbre gratuita sobre

la honorabilidad y rectitud de la acción de los gobernantes, al margen de sus aciertos o errores, comporta inevitablemente la pérdida de legitimación del sistema democrático, y conduce a un peligroso alejamiento de los ciudadanos de algo tan noble como es la política entendida como preocupación por los asuntos colectivos.

Frenemos las tendencias de autodestrucción que, de tiempo en tiempo, surgen en la sociedad española a través de sus élites políticas, intelectuales o periodísticas y que tantos males han causado a lo largo de nuestra historia. Nuestro sistema de partidos es todavía frágil y la capacidad de sustitución de los dirigentes de las diferentes opciones políticas limitada. La democracia requiere de tradición y hábitos asentados, y éstos se adquieren con el necesario transcurso del tiempo para que sus principios y valores arraiguen no sólo en la mente sino también en el corazón de los ciudadanos.

¿Podremos contar algún día en España con una derecha respetuosa de las reglas del juego no escritas de una democracia y que confronte en buena lid sus programas políticos? Sería deseable para la gobernabilidad del país, y habríamos superado una asignatura pendiente de nuestra joven democracia.

El otro elemento de preocupación para el funcionamiento del sistema reside en la actitud de algunos medios de comunicación. Es obvio que en una democracia los medios de comunicación deben ser críticos, pero desde

---

***La consolidación de una derecha creíble como alternativa de gobierno ha sido una de las asignaturas pendientes de nuestra democracia.***

---

el rigor. No vale acusar de arrogancia al poder político mediante el propio uso de la arrogancia, y de la descalificación impune. La grandeza está en la crítica de lo criticable y en el reconocimiento de lo elogiabile. También en la rectificación del error o del falseamiento de los hechos con los mismos caracteres con que han sido difundidos. Lo contrario no es el ejercicio de la libertad de expresión: es una tropelía.

Si una profesión se prestigió durante la recta final de la dictadura y los primeros años de la transición democrática fue el periodismo. Entonces la lucha por la verdad, la ilusión por recuperar las libertades, y el desafío a la represión del sistema incluidos los riesgos personales, fundamentaron el prestigio de una digna profesión. El periodismo serio y riguroso, ese periodismo que puede cometer errores pero que no se ampara en la mentira, en la difamación o en la pura intoxicación informativa, alcanzó éxitos notables en nuestros medios de comunicación durante esta etapa. Sin embargo, ese logro de un colectivo profesional se desvirtúa hoy por la actitud de algunos medios de comunicación, y una respetable profesión corre serios riesgos de desprestigio general porque no todo puede valer en una sociedad democrática. Los medios de comunicación, cualquiera que sea su ideología originaria, o la de las empresas que los sustentan, deben estar al servicio de algo tan simple, pero a la vez tan grande y noble, como es el respeto a la verdad por encima de todo, incluido el índice de ventas o de audiencias del producto que elaboran. Cuando el respeto a la verdad no

---

***Nuestro sistema de partidos es todavía frágil y la capacidad de sustitución de los dirigentes de las diferentes opciones políticas limitada.***

---

constituye el límite de lo infranqueable en la labor periodística se produce —como escribió Gumersindo de Azcárate— la tendencia a sustituir el interés que el periódico debe despertar a fuerza de arte, habilidad, cultura, perspicacia y buen gusto, con el malsano y momentáneo que le dan el noticierismo, las personalidades, los chismes y el escándalo.

Es preciso recuperar para la sociedad española el periodismo serio y responsable. El que está al servicio de la información y de la verdad. El que practica la crítica del poder desde el rigor, la verificación de los hechos y el lenguaje correcto, aunque sea implacable en ella.

Se trata de construir un país sólido, riguroso y digno en todos los aspectos de su vida pública. Es evidente que esta tarea es responsabilidad, en buena parte, de los políticos. Pero a ella también deben contribuir en la misma medida todos aquellos que por su influencia son conformadores de la opinión pública del país. Si, además, la derecha se decantara definitivamente hacia posturas de moderación tendríamos definitivamente configurado un panorama de normalización política en el que la alternancia en el gobierno (por supuesto, siempre legítima en una democracia) no implicaría ningún problema de gobernabilidad. Como ya se puede suponer, los socialistas haremos lo posible para que esto no ocurra, pues creemos en nuestro propio proyecto. Pero es muy importante que pueda ocurrir, no ya sin sobresaltos, sino sin tan siquiera la sombra de una marcha atrás en nuestro sistema democrático o una incertidumbre para la gobernabilidad del país.

El segundo gran desafío es el de mantener el crecimiento económico. Los resultados de los últimos años son espectaculares, pero no dejan de plantear problemas. El primero es que el crecimiento debe mantenerse establemente si queremos acabar con el problema del paro, o al menos reducirlo a cifras que

sean socialmente tolerables y no supongan un drama para familias enteras. Y aquí es fácil ver que chocamos con el riesgo de que la inflación y la balanza de pagos nos obliguen a un ritmo menor de crecimiento: nuestro rápido crecimiento ha creado desequilibrios que pueden poner en peligro la continuidad del crecimiento. Por ello sería muy deseable un gran acuerdo nacional sobre los objetivos y ritmos del crecimiento, para que el conflicto entre intereses particulares no acabe conduciendo a un callejón sin salida.

Los socialistas no concebimos el crecimiento de la riqueza como un objetivo en sí mismo sino en función de la prosperidad general y de las aspiraciones de todos los hombres y las mujeres por alcanzar aquellos mínimos económicos que posibiliten su aspiración a la felicidad. Y entendemos el papel del Estado como intermediario entre estos principios y la tendencia humana al egoísmo y a la insolidaridad. Tendencia que, protegida desde el poder, termina siempre por consagrar las más brutales desigualdades.

Hay un segundo punto imprescindible para asegurar nuestro crecimiento futuro. La salida de la recesión ha provocado una explosión de la demanda de servicios y del uso de las infraestructuras. Y hemos descubierto que nuestras redes de servicios y nuestra infraestructura eran claramente insuficientes para una sociedad en expansión económica y social. Sería fácil decir que se ha tratado de una imprevisión por nuestra parte, y que deberíamos haber invertido más en servicios e infraestructura desde el primer momento. Pero esto nos lleva a la idea que ya tantas veces he manejado: partiendo de todas las carencias no se podía invertir en prever necesidades futuras, lo que era imprescindible para cubrir las necesidades ya existentes. Aun así la derecha nos ha acusado sistemáticamente de mantener un gasto público en expansión: el gasto necesario para crear las infraestructuras que ya son patentemente nece-

---

***Una respetable profesión, el periodismo, corre serios riesgos de desprestigio general porque no todo puede valer en una sociedad democrática.***

---

sarias sólo puede abordarse ahora, pero esto implica un tiempo de ajuste entre la demanda y la oferta que constituye sin duda un grave problema.

Ahora bien, lo importante es que estos problemas son normales, son problemas que exigen acierto en la actuación y ya no grandes decisiones, y éste es el principal activo a favor de los socialistas en nuestra gestión. Se ha superado la etapa de las grandes definiciones, de las decisiones históricas, y viene el tiempo de la gestión cotidiana, de la administración acertada. No es poco, y muchos gobiernos querrían poder haber dejado esta herencia.

Esta perspectiva puede hacer pensar que para los socialistas no quedan grandes tareas pendientes, tan sólo profundizar en lo ya hecho. No es así: tenemos varias grandes tareas pendientes. Una es culminar con acierto el papel que debe desempeñar España en el nuevo orden político internacional que se está gestando a partir de la quiebra de los sistemas comunistas, la unificación alemana y la redefinición, como consecuencia de todo ello, del nuevo mapa europeo. Un nuevo orden político internacional se fraguará en los próximos años y la definición de nuestra situación y papel en el mismo es esencial para el futuro de España. La otra gran cuestión pendiente es la de adecuar la cultura política nacional, y la nuestra, a los tiempos muy distintos que vamos a vivir. Es cierto que no hemos podido contar en esta tarea con medios de comunicación que nos la facilitarían, pero el hecho es que hoy debemos

---

***Los socialistas no concebimos el crecimiento de la riqueza como un objetivo en sí mismo sino en función de la prosperidad general.***

---

tratar con una sociedad escindida entre una cultura neoconservadora y una vieja cultura de izquierda, y que a veces nos resulta muy difícil hacer llegar a la sociedad nuestra visión de lo que es una cultura progresista frente al fin de siglo y los grandes cambios que se están produciendo. A estas dos grandes cuestiones pendientes me referiré a continuación.

El desmoronamiento de los sistemas comunistas significa, entre otras cosas, que estamos ante un cambio de civilización. A partir del fracaso comunista ningún modelo que no arranque de la libertad como valor universal podrá ser propuesto desde la izquierda. Cobra hoy, después de setenta años, especial vigencia la respuesta de Fernando de los Ríos a Lenin. «¿Libertad, para qué? Libertad para ser libres.» La caída del muro de Berlín conduce inevitablemente a la unificación alemana. Como demócratas, no podemos oponernos a la misma, aunque ello no debe suponer que olvidemos sin mayor reflexión el pasado. Las tentaciones expansionistas alemanas, las dos grandes guerras y sus orígenes, las tendencias de sus élites intelectuales a considerar a Alemania como «nación central», «corazón de los pueblos» o «pueblo con misión salvífica planetaria», forman parte de la historia europea de este siglo, que no sólo no conviene olvidar, sino que es menester tener presente para construir un futuro europeo que no incurra en los errores y brutalidades del pasado. Es obvio que, independientemente de los costes de la unificación en el corto plazo, surgirá una nueva Alemania en el concierto europeo con

gran poder político y económico, lo que puede conducir a nuevas aspiraciones hegemónicas. Se abre una etapa de la historia europea en la que los equilibrios derivados de la segunda guerra mundial han quedado rotos y obsoletos sin que, por el momento, hayan sido sustituidos por un nuevo orden político que garantice la paz y la cooperación entre los pueblos de modo estable y duradero. No es que la paz esté amenazada en un proceso en el que la distensión ha desempeñado un papel decisivo, sino que estamos en un momento de transición en el que el viejo orden europeo no ha sido sustituido todavía por uno nuevo y el proceso no está exento de riesgos. La incertidumbre sobre el destino de la *perestroika* en la Unión Soviética, el resurgimiento de los nacionalismos y movimientos secesionistas, y los brotes crecientes de racismo y xenofobia en algunos países europeos constituyen sombras y riesgos nada despreciables sobre el futuro de Europa. Entramos en una etapa en la que, por consiguiente, es primordial la tarea de redefinir un nuevo orden político que garantice la estabilidad y la paz, mediante un sistema de cooperación económica fundamentado en la solidaridad, y un esquema de seguridad compartida aceptado por los países europeos, la Unión Soviética y Estados Unidos. Desde esta perspectiva la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea adquiere singular trascendencia por poder constituir el marco adecuado en el que se alcancen los objetivos antes expuestos. La Comunidad Europea va a constituir un factor de estabilidad de primer orden en todo el proceso y más, si cabe, en los momentos de riesgo. Su fortalecimiento, cohesión y avance hacia la Unión Europea debe ser tarea prioritaria del socialismo democrático.

Si siempre ha sido cierto —aunque no bien comprendido en nuestro país— que la verdadera política es la política exterior, hoy lo es más que nunca, no sólo por lo que acontece, sino porque lo exterior condiciona cada vez más intensamente la política in-

terior. Bien es verdad que la Comunidad Europea no puede considerarse como un valor exterior porque participamos desde dentro de la misma, en sus problemas y en su construcción. Pero sí lo es la definición del papel que queremos que desempeñe España en el concierto de las naciones europeas. La tarea realizada hasta el presente nos permite, al menos, plantearnos la cuestión sobre nuestro futuro desde la convicción de que por primera vez en mucho tiempo dependemos de nosotros mismos. A continuación debemos añadir que vivimos en un mundo en que nadie nos va a regalar nada y que, por consiguiente, el futuro de España depende del esfuerzo de los españoles para alcanzar los objetivos nacionales que predeterminamos con el máximo consenso posible.

La poderosa Alemania pretenderá consolidar una posición hegemónica manteniendo su influyente presencia en la Comunidad Europea al mismo tiempo que dirige sus nuevos esfuerzos a la conquista de los mercados emergentes en la Europa central y oriental. Los nuevos equilibrios europeos deben tener su fundamento en lograr que Alemania permanezca estrechamente vinculada en todos los órdenes a la Comunidad Europea compartiendo la unión política, la unión económica y monetaria y los avances que se produzcan en una política exterior y de seguridad común. Será necesario estar atentos y combatir cualquier tendencia que surja en el seno de la sociedad alemana que pretenda la vuelta al concepto de «país central», desvinculado de la Europa Comunitaria y de sus compromisos en materia de seguridad.

Si pretendemos este objetivo y además aspiramos a que España no juegue un papel subalterno en la futura Comunidad Europea, creo de un gran valor estratégico que apostemos por la creación del eje Bonn (Berlín), París, Madrid, como elemento de estabilidad e impulso de la Comunidad y como eje compensador del Este emergente. Ahora bien, esta plaza privilegiada para nuestro país en el

concierto europeo está por ganar, constituye una apuesta de futuro. La política exterior de los gobiernos presididos por Felipe González han supuesto avances sustanciales en esa dirección. No obstante debemos ser conscientes de que a un país sólo se le reconoce un papel relevante en el concierto de las naciones por su situación geoestratégica o bien, por su solidez interna, su desarrollo económico y el prestigio y rigor de su política exterior. Tenemos ante nosotros la posibilidad de construir un país que posea estas características y que desde la solidez interna mantenga un crecimiento económico que nos permita acortar distancias con los países europeos más avanzados, y sea, además, respetado en sus planteamientos de política exterior. Este es el gran desafío español para la próxima década. Algunos de los elementos negativos que pudieran impedirlo han sido señalados al inicio de este capítulo. Están detectados y, en su consecuencia, se trata de superarlos eficazmente para construir un gran país con peso específico en el concierto de las naciones europeas.

Señalaba que otra de las grandes tareas pendientes es la de adecuar la cultura política nacional, y la nuestra, a los tiempos muy distintos que vamos a vivir. Es bastante evidente la existencia de una cultura individualista conservadora para la que el único valor es el enriquecimiento a cualquier precio, el consumo ostentoso, que se complace en su propia superficialidad y en su narcisismo, y da de lado cualquier consideración ética o desprecia el valor de la solidaridad. Ya es malo ver cómo esa cultura cunde entre gene-

---

***Estamos en un momento de transición en el que el viejo orden europeo no ha sido sustituido todavía por uno nuevo.***

---

raciones adultas, especialmente entre personas que en un tiempo se enorgullecieron de su pensamiento progresista, pero es peor verla extenderse entre los más jóvenes. Si se generalizan entre los jóvenes la apatía política, la insolidaridad y la pura satisfacción en el consumo, si se desarraigan los principios progresistas entre la juventud, el proyecto socialista se verá gravemente amenazado.

Pero también debemos contar con la vieja cultura de izquierdas, que confunde los principios con la estrategia, y que a menudo reivindica soluciones utópicas para problemas demasiado reales, dejándose impresionar por las palabras. Contra lo que podría pensarse, esta vieja cultura de izquierdas refuerza el ascenso de la ideología conservadora, en vez de contrarrestarlo. Ante las propuestas utópicas sólo cabe finalmente el desencanto, y si el desencanto conduce a la desmoralización acaba dejando paso al cinismo individualista.

El fracaso y fin del comunismo y el éxito de fuerzas conservadoras en las primeras elecciones libres en algunos países del Este ha conducido a los ideólogos conservadores a proclamar el fin de la historia al haberse producido —según ellos— el triunfo universal del liberalismo capitalista. Es cierto que el comunismo pasará a la historia como una respuesta bárbara al capitalismo porque suprimió la libertad dando lugar a dictaduras deleznable, no consiguió la igualdad y fracasó desde el punto de vista de la eficiencia económica.

---

***Una de las tareas pendientes es adecuar nuestra cultura política a los tiempos muy distintos que vamos a vivir.***

---

Desde otra óptica, la historia ha otorgado la razón, de modo irrevocable, a la izquierda que siempre defendió que no podía construirse el socialismo sin libertad y que el socialismo es, en definitiva, la profundización de la democracia en todos los órdenes.

Sin embargo, los conservadores identifican la aceptación universal del mercado con el triunfo irrefrenable del capitalismo. Asimismo, en algunos sectores de la izquierda se supone que el socialismo democrático deja de ser anticapitalista en sus valores para convertirse en mero reformador de los efectos más perversos del capitalismo. La duda puede ser razonable, pero debemos despejarla manteniendo el acervo ideológico socialista como un proyecto de civilización culturalmente anticapitalista que se asienta en valores diferentes a los del afán de lucro personal, a la experiencia vital planteada desde la insolidaridad o el exclusivismo, el desinterés y olvido de las desigualdades e injusticias sociales, el consumismo que todo lo uniformiza o el imperio de la ley del más fuerte en las relaciones sociales.

El socialismo democrático, partiendo de la aceptación del proyecto vital como experiencia inevitablemente individual, debe mantener y, si cabe, acentuar su espíritu emancipador en la medida en que se rebela contra la desigual condición humana para determinar su proyecto vital y combate la existencia de relaciones de dominación y explotación en la sociedad que dan lugar a todo tipo de injusticias. El socialismo democrático y emancipador debe aceptar la economía de mercado, pero oponerse a la cultura y la civilización capitalista que conducen inexorablemente a acrecentar las injusticias y las desigualdades, no solamente entre las personas sino también entre los pueblos.

Los valores del socialismo democrático son éticamente superiores a los del capitalismo. La definición del «interés general» que tenga en cuenta el objetivo de la igualdad en

las condiciones de desarrollo de los seres humanos y los niveles mínimos de protección social que hay que garantizar a cada persona para que pueda ser plenamente soberana en el diseño de su autorrealización, es una meta esencialmente contradictoria con los principios en que se asienta el capitalismo. Sólo el socialismo, fundamentado en los valores de libertad, igualdad, justicia social, tolerancia y solidaridad, puede establecer los cimientos de una sociedad de hombres y mujeres libres que se desarrollan y conviven en condiciones de igualdad, mediante un pacto de solidaridad que permita que todos los miembros de la colectividad alcancen la condición de ciudadanos y personas.

¿Qué puede garantizar el triunfo de estos valores en nuestras sociedades? Sin duda, aunque no exclusivamente, el ejercicio del poder político por las fuerzas de progreso que mantienen valores alternativos a los del capitalismo, es decir, fundamentalmente el socialismo democrático. La derecha pretende descalificar a los socialistas afirmando que lo único que nos preocupa es «el mantenimiento del poder por el poder». El ataque es burdo como en general todo lo que proviene de sectores de la derecha no impregnados de hábitos democráticos. Toda opción no política que se precie de serlo y tenga confianza en la bondad de sus proyectos y programas aspira a conquistar el poder político y a no perderlo. El ataque a los socialistas por la ocupación del poder político democráticamente alcanzado resulta de tal ingenuidad por parte de la derecha que aparece a modo de imploración para que lo cedamos gratuitamente, es decir, sin perder las elecciones. La conquista y mantenimiento del poder político sólo tiene la finalidad de contar con los instrumentos necesarios para hacer realidad un proyecto sobre la condición humana en sus aspectos de organización colectiva. Y entre ellos se encuentra el Estado. El socialismo democrático debe reabrir una inteligente defensa del papel del Estado. No se trata de defender el intervencionismo por sí mismo,

---

***La historia ha otorgado la razón a la izquierda que siempre defendió que no podía construirse el socialismo sin libertad.***

---

pero sí de redefinir las nuevas dimensiones y funciones del Estado que permitan hacer realidad los principios de libertad, igualdad y solidaridad en las sociedades emergentes al término del siglo XX.

Hemos hecho mucho por crear una nueva cultura de izquierdas en estos años, desde nuestras publicaciones y debates hasta el Programa 2.000, pero la apuesta aún está por ganar. Aunque no haya razón para el pesimismo, crear una nueva razón socialista nos llevará aún años. Una razón realista pero que apuesta de forma decidida por el cambio, por abolir lo intolerable y negarse a coexistir con la injusticia, es algo que finalmente nace de la experiencia de la injusticia y de la percepción de que el cambio es posible. En estos años hemos comenzado la tarea sembrando ideas, que es el primer paso inevitable, y ahora nos queda la tarea de convertir estas ideas en un proyecto compartido por quienes apuestan por una opción de progreso en la sociedad española.

Para eso necesitamos el partido, y un partido renovado. Debatir y replantear nuestras propias formas de organización puede parecer un lujo innecesario en momentos en que las responsabilidades de la administración absorben en muchos casos lo mejor de nuestras energías. Pero también era un lujo elaborar y discutir el Programa 2.000, y es un lujo que hemos podido permitirnos.

Con unas ideas y un partido renovados podremos afrontar con confianza los tiempos

que vienen. Y la razón es que no partimos de cero, sino que nos apoyamos en una vieja tradición de ideas, que es ante todo una tradición moral que no debe romperse, y nos apoyamos en la dura y sacrificada historia de miles de viejos militantes, a los que muchos nos hemos remitido para aprender, y de quienes los que vengan en el futuro deberán seguir aprendiendo. Podemos apostar por llegar a ser un partido joven porque por suerte somos un muy viejo partido.

A los militantes y simpatizantes del Partido Socialista Obrero Español, ¿qué puedo decirles? Estas líneas en buena medida han estado pensadas para ellos en la idea de recuperar una cierta perspectiva global de lo que hemos hecho en estos años. Cuando se echa la vista atrás se debe sentir el orgullo de formar parte de una fuerza política que ha sido decisiva en la construcción

de esta nueva España liberada ya de sus lacras seculares y dueña de sus destinos. La realización de ese proyecto ha sido posible gracias al esfuerzo de miles de personas honestas y comprometidas con su tiempo que combaten en todos los rincones de España la injusticia y creen en los viejos y nuevos valores del socialismo democrático: la libertad, la igualdad y la solidaridad. A ellos debo decirles que creo que hemos cumplido satisfactoriamente con el deber moral de vivir comprometidos con nuestro tiempo en la construcción de una nueva España.

---

Este texto forma parte del Libro de José María Benegas, *La razón socialista. Carta abierta a los socialistas españoles*, que próximamente publicará Editorial Planeta.



# EL SOCIALISMO DEMOCRATICO ANTE EL RETO DE LA ECONOMIA ABIERTA

*Julio RODRIGUEZ LOPEZ*

**Durante los pasados años ochenta la economía española atravesó por períodos de signo bien diferentes. En general, la evolución económica de España fue sensiblemente más favorable en la segunda mitad de la pasada década, donde se aprovecharon las positivas condiciones que en este período presentó la economía mundial.**

**D**e este modo, la economía española presentaba al final de los ochenta unas condiciones generales y unas previsiones sensiblemente más positivas que en 1979. Durante los diez años en cuestión la economía española registró cambios estructurales significativos: la industria perdió peso en la actividad económica en favor de los servicios, aumentó el peso de los asalariados en el total de los

empleos, descendió algo el peso de los salarios en el PIB y se acrecentaron las prestaciones sociales. El elevado nivel de ahorro no fue suficiente para cubrir las fuertes necesidades de inversión derivadas del crecimiento, se redujo el déficit público y, al final de la década, reaparecieron los desequilibrios de inflación y balanza de pagos, siendo sobre todo de destacar el mayor alcance de este último.

---

***La economía española debe mantener un ritmo sostenido de crecimiento si se quiere reducir más el todavía elevado volumen de desempleo.***

---

Al comienzo de los años noventa, parece evidente que la economía española debe mantener un ritmo sostenido de crecimiento si se quiere reducir más el todavía elevado volumen de desempleo. El crecimiento sostenido es posible en presencia de menores desequilibrios. La reducción del déficit comercial exige no sólo medidas macroeconómicas de control de la demanda (políticas monetarias, presupuestarias y de rentas) sino también actuaciones de estímulo de la competitividad. Dentro de las acciones encaminadas al fomento de las exportaciones y a una mejor respuesta de la producción interna frente a las liberalizadas importaciones, son precisas sobre todo actuaciones de mejora de calidad de la oferta. Dentro de esta última destaca la adaptación creciente de la fuerza de trabajo al nuevo contexto, la consolidación de un cierto aparato productivo industrial y también el desarrollo de procesos de ordenación del territorio y de generación de infraestructura coherentes con el objetivo citado de aumento de la competitividad del aparato productivo nacional.

Los cambios en las circunstancias de los años noventa obligan a modificar sensiblemente buena parte de las estrategias económicas tradicionales del socialismo democrático. Ya no son posibles los enfoques típicos de una economía cerrada: el énfasis se tiene que ir desplazando gradualmente desde el control de la demanda efectiva hacia la oferta. Actuaciones relevantes de reactivación sólo son posibles a escala supranacional. La ilusión keynesiana de regu-

lación del crecimiento tiene que desplazarse hacia la búsqueda de unos sectores productivos dinámicos y susceptibles de soportar la creciente competencia interna y externa.

El socialismo democrático debe cambiar de énfasis, pero no de fines. La igualdad en la libertad sigue siendo la utopía a conseguir. Sin embargo, el camino seguido condiciona el resultado. La necesidad de disponer de empresas competitivas y de mayor dimensión media en muchos casos puede generar concentraciones de poder y favorecer el desarrollo de monopolios que pueden resultar políticamente no aceptables y que pueden condicionar de manera irreversible el reparto de la renta y riqueza.

La economía mixta sigue siendo un esquema válido y necesario, aunque el contexto general haya variado y sea preciso corregir la actuación del mercado por mecanismos diferentes a los habituales. Se ha puesto por completo en cuestión la presencia de la empresa pública como vía de generación de determinadas producciones. Sin embargo, es evidente que unas empresas públicas competitivas, con cuentas de resultados saneadas, pueden ser precisas para favorecer la competencia y para reducir el peso de los oligopolios productivos que va a generar la nueva situación.

Las actuaciones redistributivas del Estado cada vez exigen más rigor: los impuestos son obviamente impopulares. La presión fiscal no puede superar determinados niveles ni tampoco servir para generar un aparato estatal fuerte y poco eficaz. De ahí que resulte también preciso actualizar el contenido de todas las actuaciones que integran lo que ha venido en llamarse el Estado del bienestar y su forma de financiación. La preocupación por lo cualitativo debe ir sustituyendo al estricto esfuerzo incremental en materia de servicios públicos.

## Las enseñanzas de los años ochenta

A lo largo de los años ochenta el comportamiento de la economía española ha registrado modificaciones destacadas.

Al trienio inicial de bajo crecimiento con desequilibrios (1980-1982) sucedió un gran período de recuperación de los equilibrios y de cierta animación del crecimiento (1983-1985). En la segunda parte de los años ochenta la economía española aprovechó bien las más favorables condiciones de la economía mundial (menores precios del petróleo, menores tipos de interés y cotización más lógica del dólar). De este modo, el crecimiento económico registrado en España entre 1986 y 1989 ha sido particularmente intenso, recuperándose una dinámica ausente desde 1974. El crecimiento citado ha favorecido la creación de una media anual de 350.000 empleos en el cuatrienio 1986-1989. Hasta 1988 el crecimiento se simultaneó con situaciones de equilibrio en los apartados de inflación y balanza de pagos. La tasa de desempleo se aproximó en 1990 al 15% de la población activa, tasa ésta que, aunque elevada, contrastó con el 21,4% correspondiente a la media de 1985. En 1989 persistió el alto crecimiento y el aumento del empleo, pero la inflación se aceleró hasta el 6,9% y apareció un déficit significativo de balanza corriente, consecuencia del elevado déficit comercial. El potente crecimiento de la demanda interna no sólo favoreció una notable expansión del PIB, sino que aceleró el aumento de las importaciones. A lo largo de los años ochenta, los elementos más destacados de la política económica seguida por los socialistas en el gobierno de la nación fueron los siguientes:

— Atención al *control de los desequilibrios* de inflación y balanza de pagos heredados en 1982, empleando para ello la moderación salarial y una política monetaria moderadamente restrictiva.

— *Flexibilización del mercado de trabajo*, a través sobre todo del desarrollo de los contratos temporales. Los pasos más destacados en este sentido se dieron en 1984.

— Realización de una difícil *reconversión industrial*, que aunque redujo capacidad productiva mantuvo los contratos laborales. Este proceso contribuyó a sanear la empresa pública.

— *Saneamiento del sistema financiero* a través de apoyos del Banco de España y del Fondo de Garantía de Depósitos, cubierto éste parcialmente por las entidades financieras.

— *Democratización significativa de los órganos rectores de las Cajas de Ahorros*, que ha acrecentado la presencia de los impositores y de los representantes de los ayuntamientos en dichos órganos.

— Adopción de medidas de *reactivación de la demanda interna* en 1985, a través de apoyos notables a la inversión empresarial y también a la inversión en vivienda, donde se introdujo una fuerte desgravación fiscal a la compra de nuevas viviendas y se flexibilizaron los nuevos contratos de alquiler.

— *España ingresó en la CEE en 1985* con efectos desde el 1 de enero de 1986. En 1989 la peseta entró en el mecanismo del Sistema Monetario Europeo, lo que implica un compromiso de estabilidad del tipo de cambio, objetivo al que deben supeditarse las restantes políticas económicas.

---

***El socialismo democrático debe cambiar de énfasis, pero no de fines. La igualdad en la libertad sigue siendo la utopía a corregir.***

---

— Las mayores recaudaciones fiscales, conectadas con la introducción del *Impuesto sobre el Valor Añadido* en 1986 y con una intensa lucha contra el fraude, unidas a una moderación en el aumento del gasto público, han permitido reducir significativamente el *déficit público*, y han favorecido también la realización de fuertes volúmenes anuales de inversiones públicas desde 1988.

— La *política presupuestaria* de los últimos años ochenta y comienzos de los noventa presenta como prioridades la mejora de las *prestaciones sociales*, la realización de fuertes inversiones en *infraestructuras* y un claro apoyo a la *educación y a la investigación*.

Como consecuencia de la política económica desarrollada a lo largo de los siete años de gobierno socialista y de la mejor situación económica mundial, la economía española presenta al comienzo de los noventa rasgos bastante más positivos que los correspondientes al comienzo de la pasada década. Del análisis de los indicadores disponibles se deducen, entre otras, las siguientes observaciones acerca del comportamiento de la economía española a lo largo de los años ochenta:

— La *renta media por habitante* estaba en 1989 mucho más cerca de la media de la CE que en 1979.

— La *tasa de ahorro* de la economía española alcanzó los niveles más elevados de la década pasada en 1988-89, destacando la

---

***La preocupación por lo cualitativo debe ir sustituyendo al estricto esfuerzo incremental en materia de servicios públicos.***

---

fuerte participación en el ahorro total del componente correspondiente al ahorro empresarial (beneficios no distribuidos de las empresas). El nivel relativo del ahorro total en la renta disponible no es particularmente reducido en España, aunque sí lo es el correspondiente a las economías domésticas.

— El ciclo económico ha dado lugar a que a lo largo de la segunda parte de los ochenta haya descendido el peso de los *salarios* en el Producto Interior Bruto, aunque dicho proceso se ha visto compensado por el notable aumento de las prestaciones sociales dentro del gasto público, que han ejercido un papel compensatorio desde el punto de vista redistributivo.

— El peso del *gasto público* en la economía se ha acrecentado, destacando en dicho aumento la mayor participación de las prestaciones sociales, el crecimiento de los gastos de las administraciones públicas autonómica y local y también se ha acrecentado el peso de los intereses de la deuda pública. El aumento de participación del gasto público tuvo lugar sobre todo en la primera parte de los años ochenta, invirtiéndose este proceso en los últimos años de la década, aunque a un ritmo moderado.

— El acceso a la *vivienda* se ha visto dificultado seriamente para los jóvenes al final de los años ochenta, lo que ha añadido rigidez al mercado de trabajo, aparte de generar consecuencias sociales negativas. El propio crecimiento del subsector inmobiliario, responsable en buena medida del alto crecimiento registrado, ha inducido unos elevados costes del suelo y de la construcción, lo que ha alejado el precio de la vivienda de los ingresos medios familiares, sobre todo para los jóvenes y para quienes se desplazan de ciudad de residencia.

— El peso de las *exportaciones* en el PIB en 1989 fue de los más reducidos dentro de los países de la CEE, lo que pone de mani-

fiesto una todavía baja apertura de la economía española al resto del mundo y por tanto unas serias dificultades para competir en un contexto liberalizado de intercambios exteriores.

— Al final de los ochenta, se ha acrecentado el peso de los *asalariados* en el empleo total. También ha descendido el peso de la *industria* (excluida construcción) en el conjunto de la actividad económica, en favor de los servicios, donde se ha acrecentado la participación de los servicios bancarios.

### **La transición en los años noventa: la necesidad del crecimiento sostenido**

Como se ha indicado en el apartado anterior, en 1989 el fuerte crecimiento de la economía española estuvo acompañado de una reactivación de los desequilibrios de balanza de pagos y de inflación. La política económica ha procurado acompasar el aumento de la demanda interna con el de la producción, favoreciendo para ello una desaceleración del gasto a través sobre todo de medidas de control crediticio y acompasando el aumento del gasto público con el del PIB monetario. En este contexto, las actuaciones desarrolladas están favoreciendo la presencia de tipos de interés elevados que a su vez inciden en el mantenimiento de un alto tipo de cambios.

El elevado desempleo todavía existente en España al comienzo de la década de los noventa exige mantener ritmos elevados de crecimiento económico para generar nuevos empleos en la cuantía necesaria. La experiencia española de los ochenta pone de manifiesto la presencia de una fuerte conexión entre crecimiento y creación de empleo. Es evidente que existen también desequilibrios derivados de la no adaptación de la oferta de trabajo a las demandas existentes: el desempleo actual tiene componentes neoclásicos, aunque parece dominar el componente keynesiano.

---

### ***La economía española presenta al comienzo de los noventa rasgos bastante más positivos que los correspondientes al comienzo de la pasada década.***

---

La economía española precisa mantener, pues, ritmos relevantes de crecimiento sostenido, lo que exige controlar los antes citados desequilibrios. Por lo que se refiere a los *precios*, el componente correspondiente a los servicios viene creciendo muy por encima del conjunto de artículos, en parte por la presión del componente inmobiliario, lo que revela la necesidad de introducir dosis crecientes de competencia en numerosas ramas de actividad integrantes de dicho sector y también de desarrollar políticas de vivienda coordinadas entre las diferentes administraciones públicas. En cuanto a la *balanza de pagos*, el resurgir del desequilibrio aparece conectado con el fuerte aumento de las importaciones, aumento no compensado con las exportaciones ni con los ingresos por turismo. El aumento de las importaciones está relacionado con el de la demanda interna, pero en esta evolución también incide el desarme arancelario derivado del ingreso de España en la CEE, la liberalización comercial introducida en 1985 y, en fin, las deficiencias de competitividad de buena parte de la producción interna no sólo a la hora de exportar, sino incluso cuando en España dicha producción se debe enfrentar a productos de importación sin la protección tradicional del arancel. El tipo de cambio de la peseta no puede ser objeto de modificaciones significativas frente a los restantes países de la CE tras el ingreso de la peseta en el SME, aunque durante algún tiempo la banda de fluctuación de la moneda española va a ser significativamente mayor que la de las restantes divisas comunitarias.

---

***La experiencia española de los ochenta pone de manifiesto la presencia de una fuerte conexión entre crecimiento y creación de empleo.***

---

Desde una perspectiva general, el principal reto al logro del crecimiento sostenido es, pues, la consecución de más altos niveles de competitividad. Las medidas de control a corto plazo de los equilibrios deben simultanearse con actuaciones de alcance microeconómico o de reforma de las estructuras productivas. Es evidente que la demanda interna debe evolucionar de forma más paralela a la del resto de la CE, pero todavía la economía española debe crecer unos puntos por encima a fin de generar la necesaria creación de empleos que permita seguir reduciendo el desempleo y que también favorezca una aproximación en los respectivos niveles de renta y bienestar. El logro de mayores niveles de competitividad es, pues, una batalla de largo alcance que exigirá cambios incluso de carácter cultural que posiblemente dominarán el perfil de los años noventa.

A nivel macroeconómico es, pues, necesario hacer un mayor uso de la *política fiscal*, como también es conveniente introducir grados adicionales de *flexibilidad en el mercado de trabajo*, mejorando la formación profesional y aumentando la oferta de viviendas en alquiler. La evolución del tipo de cambio, dentro de las fuertes limitaciones que impone el ingreso en el SME, debe de hacerse en un sentido favorable al conjunto de los objetivos macroeconómicos.

La moderación prevista en el aumento del *gasto público*, en línea con el correspondiente al PIB, debe permitir mantener un serio esfuerzo en cuanto a mejora de las

prestaciones sociales y reforzamiento de las infraestructuras por medio de inversiones públicas.

El control de los equilibrios obliga, pues, a enriquecer el instrumental de la política macroeconómica (políticas monetaria, fiscal y de rentas), dentro de lo cual parece efectivamente necesario conseguir una cierta *desindexación de los aumentos salariales*, o al menos conseguir mantener la inflación esperada como mecanismo básico de indexación. No parece conveniente el retorno a situaciones previas a 1977, esto es, a situaciones en las que la referencia básica para los aumentos salariales era la tasa de inflación pasada.

La política de moderación salarial debe mantenerse a la vez que también se emplean otros instrumentos de política económica que contribuyan a mantener o mejorar el poder adquisitivo salarial. Así, una menor *presión fiscal* directa sobre las rentas salariales más reducidas favorecería dicha moderación. También un aumento de la oferta de viviendas de precio asequible a las rentas medias familiares podría favorecer el acceso a la vivienda a los jóvenes y dar más flexibilidad geográfica al mercado de trabajo, a la vez que eliminaría un elemento de presión sobre los salarios.

Sin embargo, parece también evidente que el componente salarial es sólo uno de los factores importantes que inciden sobre la competitividad de la economía española. Existen otras variables que afectan a la competitividad: tipo de cambio, calidad técnica y de diseño de los productos nacionales, dotación de infraestructuras, política urbanística y de ordenación del territorio, estrategias empresariales, estructura de la producción, tipos de intereses. El logro de una mayor competitividad es, pues, todo un reto y toda una opción para la economía española, de cuyo logro no sólo va a depender el crecimiento sino sobre todo el tipo de estructura pro-

ductiva, la calidad de vida y también el que España tenga una economía plenamente desarrollada.

### **Mercado y Estado ante el reto de 1993**

Los años ochenta han traído consigo cambios sustanciales en las estrategias y sobre todo se ha revisado el papel del Estado en la economía. Sobre la izquierda política está ejerciendo una evidente incidencias la crisis de los países del Este de Europa. También están resultando insatisfactorias las soluciones que en numerosos países occidentales se han propuesto para salir de la crisis. Se ha reforzado el papel del mercado, pero esto último no significa que dicho mecanismo funcione bien en todos los aspectos de la economía (ejemplo, la vivienda) ni que tampoco por sí solo conduzca a estructuras productivas satisfactorias. Por otra parte, la necesidad de crear empresas fuertes en la transición hacia economías crecientemente abiertas puede generar fuertes concentraciones de poder económico. Es evidente que los cambios en la estructura productiva deben modificar las vías de actuación del socialismo democrático para conseguir el fin de igualdad en la libertad, pero no es menos cierto que los procesos seguidos condicionan el resultado. Si la actuación estatal se limita sólo a corregir las consecuencias negativas del mercado, dejando absoluta libertad a este último, es posible que sea muy limitado el alcance posible de las actuaciones correctoras.

La economía española de 1993 debe ser, pues, más competitiva que la de 1990. Los grandes cambios ligados a dicho crecimiento habrán tenido lugar con anterioridad a 1993, ante las profundas modificaciones previstas en las estructuras productivas y, sobre todo, ante las estrategias empresariales favorables a las fusiones o compras de empresas. Es preciso crear una cultura de economía abierta, entre empresas y sindicatos, pero

también es preciso introducir correcciones a la acción del mercado a efectos a seguir aspirando a una sociedad más equilibrada socialmente. Sigue siendo válida la idea de los socialdemócratas alemanes emanada de Bad Godesberg: «todo el mercado posible, todo el Estado necesario».

Algunas piezas de la estrategia de los socialistas para los primeros años noventa podrían ser las siguientes:

1. El *mercado* es el mecanismo menos burocrático de asignación de recursos, pero por sí mismo nos conduce a sendas aceptables de crecimiento. Es conveniente seguir manteniendo un modelo de *economía mixta*, donde una presencia directa y selectiva del Estado en la producción de bienes y servicios debe de tener lugar en un contexto de plena competitividad.

2. Las *políticas redistributivas* se deben mantener y mejorar, y también apoyar en el rigor. Los servicios públicos son los mecanismos básicos de redistribución, por lo que debe garantizarse su calidad. Pero los impuestos son crecientemente impopulares, lo que obliga a acentuar la racionalidad en las prestaciones sociales.

3. La *empresa pública* debe tener un carácter instrumental, siendo la cuenta de resultados la mayor guía pública de la calidad de su actuación. Dentro de una selectividad general, la empresa pública puede ser necesaria para reducir procesos de concentración de poder. Debe contribuir a aumentar la com-

---

***El principal reto al logro del crecimiento sostenido es la consecución de más altos niveles de competitividad.***

---

petencia en algunos sectores productivos, y también puede servir para mantener en algunos casos un mayor peso de la industria en la economía. No parece conveniente ni aceptable socialmente un excesivo acrecentamiento del ya elevado papel de los servicios en la economía española, por las consecuencias negativas que ello genera de aumento de la dependencia del exterior y por la propia calidad de los empleos.

4. Junto a la reducción del desempleo y un mejor reparto de la renta y riqueza, aparecen ahora *nuevos objetivos del socialismo democrático*, como son el mantenimiento y mejora de la calidad del medio ambiente y también el aumento de la calidad de vida en las aglomeraciones urbanas. El mantenimiento de la calidad ambiental puede suponer una restricción seria al crecimiento, que puede exigir el efectuar reestructuraciones de la actividad productiva y también el acentuar la intensidad de las medidas del reparto del trabajo.

5. En la mejoría de la competitividad, la *política de oferta* no debe aparecer como un instrumento privilegiado de los neoliberales. La mejoría de la competitividad es la resultante de la adopción de políticas de oferta de carácter macroeconómico (inversiones públicas en infraestructura, política territorial, mejora de la calidad de la mano de obra a través de la formación profesional, moderación del aumento de la demanda interna) y también de carácter microeconómico, como son un uso coherente de todos los apoyos económicos a las empresas en términos de

---

***La empresa pública debe tener un carácter instrumental, siendo la cuenta de resultados la mayor guía pública de la calidad de su actuación.***

---

logros de objetivos de refuerzo y diversificación de la oferta productiva interna. Al pasar a ser economías abiertas, al tener que adaptar los comportamientos macroeconómicos nacionales al ritmo de la CE, el papel del Estado en la economía debe reforzar su carácter de *catalizador*, acentuando las actividades de cooperación y de información entre los agentes económicos. Como ya se recogió en el programa electoral socialista de octubre de 1989, la creación de grupos industriales potentes y competitivos es un objetivo intermedio básico de la política nacional.

6. Atención a los *problemas de las ciudades*. En primer lugar, es necesario que las acciones de generación de *infraestructura* se desarrollen en un marco territorial, superando enfoques estrictamente municipalistas. En segundo lugar, es preciso reducir el serio problema existente de fuerte dificultad de acceso al disfrute de una *vivienda*, sobre todo para los que lo hacen por primera vez. Debe acentuarse para conseguir esto último la colaboración entre las diferentes Administraciones Públicas, resultando para ello decisiva la actuación urbanística de los ayuntamientos, hasta ahora no muy dinámicos en este terreno. Se debe reforzar también la coherencia entre los instrumentos: es más selectiva la acción realizada a través del gasto público que la que se desarrolla a través de la fiscalidad. Se debe reducir el peso de los subsidios de interés muy prolongado en el tiempo, minorar la regresividad de las actuaciones fiscales, clarificar el marco legal de los alquileres para aumentar la oferta de esta forma de tenencia de vivienda y estimular la rehabilitación. Esta política de vivienda es la defendida en el programa electoral del PSOE en octubre de 1989.

7. Los *aumentos salariales* indiscriminados no son la única ni la mejor vía para conseguir un mejor reparto de la renta. Como la armonización fiscal va a hacer difícil me-

jorar dicha distribución por la vía de menores impuestos, parece conveniente utilizar otros caminos para mejorar la distribución inicial salario-beneficio (distribución de acciones, participación en la gestión).

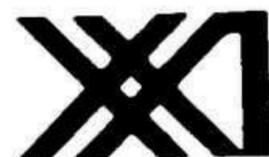
8. El estímulo a la competencia, el desarrollo de una legislación que limite la creación de monopolios, los mecanismos de regulación, la propia empresa pública, deben emplearse para reducir los *procesos de concentración de poder* a que dé lugar el juego acrecentado del mercado en un marco de economía abierta.

9. *Optimismo transformador*: el socialismo democrático no debe permanecer en

una actitud estrictamente defensiva de los derechos de los trabajadores, de las mejoras sociales conseguidas, de la economía mixta, sino que también debe ofrecer alternativas rigurosas y creíbles a la sociedad. También debe trabajar sobre perspectivas a medio y largo plazo, superando los enfoques conectados sólo con el inmediato presente. La consecución de una mayor competitividad para la economía española es, sobre todo, el objetivo de la primera parte de los años noventa. Para su consecución es necesario complementar las medidas de ajuste, típicas del corto plazo, con las citadas actuaciones «catalizadoras», que requieren más tiempo para su implantación pero que son igualmente necesarias.

E D I T O R I A L

**FABIO IGLESIAS**



Siglo veintiuno  
de España  
Editores, sa



**MANIFIESTO POR UNA NUEVA IZQUIERDA EUROPEA**

**Peter Glotz**

Prólogo de Felipe González

91 págs.

540 ptas. (IVA)

«Este *Manifiesto* es un folleto publicístico que entronca bien con la vieja tradición de la agitación (de ideas) de la izquierda. No sería tan raro que con la perspectiva de algunos años descubriéramos que el pensamiento progresista, tras largos años de dogmatismo y parálisis, fue capaz de ponerse a la cabeza de la investigación y de las nuevas ideas en los años setenta, precisamente cuando se nos hacía creer que la ideología neoliberal (conservadora a secas, si hemos de ser precisos) estaba enterrando los valores de la izquierda en todo el mundo. Si así fuera, y yo creo que así es, con manifiestos como éste las ideas de progreso podrían comenzar a regresar del limbo de la investigación de vanguardia al mundo de la vida real. Y reconquistar la calle.»

**FELIPE GONZALEZ**

**Pedidos:**  
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.  
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

**Forma de pago:** talón bancario  
o giro postal



ACTUALIDAD

3

# CHILE

## Claves de una transición

*José Joaquín BRUNNER*

**La clase política chilena en su conjunto, de derecha o izquierda, apenas oculta su orgullo por el proceso local de transición hacia la democracia. Cree ver realizados en dicho proceso —o sea, en sus ritmos y formas— casi todos los mitos de la identidad nacional: el país cuerdo, el predominio de la ley, la habilidad dirigencial de tirios y troyanos, el afán de orden, el respeto a las jerarquías...**

**D**igámoslo de otra manera: la clase política local empieza, otra vez, a compartir un cierto sentimiento de satisfacción cívica y redescubre, poco a poco, su propio poder usurpado por 16 años de régimen militar. Pero, ¿responden los mitos invocados a la realidad de la transición en curso en Chile?

### **Pactos**

La transición chilena se mueve entre *pactos* cuya solidez descansa más en la rea-

lidad del país que en la conciencia de los actores.

El primero de esos pactos ha sido el *pacto constitucional*. Nació en el momento en que la oposición democrática reconoció que la lucha contra el régimen militar no podía desarrollarse exitosamente al margen de la institucionalidad consagrada por la Constitución del general Pinochet, dictada el año 1980. Al aceptar de hecho la Constitución y su institucionalidad, y adaptar a dicho marco de hierro

---

***La transición chilena se mueve entre pactos cuya solidez descansa más en la realidad del país que en la conciencia de los actores.***

---

su propia estrategia política, la oposición dio un paso decisivo que puso en marcha el proceso de transición. Pues desde ese instante quedó descartada cualquier alternativa opositora más radical, de ruptura y confrontación directa con el régimen militar.

Dicho paso debió ir acompañado, en su momento, por un segundo pacto, el *pacto partidista* de las fuerzas opositoras dispuestas y capaces de dirigir una estrategia de lucha «dentro» del sistema definido por la «institucionalidad pinochetista». En la práctica, tal pacto resultó primero en la *Concertación por el NO*, agrupación de partidos que movilizó electoralmente al país para derrotar la pretensión de Pinochet de permanecer por otros ocho años como presidente (en el plebiscito del 5 de octubre de 1988); y, en seguida, en la *Concertación de Partidos por la Democracia*, coalición de partidos que postuló la candidatura presidencial de Patricio Aylwin, quien fuera elegido con 55,2% de los votos el 14 de diciembre de 1989. En ambos momentos, la Concertación articuló un vasto agrupamiento de fuerzas, desde elementos democráticos de la derecha hasta elementos relativamente ortodoxos de la izquierda, sobre la base de un eje demócrata cristiano/socialista. Fuera de este «arcoiris» de partidos opositores de diverso color quedó solamente el Partido Comunista y sus satélites menores, insistiendo hasta el final en la estrategia de la confrontación directa y la ruptura con el régimen militar.

Obtenido el triunfo en el plebiscito de octubre de 1988, y proyectada la *Concertación*

*de Partidos por la Democracia* ahora como una alternativa de gobierno, fue necesario generar un tercer pacto, el *pacto electoral y de gobierno que*, a la postre, permitiría a las fuerzas así agrupadas obtener la presidencia de la República, conformar un programa de acción gubernativa y conquistar una mayoritaria presencia en el Congreso Nacional; todo lo anterior en el marco de una institucionalidad política desfavorable y de una ley electoral que favorecía netamente a los partidarios del régimen militar y a los partidos de derecha. El triunfo electoral de la oposición democrática fue posible, sin embargo, en virtud de un previo pacto, el *pacto institucional*, que vino a reforzar el pacto constitucional surgido con anterioridad. En efecto, entre el plebiscito de octubre de 1988 y las elecciones de diciembre de 1989, el gobierno militar y la Concertación concordaron en una serie de reformas a la Constitución de 1980, las cuales sin satisfacer plenamente a ninguna de las dos partes abrieron, sin embargo, una fase de legitimación constitucional del proceso de transición. Hasta ese momento, la oposición había venido aceptando solamente *de hecho* la Constitución de 1980, sin reconocerle, por el contrario, legitimidad. De ahora en adelante, en cambio, entraría a comportarse como una «fuerza constitucionalista», incluso reservándose el derecho a introducir, en el futuro, nuevas reformas a la ley fundamental. De esta manera obtuvieron las Fuerzas Armadas garantía suficiente de que el proceso de transición seguiría encauzándose dentro del marco institucional y constitucional consagrado, cuyas modificaciones ulteriores en todo caso aparecen difíciles debido a los resguardos consagrados en la propia Constitución para regular su reforma.

Por último, ha venido gestándose durante el último año un pacto quizás más fundamental, tácito y abarcante que todos los demás, cual es el *pacto del desarrollo del país*, que incluye el conjunto de condiciones económico-institucionales y políticas cuya

mantención ha sido acordada como imprescindible para asegurar el crecimiento de Chile dentro de un esquema de economía abierta, con fuerte presencia de la inversión privada y extranjera, papel regulador de los mercados, independencia de parte del Banco Central para el manejo de las variables monetarias y garantías suficientes a la propiedad. En este sentido, puede decirse que la oposición —en particular en su eje democrata cristiano/socialista— incluyó en su Programa de Gobierno todos los elementos requeridos para soldar este pacto, desactivando con ello cualquier inquietud o amenaza proveniente de los sectores más importantes del empresariado nacional y de los inversionistas extranjeros.

### **Transición; no restauración**

Sólo metafóricamente podría sostenerse que en Chile la transición equivale a un proceso de recuperación de la democracia a cuyo derrumbe el país asistió en 1973, o a cerrar un largo paréntesis de intervención militar.

Lo que observa es la transición desde un régimen militar hacia uno democrático, proceso que ocurre dentro de condiciones económico-sociales, políticas y culturales completamente nuevas, producto de las profundas modificaciones impuestas a la sociedad chilena por el gobierno del general Pinochet y por las nuevas circunstancias internacionales que han ido madurando durante las últimas dos décadas en el mundo.

Efectivamente, Chile es hoy día muy distinto de lo que era hasta 1973. Su economía se ha modernizado bajo la presión de la apertura a la competencia internacional, al mismo tiempo que permanecen irresueltos los problemas de la pobreza masiva. La base productiva del país se ha renovado e internacionalizado, pero su estructura industrial es débil y escasa. Los patrones de consumo de

la población han variado, se han vuelto más diferenciados y complejos. Las Fuerzas Armadas se han convertido en un actor poderoso, al mismo tiempo que la maquinaria del Estado se ha reducido y renovado, traspasando parte de sus capacidades de regulación y control a la operación de los mercados. Las 13 regiones que reemplazaron a las 25 provincias anteriores, han adquirido mayor peso administrativo y político y están echadas las bases para avanzar en un amplio proceso de descentralización y reforzamiento de los poderes locales.

En el plano cultural, la sociedad entera se ha vuelto más realista, pragmática e individualista, bajo el peso de una nueva ética de la producción y el consumo, que empieza a compensar el solidarismo con la competencia, las expectativas de protección estatal con una mayor confianza en las iniciativas privadas y el parroquialismo nostálgico con los valores de un modernismo internacionalizado. Es evidente que los cambios culturales no operan homogéneamente para todas las clases, grupos y estamentos de la sociedad pero, en general, ellos han permeado intensamente la cultura de masas y empiezan a diseminarse hacia todos los sectores sociales.

Es en este nuevo contexto que surgen los *pactos* de la transición reseñados más arriba. Ellos se hallan movilizados, entonces, por una realidad cuyos efectos de poder y sobre las expectativas de la población no han podido pasar desapercibidos para los actores más importantes de la escena nacional.

---

***El triunfo electoral de la oposición democrática fue posible en virtud de un pacto institucional.***

---

## Las transiciones de los actores

Sólo como producto del análisis puede hablarse de la transición como de un proceso único, progresivo, de contenidos aparentemente iguales para todos los actores. En la práctica, en cambio, estamos en presencia de diversos procesos de transición, en los cuales participan actores variados, cada uno premunido de sus propios intereses, expectativas y temores.

Pinochet ha sido, a lo largo de estos años, el actor individual más importante de la escena política chilena. No es cierto, claro, que «no se moviera en Chile una hoja sin que él no lo quisiera», como llegó a decir en uno de los momentos más álgidos de su auto-percepción como un autócrata omnipotente poseído de un destino histórico. Pero no cabe duda, tampoco, que su conducción —del país, de las Fuerzas Armadas y de la derecha— y su implacable sentido de la guerra contra la oposición —sentido que no reconoció límites de ninguna especie para el uso de la violencia y la represión—, fueron instrumentos decisivos para moldear la nueva realidad del país.

Derrotada en octubre de 1988 su pretensión de permanecer por ocho años adicionales en el poder, hasta completar cerca de un cuarto de siglo en el gobierno, Pinochet debió hacerse parte de este proceso de transición que se le imponía contra su voluntad. Sus panegiristas han esgrimido ahora la tesis de que Pinochet habría optado por «cumplir con su palabra», traspasando ordenadamente

---

***Sólo metafóricamente podría sostenerse que en Chile la transición equivale a cerrar un largo paréntesis de intervección militar.***

---

el poder a la oposición. De hecho, sin embargo, se ha visto forzado a ello por las circunstancias políticas adversas, haciendo progresivo abandono de cuotas de poder a medida que la oposición iba incrementando el suyo. Al final, como se verá más adelante, Pinochet ha procedido a retirarse poco a poco de la escena, «amarrando» a medida de su retiro todos los cabos sueltos de la institucionalidad de manera de restringir el campo de acción del futuro gobierno.

Las Fuerzas Armadas, especialmente a través de algunas de sus ramas, han jugado en el contexto de la transición en curso un papel importante de reforzamiento del pacto constitucional y del pacto institucional, restringiendo los grados de maniobra discrecional de Pinochet y apoyando el proceso gradual de retiro de los militares del gobierno.

Los partidos de la derecha, divididos en dos expresiones principales, una más cercana al régimen pinochetiano y otra más independiente de él, tras apoyar en el plebiscito la permanencia de Pinochet por ocho años adicionales en el gobierno, levantaron posteriormente a su derrota un candidato presidencial (Hernán Büchi) nacido del régimen, pero de su vertiente tecnocrática. O sea, un joven economista neoliberal de corte pragmático, sin experiencia política, de escasa proyección masiva, que finalmente fue derrotado y cuya votación personal fue ampliamente sobrepasada por la votación obtenida por los candidatos derechistas al Parlamento. Confiados en el pacto constitucional e institucional y, sobre todo, en el pacto para el desarrollo del país, estas fuerzas pasaron ahora a convertirse en «leal oposición» democrática. En este papel se encuentran reforzados y favorecidos por la sobrerrepresentación parlamentaria que les otorgó la ley electoral y por la contribución de los «senadores biónicos» (senadores designados al margen de la expresión popular). De modo tal que los partidos de derecha concurren a la

transición chilena premunidos de un poder significativo de control, puesto que sus votos son imprescindibles en el Congreso Nacional para poder introducir reformas importantes en cualquier plano de la vida nacional.

La Concertación de Partidos por la Democracia, que a partir de marzo es la coalición de gobierno que respalda al presidente demócrata cristiano Patricio Aylwin y a su gabinete, ha sido el motor —desde la oposición— del proceso de transición, concordando el conjunto de *pactos* que han ido haciéndola posible. Estructura en torno del eje demócrata cristiano/socialista, la Concertación incluye además una variedad de otras fuerzas diversas, todas las cuales concurren en su momento a suscribir el programa de gobierno y el acuerdo electoral que les permitió enfrentar conjunta y exitosamente la elección de parlamentarios, aunque sin obtener una mayoría decisiva para poder actuar sin el concurso de los partidos de derecha.

Dentro de la Concertación, tal vez el elemento más novedoso sea la presencia del Partido Socialista, ahora unificado a partir de la convergencia reciente de sus varias vertientes más importantes, el cual vuelve al gobierno tras haber sido expulsado de él por los militares en 1973. Se trata, sin embargo, de un Partido Socialista que ha hecho un largo camino de renovación ideológica y organizacional, que ha regenerado nuevos equipos de dirección y que ha abandonado su viejo bagaje marxista-leninista, centralista, estatista, vanguardista y obrerista.

Por último, en posiciones tradicionales de izquierda, el Partido Comunista ha sido hasta aquí un acompañante incómodo y renuente del proceso de transición, al que mira como un proceso de graduales y ambiguas concesiones al poder militar y al capital nacional y transnacional. De hecho, el comunismo criollo abogó hasta última hora por una confrontación directa con el régimen y buscó

---

***La Concertación de Partidos por la Democracia, coalición de gobierno, ha sido el motor del proceso de transición.***

---

imponer y prolongar su estrategia de «movilizaciones» y «protestas» sociales que le permitía combinar el uso de variados métodos y formas de lucha, incluyendo el empleo de destacamentos militarizados y de la «contra-violencia popular». Con estos antecedentes, el resto de los partidos de la oposición han buscado mantener sus distancias respecto del Partido Comunista de Chile, reclamando su presencia dentro del sistema político en formación a cambio de un abandono radical y público de esa estrategia confrontacional y de sus instrumentos de lucha militar o paramilitar.

#### **Un transición «amarrada»**

Pinochet ha conducido su gradual retiro del poder como una campaña ordenada de retraimiento desde un campo de batalla que va siendo conquistado por las fuerzas hostiles. Ha ido cediendo terreno a cambio de «amarrar» las trincheras y centros estratégicos que debe abandonar, mediante la introducción de una frondosa legislación de última hora, aprobada por la Junta de Comandantes en Jefe («poder legislativo» del régimen militar), que trata de impedir que las fuerzas democráticas dispongan de poderes «demasiado amplios» o de condiciones «demasiado favorables» para ejercerlos.

En casi todos los sectores de la vida nacional —desde la administración pública hasta la educación, desde la institucionalidad económica hasta los aparatos de seguridad del Estado, desde la televisión hasta la explo-

---

***Un elemento novedoso es la presencia del Partido Socialista, ahora unificado a partir de la convergencia de sus vertientes más importantes.***

---

tación del cobre—, el gobierno de Pinochet ha ido introduciendo modificaciones legales que volverán difícil para el gobierno de Aylwin actuar con prontitud y eficacia, o sin superar una barrera de vetos y trabas administrativas que ha sido puesta en el camino del Poder Ejecutivo.

La que fue oposición democrática ha tratado primero de impedir que dichas «amarras» pudieran consagrarse legislativamente y, tras observar el fracaso de esa estrategia, ha buscado concordar con el gobierno militar modificaciones de consenso, que satisfagan los intereses tanto del gobierno saliente como del que asumió en marzo de 1990. En algunos casos, esta última estrategia ha sido relativamente exitosa pero, frente a otras materias, Pinochet ha actuado por su propia cuerda, sin ceder ni aceptar acuerdos.

En resumen, el gobierno de Aylwin —que tiene que abocarse a resolver grandes y urgentes problemas— ha visto severamente acotado su campo de posibilidades y tendrá que actuar con los medios de una institucionalidad que pretende dejar todo «atado y bien atado» para el futuro.

### **Los desafíos de la transición**

Corresponderá al gobierno del presidente Aylwin completar este complejo y pactado proceso de transición, abocándose para ello a democratizar las instituciones del régimen político heredado, abriendo canales de parti-

cipación para los diversos sectores sociales y satisfaciendo gradualmente las variadas demandas económico-sociales acumuladas junto con mantener y estimular para todo ello, como condición básica, el crecimiento económico del país y las inversiones requeridas a ese efecto.

Mirado desde otro ángulo, de lo que se trata en los años venideros es de profundizar —corrigiéndolos o perfeccionándolos al efecto— los diversos *pactos* que hasta ahora han encauzado la transición.

Existe en principio un consenso amplio respecto de la necesidad de ampliar los pactos constitucional e institucional, con el fin de democratizar las instituciones políticas, corregir el sistema electoral para hacerlo más equitativo y representativo, fortalecer las funciones del Congreso Nacional, devolver su autonomía y carácter electivo a los órganos de la administración local y para «desamarrar» algunas de las ataduras introducidas por Pinochet durante sus últimos meses en el Gobierno.

Existe, por otro lado, la necesidad de corregir y ampliar el pacto del contenido económico-social, de hacer posible una mayor justicia redistributiva en la sociedad y de contrabalancear el enorme poder que han adquirido los empresarios frente a los trabajadores organizados. Al efecto, el programa de gobierno de la Concertación contempla una serie de medidas que van desde una reforma tributaria hasta cambios en la legislación laboral vigente; medidas que buscarían, sin alterar los principales equilibrios macroeconómicos, reforzar a los sectores trabajadores aumentando su participación en el ingreso nacional y ampliar los programas sociales dirigidos hacia los sectores más pobres de la sociedad chilena.

La obtención de esas metas, dentro del mismo espíritu y estrategia *pactista* que han imperado hasta ahora, exigirá que el go-

bierno que asumió en marzo de 1990 pueda efectivamente encauzar las demandas sociales al mismo tiempo que logre mantener y perfeccionar los *pactos* en que se basa la gobernabilidad de la transición. Para ello se necesitará, como condición imprescindible, una gran dosis de flexibilidad de parte de todos los actores principales, partiendo por el propio Gobierno y siguiendo con los partidos de oposición, el empresariado y los sindicatos y gremios de trabajadores, las Fuerzas Armadas y la opinión pública en general.

En efecto, lo que va surgiendo en Chile, al momento, parece ser una suerte de nuevo tipo de *democracia consociativa*, basada en múltiples pactos político-sociales y económicos, donde la clase política entra a compartir poder con los demás actores de la escena nacional y donde todos hacen concesiones mutuas en función de estabilizar la democracia y de mantener el dinamismo del desarrollo del país, sin excluir del mismo a ningún sector. El hecho que la economía nacional funcione abierta al mundo y esté sometida a la continua presión competitiva internacional favorece el establecimiento de una democracia con esa naturaleza consociativa, puesto que el desarrollo empieza a ser percibido como una tarea nacional a la cual deben concurrir pactadamente empresarios, trabajadores, el Estado y sus políticas, y los diversos sectores que apoyan la producción: el sector educativo, el de ciencia y tecnología, el de capacitación para el empleo, el de transporte y comunicaciones, etc.

La *consociatividad* no supone, sin embargo, la eliminación de los conflictos ni podría aspirarse a eso, en una sociedad heterogénea, diferenciada y provista de profundos *clivajes* socipolíticos, económicos e ideológico-culturales.

Entre otras materias, dividen profundamente a la sociedad chilena las secuelas he-

redadas de la violencia represiva ejercida durante el régimen militar contra los opositores y aquellas provenientes de las acciones terroristas emprendidas por grupos menores contra miembros de las Fuerzas Armadas y de Carabineros. El llamado problema «de los derechos humanos» constituye, efectivamente, uno de los problemas cruciales a ser resueltos o por lo menos encauzado satisfactoriamente por el gobierno del presidente Aylwin. Del tratamiento que se otorgue a este problema dependerá, en parte, la futura relación entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas, y también entre los diversos grupos civiles y militares en la sociedad chilena. De él depende, asimismo, el carácter que adquiera el proceso de transición en los próximos años y, parcialmente, la subsistencia de los varios *pactos* que están en la base de su exitosa finalización. En estas materias, la Concertación se ha comprometido a «hacer verdad y justicia» como condición para una auténtica reconciliación nacional, posición que ha sido defendida, también, por la Iglesia católica a través de su jerarquía. Llega la hora, a partir de marzo de 1990, de dar carne a esos anuncios y de producir, si fuera posible, esa verdad, esa justicia y esa reconciliación. Allí reside un desafío crucial para el desarrollo del proceso de transición.

En suma, Chile atraviesa —con calma por ahora, dentro del marco proporcionado por sus múltiples *pactos*— una de las fases más delicadas de la vida política de una nación, como es la transición de un régimen político a otro, de naturaleza y ca-

---

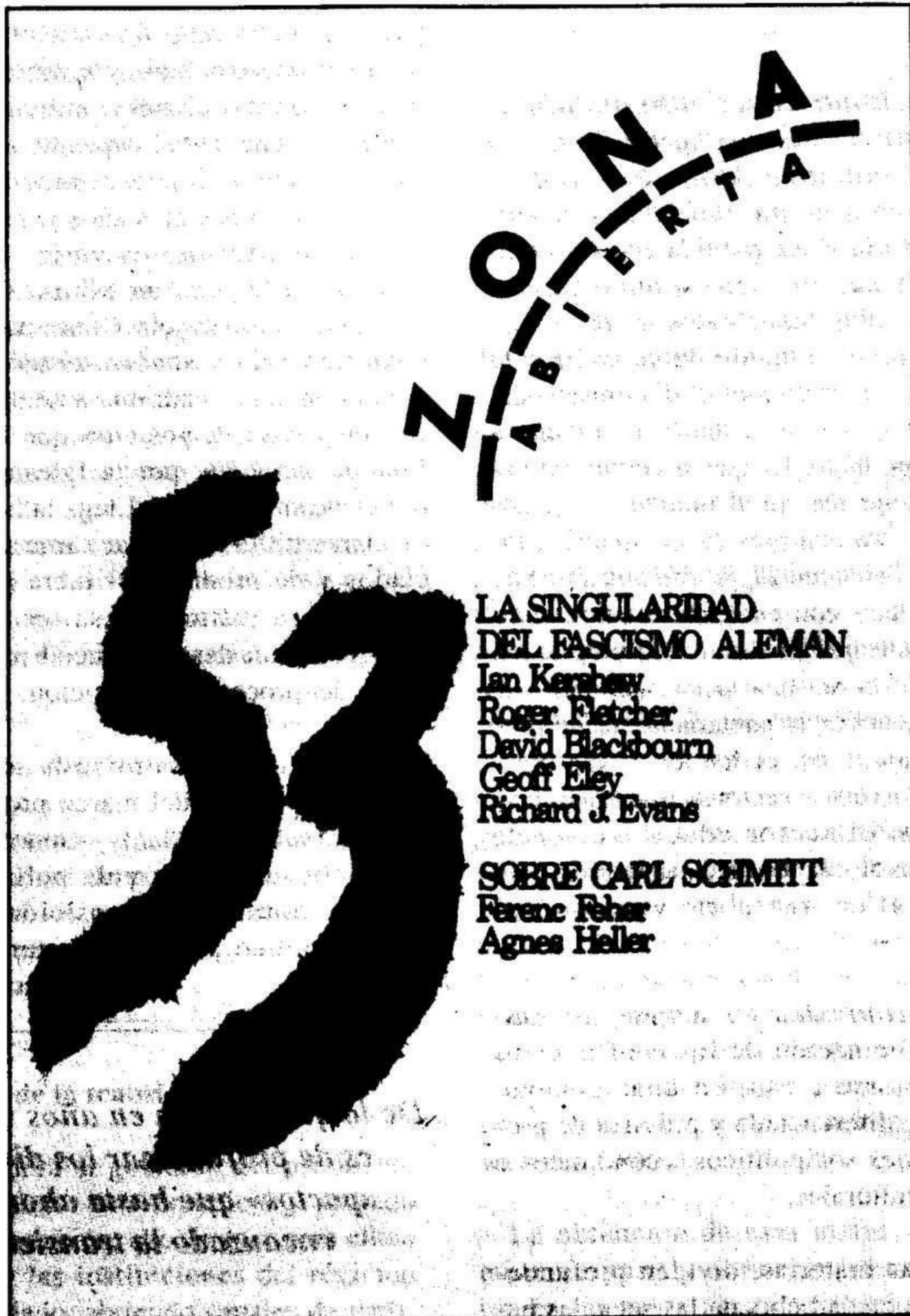
***De lo que se trata en años venideros es de profundizar los diversos «pactos» que hasta ahora han encauzado la transición.***

---

racterísticas muy distintas. La clase política local puede sentir, con justo mérito, orgullo por su comportamiento de estos últimos meses. No tanto porque haya recuperado virtudes ocultas del «ser nacional», que es la parte mitológica de esta historia, sino porque ha sabido reconocer los signos de la nueva realidad en que debe operar y ha ac-

tuado en consecuencia, sometiéndose a las restricciones y posibilidades que disponen los *pactos* fundamentales de esa nueva realidad.

© Nueva Sociedad





ACTUALIDAD

4

# UN PLAN PARA LA EUROPA NUEVA

*Stanley HOFFMAN*

**Hace apenas siete meses, durante una reunión internacional de científicos, un distinguido editor de Alemania occidental pronunció un optimista discurso en el que describió a la Europa que deseaba ver existir hacia el año 2000, una Europa en la que se mantendrían fáciles y múltiples contactos entre sus dos mitades. Alguien le señaló que había olvidado hacer mención del muro de Berlín. La razón de tal omisión, replicó el que hablaba, era la de que si Alemania oriental lo destruía, Alemania del oeste quizá tendría que levantar otro muro, a su vez, para impedir la entrada de los alemanes orientales.**

## **Uno**

La rapidez de los acontecimientos acaecidos últimamente ha sido tal que lo inesperado se ha convertido en la norma. En unas cuantas semanas, el dominio comunista en los países de Europa oriental controlados por los soviéticos se ha venido extinguiendo pacífi-

camente y la unidad alemana se ha convertido, de pronto, en un problema internacional fundamental. Ha comenzado a tener lugar una carrera entre la acelerada escapatoria de los alemanes orientales que abandonan su jaula y el lento y complejo proceso de integración de Europa occidental; ciertamente, entre lo que Charles de Gaulle solía

---

***La rapidez de los acontecimientos  
acaecidos últimamente ha sido tal  
que lo inesperado se ha convertido  
en la norma.***

---

llamar la «Europa desde el Atlántico hasta los Urales» y la más pequeña Europa occidental de los Doce. Si entendemos por revolución un terremoto histórico cuyo comienzo nos toma por sorpresa y cuyas sacudidas y repercusiones no pueden preverse, entonces, lo que estamos presenciando es una revolución.

¿Por qué los hombres de gobierno y los de estudio no fueron capaces de pronosticarla? En tanto en cuanto la revolución se inició con Gorbachov y no podría haberse desenvuelto sin él, debemos atribuir este fallo a la teoría que rigió al pensamiento occidental en materia de la Unión Soviética: la teoría del totalitarismo, que suponía que el Estado había logrado controlar o neutralizar a la sociedad civil, y que para comprender lo que estaba ocurriendo en la URSS bastaba la «Kremlinología», o estudio de las personalidades y sus respectivas posiciones, arriba o abajo, en el Kremlin. La teoría rival principal, y que contaba con pocos adeptos, nos describía a un sistema burocrático, autoritario, en el que se hallaban bien integrados intereses organizados.

Lo que faltaba en estas nociones, aparte del dinamismo y la pericia política del propio Gorbachov, era el conocimiento del grado y la variedad de los descontentos existentes en la sociedad soviética, y, por encima de todo, de lo que se podría designar como la generación de Gorbachov: la convicción creciente entre personas de cuarenta y cincuenta y tantos años de edad, con cargos importantes en el sistema soviético, de que el sistema existente se había vuelto cada vez

más ineficiente, peligroso para el poder soviético y contrario a los intereses del pueblo de la URSS. La posibilidad de compararlo con sistemas extranjeros, gracias a los viajes al exterior y a los múltiples contactos con extranjeros que la era de la distensión hizo posible, ha desempeñado un importante papel en la configuración de dicho consenso. Es más fácil siempre percatarse de un consenso, así como analizar las razones que explican su formación, luego de que se ha creado que durante su incubación; como fue el caso por ejemplo, del consenso en lo relativo a la contención que se fue formando en la élite norteamericana entre 1945 y 1947.

Lo que determinó que la nueva situación soviética se pasara por alto tan fácilmente, en este caso, fue el fenómeno de la doble contabilidad característico de los regímenes autoritarios: las mismas personas podrían ser fieles servidores del «estancamiento» de la época de Brézhnev en su vida pública y cada vez más desafectos al mismo en su pensamiento íntimo. Gorbachov les permitió armonizar sus ideas y su comportamiento y proporcionó, a la vez, legitimidad y sentido de orientación a sus creencias.

En el caso de la Europa oriental, a los expertos no les cabían mayores dudas acerca de la falta de apoyo popular al dominio comunista. Pero propendieron a suponer que los soviéticos no aflojarían su presa y subestimaron enormemente los límites fijados por el gobierno soviético a su tolerancia del cambio. Fueron muchos los que pensaron que la URSS sólo toleraría la existencia de variantes locales de la *perestroika* comunista. Cuando se vio claramente que iban en aumento las presiones en favor de un cambio radical, se pensó que los soviéticos podrían renunciar al control ideológico, haciendo valer, al propio tiempo, estricta y enérgicamente, sus exigencias de seguridad nacional. Es cierto que todavía insisten en salvaguardar el Pacto de Varsovia, pero la definición de lo que realmente requiere la segu-

ridad nacional soviética en la Europa oriental parece encontrarse en estado de flujo.

Los observadores occidentales no confiaron en que Moscú se mostrase tan renuente al uso de la fuerza, y a permitir que sus clientes políticos la empleasen, como se mostró Gorbachov. Tampoco midieron plenamente los alcances de la emancipación social respecto del grupo del Partido Comunista, ni la cantidad de la ira y de la impaciencia reprimidas que aguardaban la oportunidad de explotar, en países como Alemania oriental, Checoslovaquia y Bulgaria; inclusive de parte de miembros del Partido Comunista, o de los otrora dóciles trabajadores de la televisión oficial. Tampoco se acordaron de que en diversos momentos de la historia —1848, 1968— el contagio se convierte en fuerza autónoma.

Quienes se dedican a las ciencias sociales no son buenos entendedores de las revoluciones mientras éstas se están realizando (más tarde explican por qué los trastornos se produjeron necesariamente). Hasta ahora, gracias al reciente repudio del uso de la fuerza de parte de los soviéticos, hemos estado viviendo una suerte de 1848 en reversa, y nos sobran razones para regocijarnos de que hayan perdido su poder, sin mediar casi violencia, añejas tiranías. Pero hay motivos de zozobra también, puesto que los sucesos podrían salirse de madre.

## Dos

Es preciso examinar seis motivos de aprensión. Primero, que la revolución llegue a un final feliz es algo que depende, en gran medida, de los éxitos que alcance Gorbachov en la propia URSS. Quienes lo apoyan nos dicen que el *momentum* de sus políticas es ya irreversible y que no hay manera de hacer retroceder las manecillas del reloj. Pero ya ha habido relojes a los que les dio marcha atrás; en la historia china reciente y también en la

historia rusa anterior (recuérdese el destino de los antiguos parlamentos en este país). Hasta ahora, Gorbachov ha tenido la destreza suficiente para mantener muchas pelotas en el aire, o para explicar que las que cayeron al suelo es que debían caer; pero es demasiado fácil imaginar que precisamente el mismo *momentum* a que hacen alusión sus partidarios pudiera producir tensiones políticas, étnicas y sociales que él ya no sería capaz de contener y que, una vez más, una prolongada noche de represión envolvería quizá a la Unión Soviética, para alivio de numerosos burócratas y ciudadanos hartos de desórdenes y de escaseces. Esto quizá no tenga que conducir por fuerza a un intento de recuperar por la violencia el control sobre Europa oriental, pero en la medida en que tanto la evolución democrática de esta parte del mundo como la reunificación del continente dependen de la cooperación soviética, un retroceso en Moscú amenazaría gravemente al proceso de cambio en Europa.

Segundo, este proceso no depende solamente de la política interior soviética, sino también del entorno económico internacional; lo cual, en gran medida, se refiere a la economía norteamericana. Una recesión grave les haría más difícil a las naciones occidentales el proporcionar la ayuda que necesitan las naciones del oriente europeo, y frenaría los avances hacia la formación de un solo mercado, relativamente abierto, en la Comunidad Europea.

Tercero, en los países de Europa oriental, y en menor grado en la Unión Soviética (es-

---

***Que la revolución llegue a un final feliz es algo que depende mucho de los éxitos de Gorbachov en la URSS.***

---

pecialmente en sus porciones no rusas), existe una gran laguna entre las demandas y expectativas de una población crecientemente movilizadada y dispuesta a hacerse oír, por una parte, y la capacidad de las instituciones políticas para dar respuesta y canalizar sus aspiraciones. Sobra decir que cada país es diferente. Pero en todos los casos de Europa oriental, y en algunas de las repúblicas soviéticas también (como las del Báltico), la institución dominante —el Partido Comunista— se halla en crisis y, con la probable excepción de Polonia (pero no hay que olvidar que hasta Solidaridad es una coalición), la oposición se encuentra, o bien fragmentada (como en Hungría) o agrupada en movimientos de resistencia creados para desafiar el *status quo*, antes que en torno a programas específicos de reforma. Para rendir fruto, las elecciones libres exigirán que de tales movimientos surjan partidos políticos coherentes, como ocurrió en Europa occidental en 1945.

Esto, a su vez, se llevará tiempo, y se está efectuando una carrera entre el tiempo necesario para hacer las selecciones políticas y el tiempo de que se dispone antes de que los forcejeos políticos y el deterioro económico desemboquen en un desencanto muy extendido entre la gente y en nuevas «soluciones» autoritarias, en naciones que no eran democracias antes de la imposición del comunismo (con la única excepción de Checoslovaquia). Es cierto que las naciones occidentales pueden proporcionar ayuda experta y esforzarse para auxiliar a las nuevas fuerzas políticas del Este a crear partidos

---

***La cooperación francoalemana, que ha sido el motor del progreso en la Comunidad Europea, ha estado sujeta a fuertes tensiones.***

---

libres, sindicatos eficaces, etc. Pero no será tarea fácil. Las naciones occidentales harían bien en procurar coordinar tal asistencia (aunque sólo fuese para protegerse de una ayuda que atendiese demasiado a intereses particulares), y debería ser, a la vez, hábil y discreta, de modo que no constituya intervención en los asuntos de otros. Mucho es lo que se ha escrito acerca de los problemas de las nacionalidades que han surgido en la URSS y podrían aparecer de nuevo en una Europa oriental balcanizada, pero pueden presentarse también graves divisiones ideológicas, entre naciones y dentro de éstas, así como quizá no falten los intentos de cobrarse desquites de parte de grupos llenos de rencor.

Cuarto, el mundo ha vuelto a descubrir el problema alemán. Hace unos cuantos meses, la reunificación alemana parecía ser muy poco probable; ahora, parece ser inevitable y el verdadero problema consiste en saber cuándo —si pronto o tarde— y cómo se realizará. La situación está pletórica de paradojas. Los dirigentes de Alemania occidental manifiestan su ambivalencia: temen la llegada de gente procedente de Alemania oriental, les preocupa el costo que representará elevar la antigua República Democrática Alemana al nivel de la República Federal en un Estado reunificado, pero son incapaces de repudiar la vieja meta de la unidad, sobre todo en un período electoral en el que cada partido considera que debe demostrar que anhela más que sus rivales la unidad nacional. François Mitterrand, que en días anteriores a la apertura del Muro había proclamado que Francia no abrigaba ningún temor a una Alemania reunificada, voló hasta Kiev para encontrarse con Gorbachov, al que alabó y con quien declaró estar de acuerdo, cuando las perspectivas de la reunificación se volvieron ominosas. Inclusive ha mencionado el papel secular francoruso en la preservación del equilibrio en Europa. Los Estados Unidos, que aludieron establecer contactos de alto nivel con la RDA mientras se mantuvo firme su gobierno comunista, en-

viaron a su secretario de Estado a Postdam, a mediados de diciembre, para insinuar que no debería desintegrarse con demasiada rapidez su régimen.

Por cierto que, a veces, parecería que se hubiese restaurado la coalición de la época de la guerra: Francia, el Reino Unido, Polonia, la Unión Soviética y un gobierno norteamericano que no quiere hacer nada que pueda perjudicar a Gorbachov han indicado unánimemente que se oponen a una rápida reunificación, que quieren meter baza en el asunto y que despiertan su recelo las declaraciones unilaterales del canciller Kohl acerca de una confederación y un Estado unitario, efectuadas el 28 de noviembre.

A numerosos alemanes occidentales les ha sentado mal tal recelo. En diversas entrevistas y en la prensa alemana han señalado que han sido miembros leales del Occidente democrático y que la nueva Alemania unida en nada habrá de parecerse al Imperio de Bismarck o al Tercer Reich de Hitler. La República Federal ya es el país industrial y financieramente más poderoso del continente. ¿Cómo podría ser un problema para el resto de Europa el añadido gravoso de otros diecisiete millones de alemanes?

Lo cierto es que el predominio económico de Alemania occidental causa ya tensiones en la Comunidad Europea y que dos clases de una Alemania reunificada provocarían un rechazo particular. Una de ellas sería la de una Alemania reunificada dentro de las estructurales actuales de la OTAN y de la CE. Los soviéticos no habrían de consentir, en efecto, que Alemania oriental simplemente cambiase de bando y se convirtiese en avanzada militar de la OTAN; y la CE, tal cual es ahora, resulta una estructura demasiado frágil para contener y diluir el poderío claramente preponderante de uno de sus miembros. Ciertamente, la CE puede concebirse como un arreglo entre Estados cuyos miembros más grandes —Francia, Alemania

---

***Aunque puedan desempeñar un papel de transición útil, el Pacto de Varsovia y la OTAN se encuentran en mal estado.***

---

occidental, el Reino Unido e Italia— han logrado establecer una suerte de equilibrio de poder.

Es pregunta que aún no tiene respuesta la de si la Unión Soviética utilizaría la fuerza para impedir que el pueblo de Alemania oriental impusiera la reunificación: los dirigentes soviéticos reconocen, en estos días, que verdaderamente existe una sola nación alemana. Pero la simple presencia de varios centenares de miles de soldados soviéticos en la RDA constituye una advertencia para que no se efectúe lo que, a su juicio, sería la anexión a la OTAN de la RDA, y les proporciona un triunfo que a veces, en el pasado, pensaron en jugar, aunque hayan preferido mantener dividida a Alemania. Si el costo de mantener fuerzas en una Europa oriental crecientemente hostil llega a ser prohibitivo, los soviéticos podrían ofrecer la reunificación de los alemanes a cambio del retiro de todas las fuerzas extranjeras de suelo alemán y de la neutralización de Alemania.

Pero esta «solución», que a muchos alemanes, ahora, les parecería difícil de rechazar, sería inaceptable para las potencias occidentales (como han manifestado claramente ya los franceses y los norteamericanos). Una Alemania «neutralizada» y reunida sería un gigante libre de sus trabas, que un día podría decidir no ser neutral; y la neutralización significaría no sólo el final de la OTAN sino también de cualquier sueño de constitución de una organización de defensa puramente europeo-occidental (aliada a los Estados Unidos) y también el final del im-

---

***Lo que se necesita es un acuerdo sobre las tareas principales de una agenda que debe cumplirse por etapas.***

---

pulso a convertir a la Comunidad Europea en una auténtica organización política dotada de vigorosas instituciones centrales y de una diplomacia común.

Acontecimientos recientes han arrojado, por cierto, una sombra sobre el futuro de la Comunidad Europea. Como ocurrió a comienzos de la década de 1960 y durante la recesión de la de 1970, sucesos externos perturban el proceso de formación de la Comunidad debido a que sus miembros principales responden de maneras encontradas a los incentivos, las presiones y los peligros del mundo en general. Antes de la revolución del último otoño, ya había comenzado a sentirse en Bruselas que el entusiasmo de la República Federal Alemana por la Comunidad había comenzado a menguar. Habiendo conseguido un mercado único y sin restricciones para sus bienes, y un sistema monetario europeo dominado por el Bundesbak (que, de tal manera, tiene la capacidad de determinar la tasa de crecimiento y el nivel de empleo de los miembros), Bonn, al parecer, se puso a pensar que todos los desarrollos por encima de los arreglos vigentes quizá podrían actuar como frenos de la libertad alemana de acción. Y ya se estaba llevando a cabo un debate acerca de si la Comunidad debía poner toda su atención en el fortalecimiento de sus instituciones o, por el contrario, mantenerse lo suficientemente «suelta» como para atraer nuevos miembros y mantener a un mínimo las diferencias entre su estructura y los grupos de fuerza (como los seis países de la zona europea de libre comercio: Austria, Finlandia, Islandia, Noruega, Suecia

y Suiza), que anhelan compartir los beneficios de la integración económica.

Los acontecimientos de los últimos meses han agravado estas tensiones. Se consideraba que la Comunidad debería coordinar la ayuda occidental a Polonia y Hungría, pero Bonn ha tomado muchas iniciativas unilaterales al respecto, y Kohl no consultó a sus socios antes de pronunciar su discurso sobre la reunificación del 28 de noviembre. El presidente del Bundesbank y varios ministros han manifestado su escepticismo respecto del plan en tres etapas, de abril de 1989, de Jacques Delors, para la unión monetaria, que convertiría de hecho al Bundesbak en un banco europeo federal.

Sobre todo, ¿contará la República Federal con la energía y los recursos para ser, a la vez, el banquero de la Comunidad (como en el pasado) y el pagador de Europa oriental (y particularmente de Alemania oriental, siendo que, paradójicamente, sólo la afluencia de la ayuda de Alemania occidental podría contribuir a acallar el clamor de los ciudadanos de Alemania oriental en pro de la unidad con la porción mucho más rica de la nación)? ¿Se sentirá Bonn tan tentado por las oportunidades económicas y políticas que se le ofrecen en el Este, o tan absorbida por sus propias preocupaciones acerca de la reunificación, que dejará de ser el motor de desarrollo de la Comunidad Europea?

En la cumbre europea efectuada en Estrasburgo del 8 al 10 de diciembre, Kohl tranquilizó a sus colegas al aceptar, en particular, convocar en diciembre de 1990 a la conferencia sobre la unión monetaria que había tratado de aplazar. Pero los resultados positivos de la reunión de Estrasburgo son, sobre todo, promesas y habrá de transcurrir cierto tiempo antes de que pueda verse claramente que se vayan a cumplir.

En el entretanto, la cooperación francoalemana, que ha sido el motor del progreso en

la Comunidad Europea, ha estado sujeta a fuertes tensiones. Así también, es preciso tomar en cuenta que la señora Thatcher insistirá en que se aplase la «profundización» de la Comunidad —esto es, que se deje de pensar en abarcar otras cuestiones, como las de la unión monetaria y en materia de política social, y el fortalecimiento de sus instituciones—, de manera que se pueda «ampliar» para admitir a nuevos miembros del Este; y será interesante conocer el parecer alemán al respecto. Pero ya se puede observar que un acuerdo sobre la abolición de los controles fronterizos que Francia, la Alemania occidental, Holanda, Bélgica y Luxemburgo estaban a punto de firmar tendrá que ser aplazado debido al temor que sienten los socios de Bonn a la posible llegada de masas de alemanes del Este (y también de muchos de los turcos de la República Federal), con los que aumentarían sus ya colosales problemas de inmigración.

Los acontecimientos recientes plantean la cuestión del futuro de la seguridad europea. Este es el sexto problema. De pronto, al cabo de muchos años de discutir el posible conflicto entre el Este y el Oeste, las funciones principales de las dos alianzas, la OTAN y el Pacto de Varsovia, se han convertido en la conducción de los trabajos de desarme paulatino ¡y en el control del problema alemán! Cada pacto da a su superpotencia la última oportunidad de controlar los acontecimientos y a la otra superpotencia una suerte de seguridad de que los acontecimientos no se saldrán completamente de madre.

Pero aunque puedan desempeñar un papel de transición por demás útil, ambas alianzas se encuentran en mal estado. Varios miembros del Pacto de Varsovia se sienten o bien tentados por la neutralidad o bien anhelan que las tropas soviéticas abandonen sus territorios. Y aun cuando la OTAN se encuentre en mejor forma, la Alemania occidental ha decidido unilateralmente reducir drásticamente sus fuerzas y existen graves discrepancias entre la

República Federal, por una parte, y el Reino Unido, Francia y los Estados Unidos, por la otra, acerca de la necesidad de fuerzas nucleares de corto alcance, cuya función primordial parece ser, sobre todo en opinión de los alemanes, la de matar alemanes.

Por encima de todo, está el problema irresuelto de cómo garantizar la seguridad de toda Europa en el mundo posterior a la guerra fría, en el cual los Estados Unidos podrían llegar a ser una presencia militar mucho menos visible en el continente, mientras que inclusive una URSS llena de problemas y reformada seguiría siendo un gigante militar a la puerta.

### Tres

Para que todos estos temores se desvanecieran, tendría que salir bien un abrumador número de cosas. Es cierto que la velocidad a que se están efectuando los cambios en el Este quizá se reduzca. Pero lo que se necesita es un gran esfuerzo concentrado de parte de los países interesados para recuperar el control de los acontecimientos, no con el objeto de impedir la realización de los deseos de pueblos que por fin están recuperando su libertad, sino con el objeto de impedir que los efectos externos de los trastornos nacionales tiren por tierra un sistema internacional paradójicamente estabilizado (y congelado) por la guerra fría.

Hasta ahora, podríamos decir, todo va bien. La diplomacia de las últimas semanas

---

***Una Europa con una mitad occidental más integrada y una porción oriental desintegrada sería un lugar inseguro.***

---

se ha conducido inteligentemente. En Malta, los dirigentes de las dos superpotencias pusieron toda su atención en lo que todavía controlan: las reducciones de armamentos y las relaciones económicas recíprocas. En Estrasburgo, los Doce hicieron avanzar lo de la Comunidad Europea. Gorbachov ha reafirmado su preferencia por una Alemania dividida pero, al mismo tiempo, ha dejado abierta la cuestión del futuro de esta nación. El discurso pronunciado por el secretario Baker el 12 de diciembre, en Berlín, ha trazado habilidosamente los planos de «una nueva arquitectura para una era nueva», en la que se asignan misiones nuevas a la OTAN —que se convertiría en una alianza política dedicada sobre todo al control de los armamentos—, a la CE y al proceso de Helsinki (el instrumento predilecto de Gorbachov), es decir, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que se convertiría en el vehículo para el fomento, a la vez, de elecciones libres y de mercados más libres. Y el canciller Kohl ha indicado claramente, al menos por el momento, su buena disposición a subordinar la búsqueda alemana de la unidad a un consenso internacional.

Es imposible que tantos gobiernos resuelvan tantos problemas al mismo tiempo, pero no basta con distribuir papeles entre toda una variedad de instituciones (y con señalar que en éste como en otros respectos las instituciones internacionales son los pilares indispensables del orden mundial). Lo que se necesita es un acuerdo sobre las tareas principales de una agenda que debe cumplirse

---

***Ha llegado el momento de pensar con profundidad en el diseño de la «casa común europea».***

---

por etapas; un procedimiento tomado de la historia y las prácticas de la CE. Tengo que limitarme aquí a esbozar algunos de los principios y de los pasos que parecen necesitarse.

Podríamos tomar como texto la conferencia de prensa, plena de presciencia, que el general De Gaulle pronunciara el 4 de febrero de 1965 (con ocasión del vigésimo aniversario de Yalta), aquella en la que dijo que el problema alemán era «ciertamente el problema europeo» y en la que se refirió a la angustia alemana «creada por su propia incertidumbre acerca de sus fronteras, su unidad, su sistema político, su papel internacional, de modo que cuanto más indeterminado está su destino tanto más perturbador le parece ser a todo el continente».

La solución a las «anomalías alemanas», advirtió, no podría alcanzarse mientras no se efectuase un cambio radical en Rusia, la cual debía «evolucionar de manera tal que ya no cifre su futuro en la sujeción totalitaria», en su propio país o en el exterior, sino en un «progreso alcanzado en común por hombres y pueblos libres». Es decir, tal solución no se alcanzaría antes del final del dominio soviético sobre la Europa oriental, y antes de la transformación de la Comunidad Europea en un instrumento de cooperación política y militar. Cualquier arreglo de la cuestión alemana «implicaría necesariamente un establecimiento de sus fronteras y una regulación de sus armamentos mediante un acuerdo con todos sus vecinos», así como asignarle a Alemania un gran papel en el desarrollo de los recursos de Europa «desde el Atlántico hasta los Urales» y en la ayuda al Tercer Mundo.

Lo que importa es, primero, un reconocimiento del derecho del pueblo alemán a la autodeterminación y, a la vez, del interés colectivo de la comunidad internacional en el cómo y el cuándo de la realización de dicho anhelo; en segundo lugar, un reconocimiento de la necesidad de actuar simultáneamente en varios frentes: los de la cooperación eco-

nómica, la integración política y la seguridad militar. En tercer lugar, el ponerse de acuerdo, ya que no sobre un calendario exacto de acciones, sí al menos respecto de un plan general, cuya realización se haga por etapas. Aun cuando las cuestiones y las incertidumbres son tales que habrán de pasar muchos años antes de que esta especie de plan pueda ejecutarse plenamente, el rápido acuerdo respecto de un plan constituye la mejor oportunidad que tienen todos los principales interesados de recuperar el control de los acontecimientos y de orientar todos los cambios internos en una dirección internacionalmente pacífica y cooperativa.

La primera etapa abarcaría 1990. Envolvería, primero, el acuerdo sobre reducción de armas convencionales que se está negociando por representantes de las dos alianzas en Viena y fue discutido en Malta; en segundo lugar, la reunión, a fines de año, de la conferencia de la CE sobre la unión monetaria, la puesta en operación del Banco Europeo de Desarrollo, creado en la cumbre de Estrasburgo, y la firma del acuerdo entre la Comunidad y los seis países de la zona europea de libre comercio, cuyos rasgos generales fueron anunciados el 7 de diciembre; y, en tercer lugar, mediante un acuerdo entre Francia, el Reino Unido, los Estados Unidos y la URSS, medidas prácticas de cooperación entre los ministerios de las dos Alemanias, especialmente en asuntos económicos.

La etapa segunda, que comenzaría después de las elecciones en Alemania occidental a fines de 1990, podría contemplar el establecimiento de algunas «estructuras confederativas» entre las dos Alemanias, el reconocimiento formal, de parte de las dos Alemanias, de la frontera polacoalemana, y una nueva transformación de las dos alianzas, mediante un acuerdo (aparte del de 1990) que eliminaría los arsenales de armas nucleares de corto alcance, así rusas como norteamericanas, y reduciría de nuevo las fuerzas de las superpotencias en suelo eu-

---

***Varios miembros del Pacto de Varsovia se sienten o bien tentados por la neutralidad o bien anhelan que las tropas soviéticas abandonen sus territorios.***

---

ropeo (así como la fuerza de los miembros europeos de la OTAN y del Pacto de Varsovia).

Este período comprendería también la realización de la segunda etapa del Plan Delors sobre la unión monetaria (la creación de un sistema de bancos centrales que formularían una política monetaria común), luego de la ratificación de las enmiendas al Tratado de Roma (la Carta constitucional de la CE) que deberán formularse en la conferencia sobre la unión monetaria. Así también, durante esta fase, la Comunidad Europea negociaría acuerdos para su asociación con aquellos países de la Europa oriental que desearan hacerlo.

La tercera etapa —que se alcanzaría probablemente a partir de 1994— exigiría la realización de una reforma constitucional en la propia CE: un aumento de los poderes presupuestarios y legislativos del Parlamento Europeo de Estrasburgo, con el objeto de poner fin al «déficit democrático» de la Comunidad, así como el fortalecimiento de la Comisión Europea de Bruselas, que es el auténtico motor internacional de la Comunidad, pero todavía no su poder ejecutivo (esta función aún pertenece al Consejo de Ministros puramente intergubernamental). Al mismo tiempo habría de comenzar la tercera etapa del Plan Delors, que pide la creación de tasas de cambio fijas y de un sistema bancario central federal; y la CE firmaría con todos los países de Europa oriental la misma clase de acuerdo que ahora está negociando con la zona europea de libre comercio.

---

***Gorbachov ha reafirmado su preferencia por una Alemania dividida pero, al mismo tiempo, ha dejado abierta la cuestión del futuro de esta nación.***

---

Durante esta fase, a mediados de la década de 1990, se efectuaría también un cambio decisivo en la estructura de las dos alianzas. Las actuales serían sustituidas. En el Occidente, existiría una organización de seguridad de Europa occidental aliada a Estados Unidos. Podría basarse, quizá, en la actualmente adormilada Unión Europea Occidental, pero no cabe duda de que debería quedar incorporada en el sistema institucional de la Comunidad Europea. En el Este existiría una organización de seguridad de Europa oriental formada por los Estados dispuestos a abstenerse de la neutralidad y a cooperar entre sí, en alianza con la URSS. En el caso occidental, esta transformación requeriría la revisión del Tratado del Atlántico Norte de 1949, que es notablemente flexible. Quedarían en el continente solamente contingentes simbólicos o muy pequeños de tropas soviéticas y norteamericanas.

Al final de esta etapa, y en caso de que los dos electorados alemanes así lo desearan, se produciría la reunificación y la nueva República Federal Alemana firmaría un acuerdo internacional que definiría su *status* militar. En él se dispondría la desmilitarización del territorio que es ahora la Alemania oriental y se fijarían los límites y la índole de las armas y las fuerzas con que podría contar el nuevo Estado.

Finalmente, en la cuarta etapa, a fines de la década de los noventa, se establecería un sistema paneuropeo de seguridad, que iría más allá de las medidas para inspirar confianza que la Conferencia sobre Seguridad y

Cooperación en Europa habría dispuesto en las tres primeras etapas para acompañar los cambios en las alianzas. Tal sistema nuevo traería consigo la firma de un pacto de no agresión mutua y la creación de una organización común para la verificación del control armamentista, así como de un conjunto de organismos para la cooperación económica y en materia de política exterior, no sólo entre la Comunidad y los demás países europeos sino también con las (antiguas) superpotencias.

Evidentemente, no es éste más que un simple esbozo. Pero un rápido acuerdo sobre algo que se le parezca, quizá una conferencia de la CSCE en 1990, cumpliría numerosos fines. Confirmaría y frenaría, a la vez, la enérgica marcha alemana hacia la unidad (actualmente, más vigorosa en la Alemania oriental, territorio carente de identidad nacional). Daría satisfacción a los intereses esenciales de seguridad de la Unión Soviética. Fomentaría el desarrollo de un ente político de la Europa occidental lo suficientemente fuerte como para no ser dominado por una Alemania reunificada, y capaz de servir como fuente de asistencia y como incentivo para la cooperación entre las naciones del Este europeo, con lo que se les ayudaría a vencer sus añejas rivalidades; pues una Europa con una mitad occidental más integrada y una porción oriental desintegrada sería un lugar inseguro.

Así también, liberaría gradualmente a Europa de su sujeción a las superpotencias, sin dejarles de asignar un papel, y al reducir su carga militar les daría una mejor oportunidad de atacar sus respectivos problemas internos de decadencia. Y tomaría en cuenta constructivamente las dos paradojas más notables del reciente período de posguerra: la del interés soviético en la existencia de una Comunidad de la Europa occidental exitosa y fuerte, capaz de lidiar con Alemania y de inyectar alguna ayuda estabilizadora a la Europa oriental, y la del interés occidental en

apoyar a Gorbachov, impidiendo que la desintegración del Imperio soviético se produzca de manera tan catastrófica que fortalezca los argumentos y la decisión de sus fuerzas conservadoras internas.

Ocuparse simultáneamente de tales tendencias es una tarea de romanos. Ciertos número de lugares están a merced de aconte-

cimientos y de explosiones, pero los movimientos de las multitudes y las manifestaciones locales tendrán menos probabilidades de conducir al desastre si la pericia política colectiva es capaz de proporcionarles dirección y sentido. Ha llegado el momento de pensar con profundidad en el diseño de la «casa común europea» imaginada por Gorbachov.

---

CIDOB

# AFERS INTERNACIONALS

Elisabets, 12 - Tel. 302 64 95 - 08001 Barcelona

Publicación trimestral de Relaciones Internacionales  
Atención especial a los siguientes bloques temáticos:

**Paz y Conflictos**  
**América latina**  
**Países del Este**  
**Africa negra**

Reflexión y análisis permanente sobre el carácter y naturaleza de las Relaciones Internacionales coyunturales

# **LETRA**

---

## **INTERNACIONAL**

**NUMERO 18 (Verano 1990)**

**Victoria Camps:** El derecho a la información y el deber de informar.

**Vaclav Havel:** Historia de un enemigo público.

**Timothy Garton Ash:** Europa del Este: el año de la verdad.

**Antonio Cascales:** Europa en doce puentes.

**Josefina Casado:** La mutación de la subjetividad.

**Paul Virilio:** El arte del motor.

**Soledad Murillo:** Una propuesta a la alteridad.

**Michel Maffesoli:** La intersubjetividad posmoderna.

**Ana María Leyra:** El sujeto fragmentado: una visión creadora.

**Carmen Mataix:** La alteridad de la ciencia.

**George Steiner:** ¿Toca a su fin la cultura del libro?

**Rosa María Pereda:** Para una sintaxis de la moda.

**Paolo Fabbri:** El engreimiento y el disgusto como fenómeno social y estético.

**Jorge Lozano:** Entre imitación e innovación.

**Lola Gavarrón:** La profecía: en los noventa se recuperará el placer de vivir.

**Elena Benarroch:** Pasión por la piel.

**Pedro del Hierro:** La creación como actitud vital.

**Ma Jian:** La mujer de azul.

**Jorge G. Castañeda:** La redefinición de los márgenes. ¿Hacia la «africanización» de América Latina?

**Enrique González Pedrero:** Reflexiones barrocas.

**José Luis Martín Prieto:** El mayor misterio del siglo XX: el fracaso de Argentina como nación.

**Bernardo Schiavetta:** Poemas.

**Matilde Gini:** Inquisición y criptojudíos de América.

**José Tono Martínez:** Hispanos en Estados Unidos.

**Luis Antonio de Villena:** Dos poemas inéditos.

Suscripción anual: 1.600 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**

**Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid**



ACTUALIDAD

5

# AMERICA LATINA ANTE LOS CAMBIOS EN EUROPA ORIENTAL

*Klaus BODEMER*

**Para el Tercer Mundo en general y para Latinoamérica en particular, los años 80 se presentan como una década perdida. Excepto en pocos países, los cuatro "tigres" asiáticos por ejemplo, los pequeños progresos en lo social y económico, logrados hasta entonces con tanto esfuerzo, se perdieron.**

«**E**n general, los africanos son hoy casi tan pobres como hace treinta años», dice brevemente un informe del Banco Mundial sobre la miseria de los cuarenta y cinco países al sur del Sahara y sus aproximadamente 450 millones de habitantes. Cerca de cincuenta países, africanos en su mayoría, tienen un ingreso *per cápita* anual de sólo 580 dólares. Según un balance del BID el nivel de vida se redujo en Latinoa-

mérica y el Caribe en un 70% por debajo del nivel de 1980. Algunos países han retrocedido incluso a la situación de los años 60. Sólo se observa un crecimiento en aquellos países que desde hace tiempo tienen bajo control el problema de la inflación, es decir, en Chile, Bolivia, Costa Rica y Paraguay.

La crisis de la deuda del Tercer Mundo es presentada a la vez como fórmula resumida y

---

***A partir de la avalancha de la deuda desencadenada en 1982 se ha llegado a una progresiva pauperización de los países deudores.***

---

explicación de esta miseria. A partir de la avalancha de la deuda desencadenada en 1982 con el llamado *shock* mexicano se ha llegado a una progresiva pauperización de los países deudores. Características de este proceso son la descapitalización de las economías deudoras, resultado de la fuga de capitales, la falta de inversiones directas internas y extranjeras (la tasa de inversión se redujo del 23%, o sea de 240.000 millones de dólares, a 16-17%, 160.000 millones de dólares y un flujo continuo de divisas para satisfacer el servicio de la deuda (anualmente el 3,9% del producto bruto desde 1982; 220.000 millones de dólares en los últimos ocho años, lo que corresponde a aproximadamente el 50% de la deuda actual). A esto se agregan una inflación galopante (según las cifras del Banco Mundial, Argentina mantiene en 1989 el récord con el 4.923%, seguida por Perú con el 2.775% y Brasil con el 1.764%), recesión, drásticos descensos del salario y agitaciones sociales (que ya se han observado en Brasil, Venezuela y Argentina), como consecuencia de un proceso cada vez más marcado de marginalización de amplias capas de la población (el número de pobres se elevó de 120 a 160 millones, un tercio de la población total).

El querer presentar la crisis de la deuda como la causa principal de la miseria ya no tiene hoy, a ocho años del *shock* mexicano, la misma capacidad de convicción que antes. El desastre económico de América Latina ya no se explica tanto por la pérdida de los medios ahorrados originados por el pago a los acreedores externos, sino más bien por la

aniquilación del ahorro provocada por grandes excesos de gastos estatales y, consecuentemente, por la ampliación de circulante que estimula la inflación. Por otro lado, también los déficits fiscales son evidentemente una consecuencia tardía de la crisis de la deuda.

El servicio de la deuda, que creció mucho a comienzos de la era Reagan a causa del alza de los intereses y del dólar, ha gravado en gran medida las cuentas presupuestarias en todas partes. Dado que hoy, a diferencia de en los años 70, la financiación externa prácticamente no existe, los gobiernos deben dirigirse a los mercados financieros internos de limitados recursos. Esto impulsa los intereses hacia arriba (con lo que además se recarga todavía más el servicio de los intereses), impide también la actividad de inversión privada y la recuperación económica, la que, desde el anuncio del (hoy ya prácticamente fracasado) Plan Baker (1986), es apreciada, incluso por parte de los deudores, como elemento fundamental de una solución constructiva y válida del problema de la deuda. Las deudas internas han aumentado muchísimo como resultado de este círculo vicioso, especialmente en los grandes deudores. En México y Brasil, los intereses de la deuda interna representan ya más del triple de los de la externa.

Este panorama tenebroso se ve algo mejorado desde 1988 por un aumento de los precios de numerosos productos de exportación de la región. La recuperación del comercio exterior, sin embargo, no es suficiente, ni mucho menos, como para alterar sustancialmente y a largo plazo la situación económica general de América Latina. Dado que la recuperación del comercio exterior no va acompañada de un ingreso de capitales, se otorga hoy en los países de la región una gran prioridad al aumento de las reservas de divisas y a la ampliación de las importaciones. Como los intentos realizados para conseguir un equilibrio económico externo

no produjeron las mejoras deseadas, cada vez se otorga mayor preferencia al crecimiento del mercado interno. Como consecuencia de estos fenómenos, hoy en día se extiende, tanto entre los deudores como entre los acreedores, un agotamiento del tema de la deuda.

### **Los años 90: ¿luz al final del túnel o una mayor marginalización de América Latina?**

¿Se ve América Latina amenazada por una mayor periferización de su posición en la economía mundial en los años 90? ¿Se dirige hacia una catástrofe o se halla ante una década de esperanzas? Mientras que los datos económicos inducen al pesimismo, en los últimos tiempos se observan algunas señales de apertura en el ámbito político. Un elemento propicio es, sin duda, el hecho de que desde 1989, por primera vez en la historia, hay regímenes democráticos en todos los países de Sudamérica.

Los cambios de Europa oriental también se consideran como un signo positivo, aunque no indiscutido. Para Enrique Iglesias, presidente del BID, este proceso no es motivo de preocupación y envidia: ve en él una exigencia para los países latinoamericanos de mejorar su posición en la competencia internacional y una confirmación de la reconversión, ya iniciada en el subcontinente, hacia los principios de la economía libre del mercado.

¿Se trata acaso de una expresión de deseo, de una táctica hábil (un optimismo dirigido a los inversores del Norte) o es una visión realista de las cosas? La respuesta es difícil dado que por el momento, sobre todo a causa de los vertiginosos acontecimientos del Este de Europa, muchas cosas quedan todavía reservadas al terreno de la especulación. Lo cierto es que en la década del 90, con el Mercado Unico Europeo anunciado

para 1992 y el proceso de transformación cuasi revolucionario que se desarrolla en Europa central y oriental, se producirá un traslado de intereses en la Comunidad Europea y en sus países miembros que seguramente no permanecerá sin consecuencias para América Latina y las relaciones europeo-latinoamericanas. Sobre esto se formularán a continuación algunas apreciaciones.

### **Optimismo en Europa occidental y miedo en el Sur**

Después de años de «europesimismo» y «euroesclerosis», la actitud de los políticos y de los actores económicos de la Comunidad Europea ha cambiado radicalmente ante la perspectiva de la formación del Mercado Unico en 1992 y de la apertura de los países de Europa oriental. Ahora domina una atmósfera de despegue casi eufórica. Especialmente en los círculos económicos, se consideran muy promisorias las posibilidades que dichos procesos de transformación ofrecen a medio plazo. La otra cara de la moneda es la creciente preocupación del Sur en general, y de América Latina en particular, ante la posibilidad de que el interés político y económico de los europeos (y también de los EE.UU., Japón y las instituciones financieras internacionales) por los países pobres continúe disminuyendo y que la ayuda técnica y financiera a Europa oriental se lleve a cabo a costa de los países en vías de desarrollo. El temor de quedar rezagados que tienen estos países no es injustificado:

---

***El querer presentar la crisis de la deuda como la causa principal de la miseria ya no tiene hoy la capacidad de convicción que antes.***

---

1. Como demuestran los datos sobre la participación del Tercer Mundo en el comercio mundial, se observa cada vez más un proceso que podría denominarse de «*de-linking*» involuntario de las economías del Sur. Es así que la participación de Latinoamérica en el comercio mundial se ha reducido en los últimos diez años de un 7% a menos de la mitad. Contrariamente a lo que hacía pensar la imagen, tan proclamada en los años 70, de una *dependencia inversa* de las metrópolis con respecto a la periferia, la capacidad de autosostenimiento (autocentrismo) de los países capitalistas industrializados ha aumentado y así se ha evaporado el *potencial de amenaza y veto* de los países en vías de desarrollo productores de materias primas. A comienzos de los años 80, el recurso de las materias primas como arma de negociación ya había dejado de tener efecto. Paralelamente aumentaron las barreras proteccionistas de los países industriales con respecto a la importación de los productos elaborados competitivos provenientes de los llamados países en situación de despegue del sudeste asiático y América Latina. La crisis del Diálogo Norte-Sur y el debilitamiento de los grupos de presión del Sur (de la UNCTAD, del Grupo de los 77 y, como consecuencia de la distensión Este-Oeste, también del Movimiento de Países no Alineados) reflejan un proceso de creciente marginalización política y económica de los países subdesarrollados.

2. Como demuestra el caso de la República Federal Alemana, los latinoamericanos pueden olvidarse por el momento de sus es-

---

***Mientras que los datos económicos inducen al pesimismo, en los últimos tiempos se observan señales de apertura en el ámbito político.***

---

peranzas en un crecimiento de las inversiones privadas directas. Por lo demás, tampoco hay demasiado que perder. Recientemente Bernd Kitterer, un alto funcionario en cuestiones de comercio exterior, declaró no sin cierto sarcasmo: «El interés de las empresas alemanas por los países subdesarrollados no disminuirá de ninguna manera: en los últimos años ya se ha reducido al mínimo».

Desde la agudización de la crisis de la deuda, son sobre todo los países latinoamericanos los que han perdido atractivo para la economía alemana. Los capitales germano-federales fluyeron durante los últimos años en forma creciente hacia el sudeste asiático, atraídos por salarios bajos, una estabilidad política relativa y una inflación calculable. Pero, incluso estos países, a los que se considera en vías de desarrollo y, en general, comparables con los Estados del Este europeo por su estructura económica y sus perspectivas de futuro, podrían quedar rezagados con respecto a sus nuevos competidores de Europa oriental. Las encuestas realizadas en las asociaciones empresariales alemanas indican una clara preferencia del capital alemán por sus vecinos del Este, cuyas motivaciones principales están en la proximidad geográfica, mentalidad más familiar, cultura similar, mejor formación profesional y menores dificultades idiomáticas.

3. En lo que hace a la cooperación para el desarrollo, la situación presenta una imagen ambivalente. Lo que comienza a delinearse con claridad es un compromiso creciente de los prestatarios nacionales y multinacionales en el proceso de reforma de Europa oriental, que flanquea —por decirlo así— las actividades de la economía privada. Polonia y Hungría obtendrán probablemente el *status* de países subdesarrollados después de un examen del CAD de la OCDE. Otros Estados del Este europeo podrían seguirles. La República Federal Alemana y los Estados Unidos

disponen ya los fondos de su ayuda para Europa oriental, por lo menos en parte, de los presupuestos para Ayuda para el Desarrollo. Holanda, Dinamarca y Suecia han anunciado intenciones similares. En algunos círculos de expertos se propone la apertura de una *segunda ventanilla* para Europa oriental.

El Banco Mundial acordó a fines de 1989 un paquete de medidas para Polonia de nada menos que dos mil millones de dólares (para adecuación de estructuras, créditos para proyectos, cofinanciación, etc.), si bien condiciona su compromiso a nuevos créditos o reducción de deudas por parte de los gobiernos y bancos privados y al cumplimiento de las imposiciones del FMI. En los últimos días se puso a disposición un primer adelanto de 610 millones de dólares para el saneamiento de la economía agraria y del sector público. También está en marcha la acción de ayuda para Polonia y Hungría acordada el año pasado por los jefes de Estado de veinticuatro países occidentales. En estos momentos se examina de qué manera se podría apoyar el proceso de reforma de la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Bulgaria, y la no alineada Yugoslavia por medio de acciones coordinadas.

Cometidos similares a los del Banco Mundial serán asumidos por el Banco Europeo de Desarrollo que en diciembre de 1989 fue creado por los jefes de Estado y Gobierno de los países de la CE y dotado con un capital inicial de diez mil millones de ECU. A la manera de los bancos regionales de desarrollo, esta institución se ocupará de la constitución y restablecimiento de instalaciones de infraestructura y de la eliminación de deformaciones estructurales del sector agrario y de las empresas públicas. Por lo demás hay discusiones sobre el peso que ha de corresponder a los Estados Unidos en el banco. Aunque la CE habrá de responder por el 53% del capital, Washington reclama por su participación del 6 al 10% un derecho de

---

***Existe una creciente preocupación del Sur de que la ayuda a Europa oriental se realice a costa de los países en vía de desarrollo.***

---

veto en los acuerdos de créditos a los países del Oeste europeo. Los Estados Unidos insisten además en que la Unión Soviética no ha de recibir créditos por el momento. Por su parte, la CE quiere contar a Moscú entre los países fundadores junto con otros Estados orientales y occidentales.

La cuestión de si tal compromiso habrá de llevarse a cabo a costa de la política de desarrollo para el Tercer Mundo (es decir, en forma de un juego de suma) o aparte de ella permanece en discusión y todavía no ha sido respondida inequívocamente.

4. La distensión Este-Oeste habrá de repercutir más bien en forma contraproduktiva para el Tercer Mundo. Los intereses de la política exterior y de seguridad fueron durante tres décadas, junto con los intereses económicos propios (aseguramiento de materias primas, acceso a nuevos mercados de colocación), un impulso decisivo para la cooperación para el desarrollo. En general, tanto los dadores como los receptores de fondos para el desarrollo obtuvieron beneficios de esta situación. Con la desaparición de los intereses alimentados por la política de bloques a resultas de la distensión Este-Oeste, desaparece al mismo tiempo un instrumento de sanción (positivo: la ayuda como premio para los fieles, negativo: su ausencia como forma de castigo para los *traidores*), instrumento que había sido muy importante para los dadores en su política exterior. Por su parte los receptores pierden también una carta comodín en el juego entre Oriente y Occidente.

---

***No es de esperar que la disminución de los gastos de armamento se traduzca automáticamente en medios para los fines de desarrollo.***

---

5. No son pocos en América Latina (y en otras partes del Tercer Mundo) los que temen que la cooperación Este-Oeste acabe en una complicidad Este-Oeste en perjuicio de la cooperación Norte-Sur y que la solidaridad con Europa oriental se transforme en una desolidarización con respecto a dos tercios de la humanidad. Los próximos años demostrarán si las repetidas afirmaciones de los europeos occidentales de que la solidaridad es indivisible se verán o no acompañadas por los actos.

6. Igualmente ajeno a la realidad sería esperar que la disminución de los gastos de armamento (como consecuencia de la distensión) se traduzca automáticamente en más medios para los fines de desarrollo (como exigieron ya años atrás los dos informes de la Comisión Brandt y los movimientos europeos de solidaridad con el Tercer Mundo). Los políticos de Europa occidental responden con el argumento de que el desarme nuclear de los Estados Unidos obliga a los europeos a mayores gastos en armas convencionales. En los Estados Unidos, donde tales ahorros se discuten bajo el título de *dividendos de la paz*, se perfilan por el momento cuatro formas en las que puede gastarse el dinero resultante (para los años 90 se cuenta con un 5% anual). Las cuatro formas son: rebajas impositivas, financiamiento de programas sociales, disminución del terrorífico déficit presupuestario y ayuda estructural para la reconversión de la capacidad de producción de armamentos en producción civil. Todas estas soluciones se orientan a la situación

del mercado interno. En ningún sitio se menciona una ampliación de la ayuda al exterior.

**¿Fracaso del socialismo igual a triunfo mundial de la economía de mercado?**

Con el fracaso del «socialismo realmente existente» desaparece la alternativa de desarrollo que los países del bloque oriental recomendaron a sus clientes del Tercer Mundo durante décadas. La marcha triunfal del mercado parece imparable en todo el mundo, si se atiende a las consignas oficiales tanto en Oriente como Occidente, y en el Norte como en el Sur. La política de desarrollo de los gobiernos de Europa occidental se va adecuando a esta situación. Así, por ejemplo, ciertos políticos alemanes de matiz conservador vuelven a clamar una vez más (los años 50 se alegran) por una ayuda para el desarrollo destinada sólo a aquellos Estados que hayan abjurado de la *des-economía socialista*, sin tomar en cuenta las repetidas advertencias de los científicos contra una transferencia acrítica de recetas abstractas y homogéneas a las economías del Sur.

Dejando de lado la arrogancia que expresan tales consignas, se pasa aquí por alto que las debilidades de un sistema no constituyen automáticamente las virtudes de otro. Teniendo en cuenta todo lo que a lo largo de tres décadas hemos aprendido acerca de los éxitos y fracasos de las estrategias de desarrollo, sería prematuro llevar a la tumba, junto con el proyecto histórico del socialismo evidentemente desmitificado, cualquier variante de socialismo democrático con sus políticas económicas (neo)-keynesianas que caracterizaron fundamentalmente la discusión de la política de desarrollo a fines de los años 60 y en la década del 70. La creciente concentración del poder económico en los países latinoamericanos, con la congruente pauperización de amplios seg-

mentos de la población (incluidos los sectores medios), no puede ser sólo la consecuencia de *demasiado* Estado —como sostienen los apologetas del mercado— sino también de demasiado *poco* Estado (*eficiente*). La libre competencia, en muchos casos, puede provocar costos sociales demasiado altos e incluso destruir las instituciones democráticas si no existe un Estado que corrija los desequilibrios y marque los límites del libre juego de las fuerzas económicas.

A pesar de todas las críticas que hay que hacer al optimismo ingenuo de aplicar las recetas de la economía de mercado a cualquier situación, puede suponerse que los procesos de transformación de Europa central y oriental, en caso de que continúen progresando en dirección a estructuras democráticas y de economía de mercado, podrían aportar experiencias de las que, por lo menos en forma indirecta, los países latinoamericanos tendrían algo que aprender. Si ahora, después del desastre de la economía planificada, el papel del mercado experimenta una revalorización en las sociedades del Este europeo, ello se debe no sólo a sus aportes para una coordinación flexible y descentralizada de los rendimientos económicos sino también al hecho de que se lo aprecia como un mecanismo de separación de la sociedad y el Estado. El mercado y las relaciones contractuales se conciben así como condiciones positivas para liberar al individuo de la tutela del Estado.

Al mismo tiempo hay que hacer referencia a la estrecha relación entre el funcionamiento del mercado y la democracia. Hace muy poco, Jakowlew, miembro del Politburó y persona muy cercana a Gorbachov, calificó el mercado libre como el fundamento económico de la democracia. La vinculación entre el mercado y la economía se ve complementada por el hecho de que el funcionamiento del mercado puede hallar su sentido y sus límites sólo en el contexto de un proceso

de democratización que se desarrolle paralelamente. Fueron las instituciones y formas de procedimiento democráticos y las posibilidades de participación los que delinearon un marco para que el sistema occidental de administrar no crease solamente más bienestar para los fuertes sino, finalmente, también más justicia para todos. Y viceversa: los sistemas democráticos pueden mantenerse a largo plazo sólo si crean un espacio libre en el que las fuerzas sociales y económicas puedan desarrollarse y procuren que los valores producidos no sean sólo para beneficio de una pequeña minoría sino de la gran mayoría.

Finalmente, no habría que perder de vista en la puja por «más mercado-menos Estado» que tanto el ejemplo de la República Federal de Alemania como el de los países en desarrollo del sudeste asiático (hoy saludados en América Latina como dignos de imitación) muestran que sólo un Estado eficiente, dotado con suficientes competencias para actuar y conducir, con una configuración activa y que no se arredre ante las reformas estructurales necesarias (reformas agraria, educativa, etc.), es capaz de crear las condiciones para el funcionamiento de las fuerzas de mercado.

Estas enseñanzas valen tanto para Europa oriental como para América Latina. La tarea de los gobiernos y actores económicos de Europa occidental sería recordar con insistencia esa interrelación y orientar su ayuda para el desarrollo de la forma correspondiente.

---

***Los procesos de transformación de Europa central y oriental podrían aportar experiencias de las que Latinoamérica tendría algo que aprender.***

---

## **Lecciones para el futuro:**

¿Qué habría que hacer, en vista de esta situación, para evitar que también la última década de este milenio se pierda para latinoamérica?

En cuanto a los países industrializados:

— Si la solidaridad es realmente indivisible (como aseguran tranquilizadamente una y otra vez políticos de diferentes colores en los países ricos frente a las dudas del Tercer Mundo) no habría que impulsar la democracia solamente allí donde ésta garantice una política económica beneficiosa para el Norte.

— Como requisito mínimo de una política solidaria sería necesario reconocer que la verdadera democracia no puede prosperar en medio de una montaña de deudas.

— La satisfacción de las necesidades básicas debería anteponerse al interés por la exportación de alta tecnología.

## **En lo que hace a América Latina:**

— En vistas del desastre económico de muchos de los Estados latinoamericanos, que cada vez menos puede atribuirse con credibilidad a los factores externos, los responsables políticos de estos países deberían mirar más hacia adentro en los próximos años y de una vez por todas encarar con coraje las reformas tantas veces prometidas desde el comienzo del proceso de democratización, especial-

mente una reforma financiera, impositiva y administrativa.

— En su ininterrumpida fijación por las magnitudes cuantitativas (crecimiento económico, cifras de exportación, etc.), los responsables políticos pierden de vista los costos que el progreso técnico provoca para el medio ambiente. Esto es comprensible teniendo en cuenta la lucha cotidiana de amplios grupos de la población por la supervivencia, pero es catastrófico a medio y largo plazo. Ante los problemas sociales y ecológicos cada vez más complejos a los que el subcontinente latinoamericano (y no sólo él) se ve sometido, habría que comprender que la superación del subdesarrollo requiere en primer término un crecimiento cualitativo y sólo en segundo lugar uno cuantitativo. En las palabras del experto en América Latina Manfred Wöhlcke: «El crecimiento cualitativo se orienta en primer término a las condiciones concretas de vida de las masas de la población con relación a tres dimensiones: aseguramiento de la existencia, compatibilidad social y conformidad con el medio ambiente». A comienzos de los años 90 América Latina está muy lejos de estos objetivos. Una política interior que se orientara hacia esas dimensiones sería a largo plazo la mejor garantía de estabilidad de las jóvenes democracias del subcontinente. Por lo demás, tal política interna sería también la mejor política exterior ya que crearía aquellas condiciones generales y aquella confianza (tanto dentro como fuera del subcontinente) sin las cuales América Latina no tendrá posibilidad alguna de volver a ser un socio codiciado en la economía mundial.



---

## ENTREVISTA

# ENTREVISTA CON RALF DAHRENDORF

Giancarlo BOSETTI

**E**n *El conflicto social de la modernidad*, de próxima publicación en español, el conocido sociólogo alemán Ralf Dahrendorf sintetiza un intenso trabajo teórico y político alrededor de los temas que motivaron esta entrevista. Aquí se sostiene que entre crecimiento y prosperidad, por un lado, y derecho de ciudadanía, por el otro, hay una contradicción difícil de compatibilizar. Para resolverlo es preciso un cambio estratégico que desintegre la ofensiva neoconservadora, con sus pesados costos sociales. Dahrendorf considera que la «cultura de la adición» que la sustenta, con su enfática propuesta de enriquecimiento a cualquier precio, ha puesto en dificultades a la izquierda en el plano mundial. El cambio supone entonces una profunda renovación de

esa izquierda y en particular de algunos partidos socialistas proclives a aceptar el discurso neoconservador. Pero el horizonte político y social del mundo se presenta cargado de incertidumbre y también de riesgos para encarar la renovación de la cultura de izquierda. La crisis y el fracaso del «socialismo real» nos colocan ante los interrogantes suscitados por Norberto Bobbio en un artículo publicado hace poco tiempo: ¿quién tomará a su cargo las demandas de justicia social de las que surgió el movimiento comunista hace ya un siglo y medio? Las reflexiones de Dahrendorf, con sus elementos típicamente liberales, se mueve en una dirección análoga a la de Bobbio: nuevas oportunidades se presentan, pero junto con ella aparecen nuevas incógnitas.

—Comencemos por el estado de las cosas en los países de Europa occidental. Usted ha individualizado como algo central el conflicto entre *thatcherismo* y derechos de ciudadanía, entre lo que llama *provisions* (crecimiento, acumulación de bienes y recursos) y *entitlements* (derecho de acceso a estos bienes). Después de las elecciones europeas, ¿cómo juzga el campo de batalla entre estos contendientes?

— Pienso que las elecciones europeas confirman mi impresión en el sentido de que el clima de los años noventa será muy distinto del de los años ochenta. En el próximo decenio habrá una insistencia mayor sobre los derechos sociales de ciudadanía, pero —y esto es importante— no como un hecho que excluye el crecimiento económico sino como una combinación con él, porque los partidos a los que les ha ido bien, o mejor dicho la mayor parte de los partidos a los que les ha ido bien, no están efectivamente opuestos a lo que yo llamo *provisions*, o sea, a la prosperidad, sino que quieren dar a la prosperidad un contenido social, una plataforma de acceso para todos los ciudadanos. Además existe de manera indiscutible una cuestión de importancia mayor sobre todas las otras: la del ambiente, que es por eso uno de los campos de batalla, si es que queremos utilizar este término; se trata de una cuestión mundial que interesa a los seres humanos de cualquier lugar que sea. Pero en términos sociales pienso que estamos entrando en un período en el cual el *thatcherismo* grosero de los años ochenta no ganará más en las elecciones. Esta me parece que es la lección principal.

— En un razonamiento de los años noventa entra la crisis de los sistemas de los Estados del socialismo real. ¿Cuál ha sido su reacción ante los acontecimientos chinos y cómo juzga la evolución política de los otros países del Este, desde Moscú hasta Varsovia?

— Obviamente, mi primera reacción ha sido una reacción pura y simplemente de horror y de *shock*. Horror por el hecho de que existan líderes capaces de movilizar el ejército contra el pueblo, contra gente que es naturalmente pacífica hasta en situaciones límite. Es verdad que, después que el ejército comenzó a disparar, existió violencia de ambas partes, pero no hubo provocación alguna que pudiese servir como excusa. Esta es mi primera reacción, pero, hablando más profundamente, son necesarias consideraciones más complejas. Si es verdad que el socialismo realmente existente fracasó de manera evidente, esto sucedió de dos modos: en primer lugar no fue capaz de producir los avances económicos que había prometido, y en segundo lugar no dio a la gente los derechos de participación, cuya exigencia se pregonaba, y que en estos países ha sido frecuentemente llamada democracia. Por lo tanto ni la prosperidad ni la democracia. Y todo esto lleva a un gran vacío, a una gran *vacuum*. A la pregunta respecto de cómo salir de esta crisis las dos respuestas que se han dado hasta ahora son ambas en alguna medida insatisfactorias. Una es la china, la que dice lo siguiente: «Todo va bien: usamos el mecanismo de mercado para generar crecimiento, pero hemos limitado los derechos políticos». Sin embargo, hemos visto que esto no funciona, porque una vez que se anima la gente a participar en la vida económica, ésta reivindicará por la fuerza los derechos políticos y la democracia. El otro método es el usado por Gorbachov, que consiste en decir: «Todo va bien, otorgamos los derechos políticos, un cierto grado de democracia y esperamos que el desarrollo económico prosiga». Pero aun así, desdichadamente, esta elección parece no funcionar en el plano económico. No hay una reacción económica automática a la ampliación de los derechos políticos; y hay que mirar con un cierto grado de miedo y de aprehensión las reacciones de los ciudadanos soviéticos ante la persistente e insostenible situación económica. Por lo tanto, el socialismo realmente

existente ha fracasado tanto en el plano de la prosperidad como en el de la democracia, pero las alternativas no son todavía claras.

— **La fase de crisis y la transición de estos países, con sus incógnitas y esperanzas, se refleja en toda la situación mundial. ¿Cómo podemos imaginar el próximo acto, aquel en el cual estamos entrando?**

— Desdichadamente lo primero que debemos considerar es que el fin de una ideología determinada no significa necesariamente que de inmediato comience el reino de la libertad. Existen otras alternativas a las creencias de ayer. Y una de las alternativas que me preocupa muchísimo es, en el sentido más amplio de la palabra, el fundamentalismo. Estamos ante variantes del fundamentalismo en muchas partes del mundo. En el Tercer Mundo existen ejemplos de países que han dejado de creer en el socialismo y que han abrazado una suerte de fundamentalismo tradicional y de tipo religioso. En el segundo mundo, el del socialismo realmente existente, el fracaso parece haber suscitado el fantasma de los movimientos nacionalistas, también ellos antiliberales. Y en nuestra parte del mundo, desdichadamente, vemos en los márgenes de la sociedad el retorno de nacionalismos y de reivindicaciones de homogeneidad. Es el caso de Le Pen en Francia, de los *Republikaner* en Alemania y de otros fenómenos análogos en distintas partes. El punto que quiero destacar es éste: no nos hagamos ilusiones, pues no existe un recorrido automático hacia un mundo *liberal*, en el sentido más amplio de la palabra. Pero dicho esto, lo que debemos hacer es asegurarnos que se concrete la oportunidad de una política de cambio estratégico, o sea de una política que acepte las ventajas y los progresos del mercado, pero que agregue los progresos y las ventajas de la ciudadanía. Es esta combinación la que a mí me parece que es la tarea, y no una consecuencia automática, de los años noventa.

— **Las elecciones en Polonia, que han mostrado el nivel real de consenso del partido en el poder desde hace cuarenta años, el camino del pueblo soviético en dirección de formas de democracia y de Estado de derecho, es como el fin de un gran ciclo, de un gran sueño. ¿Qué cosa, en lo esencial, está llegando a su término?**

— Quiero decirlo sin ambigüedad que nosotros vemos el fin de aquel particular sueño, el del marxismo, como algo que se realiza mediante un proceso más bien largo. Y, como sabemos bien, este sueño ha cambiado en los años veinte y treinta. Hoy vemos precisamente el fin de la idea de que existe un proceso inevitable que conduce, después de un período de capitalismo, o como se lo quiera llamar, a la sociedad marxista o socialista.

— **Pero con el fin de este sueño, ¿usted considera que se deba renunciar a la aspiración de extraer de la convivencia humana algo mejor? Existen esquemáticamente dos opciones teóricas de fondo, la de una antropología positiva, o sea una visión del hombre como ser fundamentalmente positivo y que plantea fines positivos a la sociedad y la de una antropología negativa, o sea una concepción del hombre como entidad negativa, perversa, que tiene necesidad sólo de ser tenida bajo control a través de reglas e instituciones, ¿usted sugiere contentarse con la segunda?**

— No estoy tan seguro de esto. Tratemos de poner en claro algunas cosas fundamentales. El fin del marxismo significa ante todo el fin de la creencia en la inevitabilidad histórica de los fines de un movimiento particular, y luego, que todos debemos reconocer que el mundo es incierto y que debemos actuar antes que confiarnos a «fuerzas históricas» que realicen el trabajo por nosotros. Significa, en segundo lugar, el fin de la creencia de que la clase obrera sea el «sujeto de

la historia» y la fuerza principal del futuro. Numerosas circunstancias han hecho clara esta verificación. Y esto, a su vez, quiere decir que cuando actuamos debemos dirigirnos a gente de todos los grupos sociales. Y luego apelar a hombres y mujeres en cuanto individuos. En tercer lugar, está el fin de la noción de un mundo perfecto: el elemento utópico en la política ha sido derrotado, ha perdido. Por lo tanto debemos contentarnos con avanzar paso a paso, con cambios graduales pero estratégicos, como a mí me gusta llamarlos. Pienso por eso que todavía queda una tarea muy grande por cumplir por parte de una fuerza reformista: buscar lo que yo llamo las mayores *life chances*, las mayores posibilidades de vida para el mayor número de personas. Y mayor posibilidad de vida significa una combinación más eficaz de elecciones y de derechos que la gente debe tener a su disposición, una combinación eficaz de prosperidad y ciudadanía. Este es un objetivo para la política y la antropología que está tras de esta idea y, diría, una antropología realista, ni negativa ni positiva. No presumimos que el hombre es bueno y a la vez creemos en una bella sociedad gracias a su bondad, pero tampoco debemos ni siquiera presumir que el hombre sea una criatura malvada por naturaleza y que la sociedad tenga por objetivo protegernos del mal. No, se trata de una mezcla de cosas, fruto de una valoración realista, que lleva a un enfoque activista y no a uno determinista basado en la necesidad.

— **En sustancia, usted dice: menos Rousseau y más Hobbes.**

— No debemos dirigirnos sólo hasta Hobbes; detengámonos en Locke. Pero ciertamente menos Rousseau.

— **Hablemos del sujeto político que debe sostener una perspectiva de reforma. En su libro usted manifiesta dudas sobre una cuestión que afecta, en primer lugar, el futuro de la izquierda, o sea si de esta si-**

**tuación cargada de riesgos pero también de oportunidades emergerá una nueva forma de socialdemocracia o un nuevo tipo de liberalismo radical. ¿Existen elementos que hayan modificado su incertidumbre?**

— En lo fundamental sigo en la incertidumbre. Pero existe una diferencia entre el interrogante sobre cuáles son los partidos políticos que persiguen estos nuevos objetivos y aquello acerca de los grupos sociales que lo apoyan. En lo que respecta a los partidos pienso que tenemos un cuadro distintos en países diversos; basta ver la diversidad que resultó de las elecciones europeas. No es necesario hacer generalizaciones, pero en lo que respecta a las fuerzas sociales es verdad que, sea donde sea, no son tan identificables como lo eran en el período en que bastaba hablar de clases. En efecto, lo que es necesario hacer hoy es dirigirnos a individuos de toda una gama de *status* sociales, de posiciones de vida, a los jóvenes, a los ancianos, a gente que vive en la metrópoli, en el campo, que trabaja en las oficinas, a los trabajadores de las fábricas, a los desocupados, a las mujeres; en otras palabras, a una gran cantidad de aspectos que hacen mucho más difícil y precario vencer en las elecciones y mucho más incierta la identificación del sujeto histórico.

— **La dirección de su búsqueda no me parece por diversos aspectos en contraste con la de la socialdemocracia alemana, de la propuesta del IRSEE, que se interroga precisamente la cuestión del sujeto social. Se reflexiona ahora sobre la discusión que tuvo con Willy Brandt, cuando usted sostenía que la experiencia socialdemócrata pertenecía al pasado y carece de futuro. ¿La replantearía en los mismos términos?**

— Sí, la haría del mismo modo. No tengo idea de lo que sucederá en Alemania, si los socialdemócratas lo hicieran. Veo sin embargo, que no están pisando muy fuerte, que

no ganan los votos que los otros están perdiendo. Por el contrario, han perdido de nuevo y no parecen atraer la fantasía de un electorado activo. Mi insistencia en la capacidad de los sistemas políticos para cambiar es distinta de la de ellos. Pienso que soy fundamentalmente un *liberal* en el sentido tradicional, casi como un liberal del siglo pasado, como aquel que se llamaba *whig*; es decir, insisto sobre la iniciativa individual, en un Estado que pone al individuo en condiciones de, más que un Estado que dirija, que haga de jefe. Creo en la función del liderazgo y en las aptitudes empresariales emprendedoras, pero no estoy molesto porque a mi nombre se lo asocie con los socialdemócratas alemanes o los comunistas italianos. Existe una gran variedad de grupos que están buscando nuevas vías que yo encuentro interesantes.

— **Volvamos a los interrogantes de Bobbio: no se trata sólo de la pregunta sobre qué cosa seguirá a la derrota del socialismo, a la cual usted ya respondió insistiendo sobre los riesgos del fundamentalismo, sino que existe también la consideración de que no basta declarar la victoria de la democracia contra el comunismo para ilusionarse en el sentido de que los problemas de la sociedad se resuelven gracias al desarrollo y las instituciones democráticas... Pensemos en el sur del mundo pero también en las contradicciones que afloran en las sociedades desarrolladas.**

— Estoy absolutamente de acuerdo. Y pienso también en el norte de Inglaterra, que no ha tenido beneficio alguno de la enorme prosperidad de los años ochenta, o en el sur de Italia. Por eso yo no hablo de victoria de la democracia sino sólo de derrota del socialismo y del comunismo, porque pienso que de todas maneras es totalmente incierto saber quién venció. Dijimos que vencerán aquellos que creen en las posibilidades de vida para los hombres de cualquier parte que sean. Y vencerán sólo si hacen el esfuerzo de ir más allá de la creencia ingenua en el desarrollo eco-

nómico como algo capaz de resolver todos los problemas. No, no los resuelve. Y entonces la tarea está ante nosotros y no tras nuestro. Y la victoria está todavía lejana, muy lejana.

— **Eric Hobsbawn, en la *New Lef Review*, ha dedicado un ensayo al fin de la conciencia de clase como factor unificante de la política laboralista o socialista. Para los partidos de esta tradición el pasaje a una estrategia de progreso social distinta conlleva una cantidad enorme de problemas políticos y teóricos, ¿cómo juzga usted esta transición?**

— En primer lugar debemos hablar claro. No existe ninguna certeza de que estos partidos sobrevivan como fuerzas políticas importantes. A lo que asistimos hoy es al emerger de movimientos sociales, de *single-is-sue-groups*, de grupos que surgen a partir de un problema particular, que son frecuentemente al menos tan fuertes como estos partidos. Se trata por ejemplo de ecologistas, de grupos que defienden a los pensionados (pensemos en los votos de Luxemburgo), que defienden los derechos de las mujeres, que defienden el automóvil (por ejemplo en Suiza), que defienden numerosas cosas. No sabemos qué será de la estructura de los partidos. En segundo lugar si estos partidos quieren sobrevivir deberán alejarse, deberán abandonar la dependencia de ciertos grupos particulares y deben dedicarse más a políticas y a combinaciones de políticas con las cuales puedan atraer a todo un espectro de estratos de población. En tercer lugar que estas revisiones de los partidos existentes son verdaderamente dolorosas porque requieren una cantidad enorme de tiempo para desembarazarse de su pasado. Vincular el futuro con el pasado —preocupación que es comprensible— hace lentísimo el alcance de una nueva problemática. Pero ciertamente yo no soy la persona adecuada para resolver estos problemas. En todo caso estamos entrando en un período en el que todos los partidos acaso sean menos importantes de lo que fueron en la época de la conciencia de clase.

— **Son cambios profundos que afectan ideas, símbolos, valores, por los cuales han sido gastadas enormes energías humanas.**

— Yo soy, digamos así, un *one-man institution*, una institución constituida por una sola persona, o sea por mí mismo. No represento ningún grupo en particular. Y sin embargo usted me está hablando, otros me están hablando. Pienso que la clave de este fermento que estamos viviendo es una porción de pensamiento independiente. Pienso además que los partidos que se abren a este debate con el pensamiento independiente son aquellos que, con más probabilidades, realizarán la transición necesaria. Pero no existe ningún éxito garantizado. Nadie está en condiciones de hacer esta promesa.

— **En la discusión sobre el futuro de los partidos está presente también el problema de su estructura operativa: existe el partido de masas, el partido de opinión, el partido de tipo norteamericano. ¿Cuál es la forma que considera más adecuada a la política que usted tiene en mente?**

— Existen las diferencias entre países, por lo cual no se puede transferir simplistamente instituciones de un país a otro. Cuando llegue a Roma, invitado por el presidente de la Cámara, hablaré de las instituciones británicas y las describiré de un modo que espero sea interesante para Italia. La democracia británica es capaz de cambios, y un instrumento válido para criticar las instituciones de otros países europeos, más rígidos, menos permeables. Y este es el tema: cómo cambiar sin seguir desde luego el camino de la Thatcher. Pero no tengo ciertamente la intención de recomendar la traslación. De manera que querría que fuese tomado *cum grano salis* lo que quiero decir ahora: que estoy impresionado positivamente por las instituciones norteamericanas. Pienso que ellas están mejor adaptadas para este período

de cambio, a través de las clases, y a la elevada capacidad de absorber los nuevos movimientos sociales, las nuevas ideas.

— **En su razonamiento sobre la tradición marxista y sobre los partidos que aparecen como agotados, sobre el movimiento obrero, ¿cuál es, según usted, el elemento que está en la raíz del deterioro en el plano conceptual y cultural? En resumidas cuentas, ¿cómo separar las motivaciones de generosidad que está en la base de todo de ciertas consecuencias?**

— Es necesario distinguir entre nuestras sociedades y las del Este. No pienso que en nuestros países exista en la base una cuestión de generosidad, aquí el socialismo fue fundado a partir de la necesidad elemental de formar grupos para batirse en favor de derechos fundamentales. El socialismo en la Unión Soviética y en el Este ha sido algo muy distinto, ha sido un método alternativo de desarrollo. Ha llegado hasta un cierto punto y no más allá de él. Se podría hablar de esta transición, pero es una historia muy distinta la que estamos hablando ahora. Y nuestra historia es la de la reivindicación de derechos elementales para todos; y eso es algo fundamental, que debe ahora proseguir en circunstancias distintas. El error esencial por remover es la creencia en una única, justa e indiscutible solución: el rechazo de la incertidumbre del mundo en que vivimos. De aquí surgen las dificultades. Es necesario aceptar para la política y para la economía el método del *trial and error*, del probar, errar y corregir. Es necesario aceptar que la gente explore posibilidades que puedan resultar fallidas. La gente no conoce las respuestas, no puede conocerlas. Es importante que se pueda decir que están haciendo intentos honestos por resolver los problemas. Esta es la verdadera lección que hemos aprendido.

---

© L'Unità



---

PROGRAMA 2.000

# LA DEMOCRACIA ECONOMICA Y EL SOCIALISMO

*Manuel ESCUDERO, Manuel DE LA ROCHA,  
Manuel VENTURA, Matilde FERNANDEZ*

## **Manuel ESCUDERO**

**L**a democracia económica es un aspecto básico del socialismo; es más, la democracia económica es una perspectiva en la que, por encima de los problemas actuales, los socialistas hemos de coincidir en los próximos años con los sindicatos, y no sólo con UGT, sino también con CC OO o ELA-STV. Desde esta convicción intentaré fundamentar en mi exposición, quizás un poco teóricamente, por qué la democracia económica es un aspecto básico del proyecto socialista, para luego pasar revista a cuáles son aquellos puntos que necesitan de un mayor desarrollo en el futuro.

La fundamentación de que la democracia económica es un aspecto básico del socialismo se basa en cuatro tesis. La primera es que ante la explotación la receta socialista es la democracia. Los socialistas estamos revisando en este momento dentro del Programa 2000 el con-

cepto de explotación para situarlo más allá de las connotaciones tradicionales que se le atribuyen como fenómeno derivado únicamente de la esfera económica y sometemos a análisis la idea de que la explotación existe porque una mayoría es dominada por una minoría que decide sin responsabilidad y sin que haya mecanismos democráticos que la sujete. Lo que quiere decir que por debajo del fenómeno de explotación, hay en realidad un fenómeno de dominación política. Este concepto es tremendamente útil porque nos ayuda a ver, por un lado, que la dominación no es exclusiva de la esfera económica y se produce también en otros ámbitos como en la sexualidad, en lo ecológico, en los conflictos nacionales u otros, pero, además, por otro lado, también nos permite advertir que, precisamente, la misma explotación económica existe porque existe dominación: dominación de los propietarios, de los managers, de las transnacionales y, en general, de las tupidas, flexibles y cambiantes redes de alianzas empresariales que se configuran en este momento sobre los trabajadores. Ante estas circunstancias, la conclusión que se deriva para nosotros directamente es que debemos aumentar los controles democráticos de la economía o, lo que es lo mismo, avanzar hacia la democracia económica.

La segunda tesis es que el control social del desarrollo material de la sociedad es un concepto clave del socialismo para nuestro tiempo. El socialismo es la lucha contra las dominaciones que surgen o se reproducen en el sistema socio-económico capitalista. ¿Y cómo luchamos los socialistas contra estas dominaciones? Manteniendo el sistema y transformándolo democráticamente. Pero el sistema capitalista cambia a través de la historia y, en consecuencia, la redefinición de acuerdo a estas nuevas etapas históricamente no sólo no es extraño, sino consustancial al socialismo y por eso mantenemos en el Programa 2000 que se ha acabado un ciclo de pensamiento socialista. Pues bien, creo que un objetivo básico de la nueva definición del pensamiento socialista es conseguir un aumento significativo del control social sobre el desarrollo material de la sociedad.

Para aclarar por qué sostengo esta tesis pensemos, por ejemplo, en la comparación entre dos momentos históricos distintos. El objetivo básico del socialismo en el siglo XIX era alcanzar reformas estructurales que condujeran a la propiedad colectiva; en otras palabras, se abogaba por el control del proceso económico mediante la evolución de los medios de producción privados. En cambio, en los años sesenta, se tenía la convicción de que el objetivo socialista se cumplía mediante el Estado de bienestar, la redistribución de la renta —y digo de la renta y no de la riqueza— y la fiscalidad progresiva; ya no se planteaba el control de la economía, sino un pacto acerca de los resultados producidos por el sistema. Y, ¿por qué se produce esta diferencia entre un momento y otro? La explicación radica en que en el primer momento se vivía plenamente la revolución tecnológica de la primera industrialización y ni el socialismo ni, en general, la sociedad conocían las potencialidades, la

capacidad de adaptación o los resultados sociales del capitalismo y, por tanto, lógicamente se reclamaba control en el origen, en el proceso productivo; pero, en cambio, en los años sesenta, con una base tecnológica, aunque en desarrollo, ya asentada y conocidas y asumidas las potencialidades y los mecanismos internos del sistema capitalista, se pudo alcanzar un pacto para establecer un control limitado sobre el mismo, no en el origen, sino en el destino, o lo que es lo mismo, en la redistribución.

Volviendo al momento actual, ahora nos encontramos de nuevo con un capitalismo en plena mutación que se caracteriza por el papel estratégico de las transnacionales en el sistema económico, por la separación entre propiedad y gestión de las empresas, por la adjudicación de un papel totalmente diferente a las pequeñas y medianas empresas, y sobre todo, por una transición tecnológica sin precedentes. Con estas circunstancias, tampoco se conoce hoy cuál es la potencialidad, la capacidad de adaptación, los resultados sociales y los mecanismos de funcionamiento del sistema capitalista que vivimos, y esta es la justificación de que ahora se reitere la demanda de control social sobre el desarrollo material que se expresaba a comienzos de siglo. Pero, evidentemente, ya no se trata de un control por parte del Estado o materializado en las nacionalizaciones y en las estatalizaciones sino del aumento de la participación de los trabajadores en los procesos de decisión económicos a través de sus organizaciones democráticas, de los sindicatos. En consecuencia, el socialismo se define por buscar un aumento del control social sobre las condiciones del desarrollo material de la sociedad.

La tercera tesis es que el socialismo se define por un modelo de sociedad futura. Volviendo al paralelismo que he establecido, en los años cuarenta existía un modelo de sociedad futura que era el punto de referencia objetivo para el socialismo, un modelo derivado del marxismo utópico, que representaba una sociedad armoniosa y sin clases, un paraíso inalcanzable. En los años cincuenta el socialismo renunció, en cierto modo, a este punto de referencia y se instaló en su presente, de tal forma que la utopía pasó a estar representada por los valores referenciales, nunca alcanzables pero siempre aproximables, de libertad, igualdad y solidaridad. Pues bien, el socialismo debe recuperar hoy el concepto de sociedad futura a conseguir, aunque no ya como utopía inalcanzable sino como utopía realizable. No se trata de alcanzar una sociedad sin diferencias, sino una sociedad sin diferencias injustas. No se trata de llegar a una sociedad sin mercado, sino a una sociedad donde existan nuevos agentes de regulación social del mercado. Se trata, en suma, de un modelo de socialismo o, dicho de otro modo, un modelo de capitalismo transformado, porque para que el socialismo en la situación actual de transición hacia una nueva sociedad continúe transformando el capitalismo (que es de lo que se trata) necesita tener ante sus ojos este modelo de sociedad socialista a conseguir, ya que, en el caso contrario, puede correr el peligro de no transformar realmente el capitalismo y, en

definitiva, de abandonar su definición como partido de izquierdas. Y en esa sociedad futura referencial la democracia económica, como se ha venido indicando, deberá existir como un ingrediente esencial.

Y la cuarta tesis, que en cierto modo es resumen de las anteriores, es que la democracia que tenemos en estos momentos es una democracia política, mientras que la que perseguimos los socialistas es la democracia social. Por tanto, el modelo futuro de referencia que acabo de proponer debe ser este: una democracia social, una sociedad en la cual tanto los procedimientos como los fines de la democracia representativa se extiendan a todos los ámbitos de la vida. Un ingrediente fundamental de la democracia social es la democracia económica y ésta se consigue mediante la intervención de los trabajadores organizados democráticamente en la economía.

Por tanto, la democracia económica es un objetivo básico del socialismo redefinido de hoy. Esta afirmación pasa por la conciencia de que no se puede avanzar en su profundización y, en consecuencia, en un aspecto clave del proyecto socialista sin el concurso y el apoyo de los sindicatos, y es ahí donde está en estos momentos la ironía de la propuesta. Pero, esta afirmación hay que mantenerla a pesar y por encima del conflicto actual, porque de resultados de él puede ser que en estos momentos haya socialistas que se planteen la posibilidad de un proyecto socialista sin sindicatos; e iría más allá: los socialistas deben ganar en España a los sindicatos para el proyecto de democracia económica.

La segunda parte de mi intervención se centra en la distancia real que existe entre la situación actual y el objetivo de democratización de la economía que pretendemos. Para alcanzar una visión de la distancia que media entre una cosa y otra podríamos seguir el siguiente método: definir los niveles en los que se desarrolla la democracia económica, analizar la situación en la que nos encontramos y observar cuáles son los obstáculos para su desarrollo actual y futuro.

La primera expresión de la democracia económica es la codeterminación en la empresa. Esto significa no sólo el derecho de los trabajadores a la información —sino también el poder de cogestión en las decisiones relevantes que les afectan en el terreno de la organización, de la producción, de las condiciones de trabajo y del futuro económico de la empresa con respecto a la transición tecnológica. La codeterminación en la sociedad actual y futura viene demandada por la propia transición tecnológica, ya que si esta transición no es controlada desde la propia empresa faltaría uno de los resortes fundamentales para su control democrático, pero también viene posibilitada por ella, ya que ofrece a los trabajadores la oportunidad de controlar muchísimo mejor incluso la organización del trabajo en la propia empresa. Además, la separación y la gestión en el ámbito de la empresa facilita su establecimiento, ya que, en último término, a la empresa le interesa mucho más, hoy por hoy, la

productividad que la relación social derivada de la jerarquía que se establece en su seno.

*Manuel Escudero*

Pero la codeterminación implica dos cosas muy serias. En primer lugar, se necesita que haya un espíritu o una actitud de colaboración en torno a un objetivo común. Un sindicato que adopte o acepte la colaboración no puede esgrimir una filosofía de confrontación y reivindicación sin querer participar en una visión global de la situación. Un sindicato de este tipo no aceptará la codeterminación como un objetivo. Y, en segundo lugar, también es obligada una organización efectiva de los sindicatos en la empresa, es decir, una militancia sindical activa de los trabajadores. Ambos aspectos nos dan una idea de la distancia real entre la situación actual y la que debería haber. ¿Querría CC OO la codeterminación a nivel de empresa? o ¿existe realmente trabajo microsindical en España? Las respuestas a estas preguntas nos muestran que es preciso una renovación sindical en este terreno para que la codeterminación se pueda desarrollar en España.

El segundo nivel de democracia económica es la participación en el diseño, en el control y en la gestión de las políticas generales relacionadas con los trabajadores. Esto significa coparticipación en las políticas de formación profesional, de empleo, de control medioambiental y de promoción tecnológica y de nuevas actividades productivas. Su necesidad en los procesos y en las políticas generales que se refieren al mundo del trabajo radica en que es un elemento imprescindible para el aumento del control democrático sobre el sistema económico. Su viabilidad en la sociedad actual estriba en el grado de organización alcanzado por los agentes económicos y el Estado que hace posible alcanzar acuerdos efectivos y no puramente nominales.

Pero, como antes, el desarrollo de esta segunda dimensión implica una serie de condiciones que tenemos que comprobar si se cumplen en España. Por una parte, y aquí debemos ser taxativos, para llevar adelante la coparticipación es necesario la presencia de las tres partes, es decir, del Estado, de los sindicatos y de la iniciativa privada y, además, la aceptación de un marco económico general a partir del cual puedan establecerse claramente los límites, los ritmos y las características de las políticas que corresponda aplicar. En este sentido podemos afirmar que, para desarrollar la coparticipación de las políticas generales, se puede dar mayor poder institucional si tiene el correlato de una mayor responsabilidad institucional. Pues bien, ¿las centrales sindicales están dispuestas en estos momentos a este toma y daca, a asumir un mayor poder institucional pero aceptando, a su vez, una mayor responsabilidad en el contexto global donde se formulan estas políticas que ellos mismos pueden llegar a gestionar?

La tercera dimensión de la democracia económica es la entrada de los sindicatos como agentes de inversión y, más genéricamente, como

agentes que actúan en el mercado a través de su participación en los beneficios conseguidos en el proceso de producción. De hecho, la participación de los trabajadores en la democratización de la producción no será definitiva hasta que no lleguen a constituir un nuevo agente en el mercado, en pie de igualdad con la iniciativa privada y con el Estado. Sin embargo, los mecanismos por los cuales se llega a producir esta situación no se pueden procesar porque el proceso ocurre en cada país de forma distinta y de acuerdo con su historia particular. Por ejemplo, los fondos de inversión de trabajadores en Suecia se inauguraron por unas circunstancias muy particulares. Una de las razones fue evitar tendencias inflacionistas, ya que en empresas o sectores con altos beneficios la natural subida de los salarios presionaba, en un efecto de arrastre, a los salarios de sectores con menor productividad generando inflación. En consecuencia, suprimir parte de los beneficios excesivos era una medida antiinflacionista, y otra razón fue consolidar sin más los fondos de pensiones de los trabajadores.

Pero, aunque en cada país se va a plantear de forma distinta la entrada de los sindicatos como agentes de inversión, se pueden establecer unos parámetros generales. En primer lugar, los fondos de financiación que tengan los sindicatos para empezar a actuar como agentes inversores deberán provenir de los beneficios obtenidos por el sistema productivo. En segundo lugar, los fondos constituidos y luego destinados a la inversión deberán ser gestionados por organizaciones democráticas que surgen de la sociedad y, en este caso concreto, de organizaciones democráticas de trabajadores. En tercer lugar, los fondos deben dedicarse a inversión productiva y los beneficios a fines colectivos. Como en el caso sueco donde los rendimientos que se obtienen con los fondos de inversiones se destinan automáticamente a los fondos de pensiones de los trabajadores. Un cuarto aspecto es que los fondos deben reforzar la codeterminación en la empresa, ya que las acciones compradas a través de ellos pueden pasar a titularidad de los sindicatos que actúan en ella, lo que en el caso de Suecia puede llegar hasta el 50% de las acciones de una empresa concreta. Y, por último, se puede señalar que los fondos de inversión y medidas similares, allá donde se creen, deben establecerse por ley con un planteamiento general para toda la sociedad y para todo el sistema del país.

Los fondos de inversión han sido tratados con cierta imprecisión en España. Se los ha considerado como una idea atractiva, pero nunca han sido tomados seriamente hasta ahora. Por eso me gustaría hacer algunas precisiones sobre la perspectiva de su implantación en nuestra economía. Aunque haya que hablar con cautela sobre este tema, como aproximación, me atrevería a afirmar que es prematuro hablar de beneficios excesivos en la economía española en 1989 porque todavía no tenemos una situación económica consolidada. Cuando hablo de beneficios excesivos soy consciente de que hago uso de un criterio totalmente subjetivo porque habría que fijar previamente un nivel a partir del cual los consideramos así, pero, para entendernos, podemos esta-

blecer que son excesivos los beneficios, que son muy elevados. Es cierto que se dan beneficios excesivos en la banca, pero con la perspectiva de apertura a Europa probablemente lo son a corto plazo. También se dan con toda seguridad en el mercado inmobiliario y en el de la propiedad, y además con connotaciones especulativas, pero no creo que sea esta la pauta general en la mayoría de los sectores productivos de nuestro país. Por otro lado, comparando a nuestro país con Suecia podemos decir que, a diferencia de esta que estaba inmersa en un proceso de recapitalización, en España se está en pleno proceso de capitalización. Además, mientras que allí la inversión era cautiva, en España es volátil y, en consecuencia, a la hora de hablar de los fondos de inversión de trabajadores hay que establecer la cautela de no frenar el proceso de inversión productiva. Pero, en cualquier caso, este es un tema que se tiene que plantear definitivamente en España, quizás no como un instrumento de aplicación actual en la gestión de la crisis o en el relanzamiento económico, sino para el momento en que este relanzamiento económico esté consolidado, quizá más a finales que a principios de los años noventa.

Y concluyo, plantear este debate en estas fechas, cuando los sindicatos adoptan una actitud inflexible y de confrontación, supone clarificar la distancia que existe entre la democratización de la economía que se tiene que dar y la realidad actual. La democratización de la economía es un aspecto fundamental de la democracia social que hay que construir en España. Se conseguirá mediante la codeterminación en la empresa, la coparticipación en los procesos generales relacionados con el mundo del trabajo y la participación de los sindicatos en el mercado como agentes de regulación. Para avanzar en ella, es necesario que los sindicatos sean capaces de hacer gala de una aceptación de responsabilidad compartida con el Estado y con la iniciativa privada de la que hoy, a mi modo de ver, parece que carecen: hoy piden poder institucional, pero no quieren aceptar una cuota equivalente de responsabilidad y colaboración. En el futuro, junto con el trabajo para hacer avanzar en España la consolidación económica y la redistribución social, los socialistas debemos perseverar en la persuasión para que los sindicatos se orienten. En la perspectiva de la democracia económica nos queda abierto un frente de actividad con los sindicatos que puede durar varios años. En este momento se puede decir que con la ruptura o posible ruptura de las negociaciones se ha acabado un capítulo del libro, pero, ni mucho menos, el libro, es decir, la relación entre socialismo y sindicalismo español.

## **Manuel DE LA ROCHA**

Resulta interesante y atractivo para un militante del Partido Socialista poder participar, bien sea desde la mesa bien sea desde la sala, en un debate sobre el problema de la democracia económica, porque a causa

de los avatares en los que el Partido Socialista ha sido llamado a gobernar, quizás hemos aparcado demasiado tiempo este concepto y la realidad que tiene que subyacer detrás de él. Es bueno que lo saquemos de los anaqueles y lo pongamos encima de la mesa para reflexionar sobre lo que significa y cómo puede transformarse esta sociedad en la línea de lo que hemos planteado siempre los socialistas. Porque es verdad que la tesis que subyace en la pregunta de este debate —¿es la democracia una dimensión básica del socialismo?— tiene que contestarse necesariamente de forma positiva y nadie podría subir a esta mesa, con o sin carné, pero en nombre del socialismo o de la izquierda, para decir lo contrario, pero algo muy distinto es que desde las responsabilidades políticas orgánicas, gubernamentales o desde otros niveles de la Administración se la considere como una dimensión tan básica.

Si tenemos presente, aunque sea de forma muy puntual, el sentido y la razón del socialismo y del Partido Socialista tanto en la historia de nuestro país como, en general, en la cultura occidental, tendremos que recordar que el socialismo nace en el marco de la sociedad capitalista para hacer frente a las desigualdades que planteaba ese modelo concreto: el socialismo nace con una visión y una potencia anticapitalista manifiesta. Y probablemente la sociedad en la que hoy vivimos tiene muchas diferencias respecto a la del siglo pasado, pero es enormemente discutible que la contradicción básica de la sociedad del siglo XIX, la escisión social entre los propietarios de las empresas y los trabajadores dependientes de ellas, no siga siendo actualmente una contradicción sustancial contra la que, precisamente, la democracia económica ha de levantarse y ser instrumento de transformación.

A lo largo de mucho tiempo en la cultura socialista y de izquierdas se discutía en términos de democracia formal versus democracia real, de tal forma que para unos, dependientes de la cultura leninista, la democracia formal no podía ser considerada como tal democracia, mientras que otros la consideraban de forma más instrumental. Hoy todo socialista afirma de manera perfectamente nítida que tanto la democracia representativa como, cuando se plantea, la democracia directa, son una democracia material, pero yo añadiría que son insuficientes porque se quedan a las puertas o en las verjas de las empresas. Estoy de acuerdo con Norberto Bobbio cuando señala que la soberanía de los ciudadanos está limitada al área de poder de que disponen los órganos representativos y que es necesario ampliar y extender la democracia desde el autogobierno de los ciudadanos al autogobierno de los productores. Según él, hay dos errores en la cultura occidental: un error leninista, que consiste en resolver la democracia política en la democracia económica, lo que al final no lleva ni a una ni a otra, y un segundo error que se produce cuando las izquierdas se dejan seducir por el pensamiento liberal y comienzan a creer que se puede resolver la democracia económica en la democracia política y que porque un partido de izquierdas ha ganado las elecciones ha llegado ya la democracia a las em-

presas y se tienen todos los instrumentos que pueden permitir la transformación social en la línea de la igualdad, a la que todos sin duda aspiramos.

Probablemente, a la solución a la que nos adherimos con más entusiasmo durante décadas los militantes del Partido Socialista fue al modelo de socialismo autogestionario, entendiendo autogestión no sólo como un objetivo, sino también como un método y una determinada concepción de la sociedad y del socialismo; para nosotros, la autogestión no estaba sólo relacionada con la gestión empresarial, sino que implicaba la transferencia de poderes a los ciudadanos y a los grupos sociales que podrían verse afectados por cualquier tipo de decisiones, aunque, en el caso concreto de la empresa significaba sustancialmente una transferencia de poder a los trabajadores. Pues bien, ese espíritu, que fue uno de los elementos que impregnaron todo el movimiento, de alguna manera reformista de alguna manera revolucionario, de mayo del 68 y que se proyectó en lo que se llamó eurosocialismo, que intentaba coordinar a los partidos socialistas del Sur de Europa con determinadas fuerzas supuestamente comunistas, pero que entraban en el ámbito del socialismo e incluso de la socialdemocracia como el PCI, hoy ha quedado aparentemente volatizado. Vivimos, como decía Norberto Bobbio, en un momento en el que la seducción liberal, que nos hace pensar que la democracia no ha de llegar a las empresas porque el empresario es el factótum que tiene que resolvernos los problemas de la crisis, está yendo demasiado lejos. Por eso, es bueno que nos reunamos aquí para plantear la necesidad de trabajar en la dirección de la democracia económica.

Pero, ¿cuáles son los rasgos que pueden entrar en el contenido del concepto de democracia económica? Sin limitarnos estrictamente al ámbito empresarial, pero entrando también en él, yo sentaría una serie de ideas. La primera de ellas sería que debe establecerse la planificación democrática, aunque entendida no como algo contrario, sino coherente con la existencia del mercado y ambos, planificación y mercado, en una estrategia de transformación. Los socialistas nos encargamos de que la idea de planificación figurara, bien que como posibilidad porque no nos dejaron hacer otra cosa, en el texto constitucional, pero después de seis años de gobierno no hemos tenido todavía la suficiente fuerza como para plantearla de una manera clara; es verdad que ha habido aspectos de planificación, o más bien de previsión, puntuales, pero no se ha abordado realmente lo que significa en profundidad. La planificación sería probablemente un marco adecuado para la concertación y en ella tendrían que intervenir instrumentos como el Consejo Económico y Social u otros semejantes. Y, en este sentido tengo mis dudas de que el Consejo Económico y Social que se plantea en estos momentos sea el que figura en la Constitución con todas las competencias que ésta le atribuya. Pero, en cualquier caso, bienvenido sea un instrumento que puede funcionar como ámbito de concertación, de negociación y de dis-

cusión con los sindicatos, las otras organizaciones, junto con los partidos políticos, válidas en una sociedad democrática avanzada y, desde luego, junto a los partidos de izquierdas, las otras organizaciones que son ampliamente representativas de los trabajadores.

Realmente, no pensaba hablar de aspectos tan inmediatos y de la actualidad coyuntural de estos días, pero, entre otras cosas, como consecuencia de algunas expresiones empleadas por Manuel Escudero, me he dejado provocar y quisiera continuar con otra reflexión. Porque, efectivamente, parece que estamos en una situación en la que la concertación del modo que ha tenido lugar en los últimos años, sobre todo en la transición hasta el año 84, es un modelo que ha terminado. La concertación globalizadora que, por otra parte, legitima todo un programa, un proyecto o una política, probablemente, ha acabado. Es difícil encontrar un país europeo democrático donde los sindicatos desarrollen procesos de concertación globalizadora que sirvan de legitimación total a la política económica de un gobierno, aunque éste sea socialista o de izquierdas. Ciertamente, también estamos en un momento en el que parece que la concertación, incluso entendida como negociación o acuerdo sobre aspectos salariales, de políticas de rentas o en otro tipo de facetas vinculadas a los intereses más directos de los trabajadores ocupados, en paro o jubilados, tiene sus dificultades. Pero, el análisis que viene a decir que es necesario ganar y reorientar a los sindicatos debe ir acompañado de otro componente: hay que ganar y reorientar al Partido; porque, probablemente, es una simplificación hacer una síntesis del conflicto en un sentido unidireccional. Yo no quiero caer en la simplificación contraria, pero insisto en que creo que también es necesario ganar al Partido, y no sólo al Sindicato.

Volviendo a los rasgos esenciales de la democracia económica, después de la planificación democrática, un segundo aspecto sería el de la redistribución, porque para un partido de izquierdas es difícil actualmente realizar otro tipo de política. Es verdad que, por ejemplo, en Suecia se consiguieron también objetivos de pleno empleo y otros parecidos vía fondos de inversión, a los que me referiré más tarde, pero en este país uno de los esfuerzos importantes que tiene que hacer la izquierda, y en concreto los socialistas ya que están en el Gobierno, es el de redistribución. No tengo más remedio que afirmar aquí con aplauso y alegría que en los presupuestos del año 89 hay un esfuerzo, posiblemente el primero importante del Gobierno socialista, en el sentido de un incremento del gasto redistribuidor y de prestaciones sociales, pero a su lado, las cuentas de la contabilidad nacional muestran cómo hasta el año 1987 las rentas salariales disminuyeron de manera significativa respecto a las no salariales.

Un tercer aspecto sería la existencia de un sector público que sea instrumento para equilibrar el mercado y las desigualdades regionales y que, a la vez, genere empleo a través de las múltiples fórmulas y formas

de propiedad que posee. Además, en el ámbito de una España incorporada en plenitud de derechos a Europa, es necesario empezar a hablar ya de un sector público europeo y de un espacio público económico y político europeo más fuerte.

En cuarto lugar, es necesario potenciar las fórmulas de economía colectiva, ya sea a través de algunas formas de autogestión o de sociedades anónimas laborales, y escapar a las que está generalizando o intenta generalizar el modelo thatcheriano, y que nosotros llamaríamos aquí en una terminología al uso de los autónomos, es decir, las empresas que no tienen trabajadores en plantilla, porque éstos, más que potenciar la existencia de otras empresas, generan una mayor desprotección de los trabajadores.

En quinto lugar querría mencionar, porque es importante desde el punto de vista del tema que hoy nos ocupa, la democracia municipal. Este ha sido uno de los puntos en que más hemos incidido los socialistas para potenciar desde el año 79 no sólo el sistema democrático, sino probablemente también algunos aspectos de la propia democracia económica. Sin embargo, creo que en el futuro, incluso en el futuro inmediato, los socialistas tenemos que facilitar y desarrollar desde los municipios políticas de democracia económica más potentes como, por ejemplo, políticas de suelo que hagan más asequibles las viviendas.

Y, por último, es imprescindible referirse a la democracia en la empresa, que es además el ámbito donde la acción sindical tiene un significado más inmediato, primario y reivindicativo. El compañero Manuel Escudero se ha referido a algunos de los modelos o métodos de coparticipación y de extensión de la democracia en la empresa: el derecho de información, el derecho de consulta y el derecho de codecisión a través del veto; pero yo quiero detenerme un poco más en lo que son los fondos de inversión porque éstos comienzan a jugar en Suecia, y pueden jugar en otros lugares, un papel importantísimo en la extensión de la propiedad colectiva de los trabajadores, y en relación a esto se puede mencionar el importante debate sindical que se ha celebrado hoy en el seno de la Confederación Europea Sindical. Un poco para provocar el debate y matizando algo que ha dicho Manuel Escudero, intentaré explicar por qué creo que en estos momentos se dan en España unas condiciones muy semejantes, o al menos suficientemente semejantes, a las que se dieron en Suecia cuando se plantearon y se pusieron en marcha los fondos de inversión de los asalariados.

Resumiendo, los fondos de inversión se gestionan mayoritariamente por representantes de los trabajadores, cuyos derechos políticos en la empresa derivados de las acciones pueden ser ejercidos por los sindicatos locales, e incluso de la empresa. Los fondos, en su parte más importante, se derivan de excedentes empresariales cuando los beneficios superan, creo recordar, el 6% de la masa salarial, de tal forma que, a

partir de ahí, el 20% de los beneficios van a parar a los fondos de inversión. Además, tienen que ser utilizados en la adquisición de acciones de empresas suecas y en la creación de empleo fundamentalmente en el país. Y también es interesante recordar, que cuando se aprobó la ley en Suecia se generó un debate importante con los sindicatos, ya que el proyecto inicial incluía la limitación de que el excedente de los beneficios de las empresas se debía transformar directamente en acciones que pasarán a manos de los sindicatos que tuvieran representación en ellas, de forma que era una manera de trasladar poder y propiedad a colectivos exclusivamente en las propias empresas en las que los trabajadores prestaban su fuerza de trabajo.

Pues bien, como decía, los objetivos que se perseguían con los fondos de inversión cuando fueron creados en Suecia son muy semejantes o pueden corresponder a la situación que tenemos en España en estos momentos. Lo que durante algún tiempo se viene discutiendo en el país y lo que plantean, quizás de una forma un poco primaria, los sindicatos y una inmensa mayoría de los ciudadanos, probablemente muchos de los que protestaron el día 14 de diciembre, es el hecho de que se intente controlar los niveles salariales de los trabajadores, mientras que las empresas comienzan a tener beneficios explosivos y escandalosos; hay un cúmulo de excedentes de explotación enormemente importante, pero no hay garantías de que se reviertan en la inversión y, por tanto, en el empleo, lo que genera una dinámica de reclamar más salarios por parte de los sindicatos, aunque sin duda este también puede ser un elemento que genere tensiones inflacionistas. Es decir, el mismo problema que en Suecia. Aunque evidentemente con una diferencia: en Suecia estaban en cotas del 2 ó 3% de desempleo y las nuestras son enormemente más altas; pero este no es uno de los aspectos que puedan incidir de manera fundamental en el interés o no interés de que hoy se pueda comenzar a aplicar los fondos de inversión en nuestro país como formas de democratización de la propiedad de las empresas, que era uno de los objetivos que se perseguía en Suecia, es decir, que los trabajadores, renunciando a un mayor aumento de salarios, pudieran participar en los beneficios por vía de la atribución de paquetes de acciones a colectivos.

Este objetivo iba unido a otros cinco, probablemente muy semejantes a los que los socialistas perseguimos en España. En primer lugar, completar y facilitar una política salarial de solidaridad procurando que los salarios no se disparasen. En segundo lugar, contrarrestar la concentración de poder y riqueza, fenómeno muy semejante al que ahora se produce en nuestro país. En tercer lugar, incrementar la influencia de los asalariados en las empresas a través de los paquetes de acciones que poseen los fondos de inversión y que representa, en sus derechos políticos, los sindicatos, y aquí hay que recordar que en Suecia se promulgó en 1972 una ley de representación de los trabajadores en los consejos de administración por la que, en todas las empresas con más de 25 trabajadores, dos puestos corresponden a sus representantes. En cuarto lugar,

contribuir a la formación de capital colectivo y, al mismo tiempo, de empleo garantizando que los excedentes de beneficios se destinen a la inversión. Y en quinto lugar, fortalecer el sistema de pensiones, ya que los beneficios de esos paquetes de acciones deben ir destinados a ellos.

Por lo tanto, y concluyo, creo que uno de los posibles retos que podemos plantearnos a la hora de hablar de la democracia económica en nuestro país y a la hora de hablar de propuestas y políticas concretas para los próximos años puede ser extender la democratización en las empresas a través de fondos de inversión o de fórmulas semejantes que, por otra parte, van a utilizarse probablemente en toda Europa.

## **Manuel VENTURA**

Cuando hablaban los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra pensaba en que deben existir tres premisas fundamentales cuando alguien organiza un debate. La primera, que quien quiera debatir tenga dudas acerca de qué es lo que se debe hacer, la segunda, que los que participan estén dispuestos a cambiar de opinión y, la tercera, que en tanto cambian de opinión defiendan con pasión sus opiniones actuales. Yo, por mi parte, intentaré defender con civilizada pasión mis opiniones pero no pretendo sintetizar la posición de la Administración y del sindicato. Entre otras cosas, porque esta síntesis sólo se consigue con un trabajo más lento, que seguramente debe arrancar de discusiones como ésta.

Estamos de acuerdo en que la respuesta a la pregunta que da título a este debate es si, la democracia económica es una dimensión básica del socialismo, y los dos primeros ponentes ya se han centrado en una discusión interesante acerca de qué es la democracia económica. Parece claro que no podemos hacer equivaler el concepto de democracia económica que intuitivamente identificamos con el de democracia política, porque, simplificando, esta última consiste en que los ciudadanos introduzcan una papeleta en las urnas, para que el partido que salga más beneficiado de este procedimiento suba al poder, y nadie está planteando esto porque no tiene ningún sentido. En todo caso, habría que discutir primero qué es la democracia, porque en el ámbito del socialismo democrático hemos pasado como un péndulo, tal y como señalaba Manuel Escudero, de sacralizar la democracia económica a convertirla simplemente en un discurso retórico que no se sabe muy bien cómo opera; si acaso nos hemos limitado a discutir acerca de la democracia industrial y los mecanismo de democratización de la empresa, pero, la democracia alude a una forma de organización del poder y, para hablar de democracia económica, habrá que identificar, en primer lugar, donde está ahora el poder económico.

En el dogma tradicional marxista estaba claro, en la propiedad de la herramienta, único instrumento de dominación y, por lo tanto, para libe-

rarse se recomendaba obtener esa propiedad. Esta tesis no es correcta ya que el límite de autonomía de los empresarios está muy acotado por las decisiones de las multinacionales, de los circuitos financieros, de los circuitos de distribución, del Estado, etc., de tal forma que a veces pienso que sobre lo que más poder tienen los empresarios no es sobre lo que producen, cómo lo producen o a qué precio lo venden, sino sobre los trabajadores de la empresa. Pero, aunque desde el punto de vista es indudable que hay que democratizar las relaciones laborales, insisto en que deberíamos ser más ambiciosos e identificar dónde está el poder ahora. El poder se encuentra, precisamente, no en manos de personas o grupos propietarios de las herramientas o de los medios de producción, sino en las de aquellos que controlan, por ciertos mecanismos, los circuitos financieros, los circuitos de distribución o las multinacionales. Esta identificación es previa a cualquier otra discusión porque, aunque debamos reflexionar sobre las relaciones laborales en una empresa, primero tendremos que saber qué cambios ha habido en la estructura del poder económico. En la izquierda hemos discutido durante muchos años acerca de los cambios habidos en la estructura de la clase trabajadora, cómo son ahora los trabajadores, cuáles son las limitaciones del socialismo para acceder a ellos y, sin embargo, no hemos discutido lo bastante sobre qué cambios se han producido en la estructura de la derecha económica.

Sabiendo dónde se halla todo el poder económico, los socialistas debemos afirmar desde el principio que cuando hablamos de democratizar el poder lo que queremos es quitárselo a alguien que lo tiene para dárselo a otro que no lo posee. Esto parece claro, pero es por ahí por donde tenemos que empezar porque así se nos soluciona de alguna forma el gran problema que hemos tenido siempre los socialistas: nuestra actitud respecto al mercado. En mi opinión ya es hora de que aceptemos que el mercado, con el control estatal es necesario y suficiente, es el mecanismo que mejor adjudica los recursos o, al menos, el que mejor racionaliza su uso. Esto no lo discute nadie, ni siquiera en los países del Este. Sin embargo, también es verdad que, tal y como ahora está configurado, hay en el mercado unos agentes hegemónicos que no son, con toda seguridad, los que deberían ser y que los socialistas proponemos que sean otros, es decir, como señalaba Manuel Escudero, los socialistas proponemos que haya participación y control social.

Por tanto, si ya sabemos a quién le queremos restar poder, habrá que ver, entonces, a quién se lo damos. Yo propongo que se lo traspasemos a las Confederaciones sindicales. Estas semanas ha habido un debate soterrado acerca de si es posible organizar articulaciones que no pasen por las «viejas», se dice con comillas, confederaciones sindicales, pero yo no creo en tal posibilidad, no sólo porque montar estas nuevas articulaciones sea muy caro, sino también porque la idea es incompatible con el proyecto socialista, porque genera insolidaridades y porque, al final, es ingobernable un escenario en el que tienes que negociar todos los días

con todos los tigres y el día que no le das de comer a uno te muerde, aunque le hayas dado mucho a los demás. Esta otra articulación social alternativa puede ser defendida desde otros ámbitos ideológicos, pero no desde el socialista. También hay quien piensa que si la sociedad no se articula fundamentalmente a través de las confederaciones sindicales no se articulará de ninguna manera y que, en ese caso, el proceso de democracia política, en el que cada cuatro años los trabajadores votan un proyecto político, es suficiente. Esta tesis tampoco me parece válida, porque es evidente que si la sociedad civil no se articula en confederaciones lo hará de otra manera, en lobbies, en grupos de presión o en otro tipo de agregaciones sociales que no son compatibles con nuestro proyecto político; sin duda, serán compatibles con otros proyectos o con otras culturas políticas, por ejemplo, la dominante en EE UU, que funciona con otro tipo de agregación social hegemónica, pero no con el nuestro. Además, si se ponen en práctica estas otras articulaciones existe la posibilidad de que se genere un proceso ingobernable, económicamente irracional e insolidario.

Bien, si ya sabemos a quién le queremos quitar poder y a quién y dónde traspasarlo, podemos pensar que se pueden establecer unas leyes que los traslade de unos a otros. Sin embargo, no creo que esto sea posible, ni siquiera contando con mayorías parlamentarias absolutas, porque previamente es necesario producir cambios culturales. Me explicaré con brevedad. Hasta los ciudadanos más progresistas aceptan que el derecho más protegido en la práctica sea el derecho a la propiedad y el menos el derecho al trabajo. No quiero hacer un discurso demagógico, pero es obvio que quien priva, incluso a un etarra, del derecho a la libertad es el Estado y no un particular, mientras que quien desposee de su derecho constitucional al trabajo a un trabajador particular es otro privado, un empresario, y esto genera una determinada cultura. Sin ir mucho más allá en el discurso, esto ya nos muestra que sería necesario provocar cambios culturales que hagan que este proceso de democratización no esté sustentado solamente con votos parlamentarios, sino también por mayorías sociales que respalden este proceso, entendiéndolo no como un proceso de soviétización, sino como un proceso de modernización real y un activo de verdad de un sistema productivo. Porque lo que poca gente podrá discutir es que los países donde se dan combinaciones aceptables de bienestar económico y de integración social son aquellos donde se avanza hacia la democracia económica.

Y, ¿en qué niveles debe operar esa democracia económica? Señalaré tres. Uno es el Estado a través de la concertación. Aunque a veces intentamos inventar cosas distintas, solamente hay tres formas de relación entre el poder político y las organizaciones sindicales: o bien los sindicatos tiran piedras al poder político para que les dé dinero, que es la típica forma agremiada o corporativa de reivindicar, o bien se intenta generar alternativas políticas distintas que prometan gobernar de otra

manera, y creo que identificais perfectamente a qué me refiero, o bien se establece una concertación con el Estado. Con qué contenido, arquitectura o profundidad de acuerdo, esa es otra cuestión, pero el concepto, por muchos problemas que atraviere hoy la concertación, no es discutible en tanto alguien no nos explique un cuarto tipo de relación que sea coherente con el programa socialista.

El segundo nivel es en el mercado. Creo que los mecanismos de salario diferido como son los fondos de pensiones o de inversión no solamente son buenos o deseables, sino que además solucionan un problema que hoy tienen los sindicatos: en las empresas que van muy bien, el debate acerca del 4 ó 5% de aumento salarial es insustancial, porque los trabajadores saben que si reivindican de forma agremiada o aislada pueden conseguir el 30% sin poner en peligro su funcionamiento, pero si el sindicato acepta que no sólo representa a sus afiliados sino que también es un sindicato de clase, entonces, debe aceptar que es responsable de macroequilibrios de empleo e inflación y, por tanto, no tiene legitimidad moral para solicitar, defendiendo egoísmos personales, tal aumento de salario en una empresa determinada, aunque los trabajadores sepan que lo pueden conseguir. La única solución a esta contradicción son los mecanismos de salario diferido que hacen que a un trabajador individual le convenga alcanzar el 5%, en vez del 30, porque sabe que a él personalmente le compensan los fondos de pensiones o de inversión, y otros mecanismos como la potenciación de la formación profesional y, en definitiva, un poder delegado a una confederación sindical.

Y terciando en la polémica sobre los fondos de inversión, quisiera señalar que, a pesar de que creo que la racionalidad que tuvieron en Suecia no es la misma que la que tendrían aquí, no por ello son menos racionales, simplemente su racionalidad sería distinta. La conveniencia de su aplicación viene dada sobre todo porque, como decía Manuel Escudero, el ciclo de recuperación económica no parece que esté consolidado y es conveniente retirar beneficios excesivos que pueden destinarse, y en un gran porcentaje así lo hacen, a la especulación y al consumo suntuario asegurando que se destinan a la inversión y a la generación de empleo. Por tanto, los fondos de inversión tendrán otra lógica que la que tuvieron en Suecia, pero en cualquier caso, es un buen camino a emprender. Por otro lado, estoy de acuerdo en que para establecerlos se debería recurrir a la ley, no sólo porque es obligado hacerlo así cuando no existe la relación de fuerza suficiente para arrancárselos a los empresarios, sino también porque es la única forma de evitar que se conviertan en un mecanismo de insolidaridad, ya que si sólo se establecen en las empresas con altos beneficios, estamos en las mismas. Si hay que organizar y sindicalizar este proceso, esto sólo se puede hacer mediante una ley.

Yo quería acabar, porque espero mucho del debate, diciendo una cosa: la democracia económica, no solamente es buena, deseable, es un

objetivo ético, estético para los socialistas, sino que me parece consustancial parte del socialismo. Porque la redistribución es necesaria, hay que hacerla, pero si solamente se hace como fruto de la voluntad benevolente del poder político, de la voluntad benevolente de Matilde Fernández que es la propietaria del BOE, cuando no lo tenga ella sino otros, desaparecerá el Estado de bienestar.

Sólo cuando la redistribución es el fruto lógico de una cierta organización del poder político y económico sucede que el Estado de bienestar funciona, aunque desgraciadamente, y esperemos que no, Matilde Fernández deje de ser propietaria del BOE. La experiencia sueca nos dice que cuando gobernó la derecha desde el año 1979 hasta el año 1983 no cambió sustancialmente nada de la estructura del Estado de bienestar, porque éste no había sido fruto de la voluntad benevolente de Olof Palme, sino el fruto lógico de la organización política y democrática que habían provocado los socialistas.

### **Matilde FERNANDEZ**

En primer lugar quiero aportar un mensaje de cautela producto de mi experiencia. La Federación de Energía de UGT puso en marcha en el sector público un fondo de inversión muy pequeño y canalizado fundamentalmente en la creación de empleo y en una bolsa de recursos y, sin embargo, esa bolsa de recursos todavía no se ha repartido. En mi opinión, esto quiere decir que el tema de los fondos de inversión no es nada fácil y, en cambio, estamos lanzando a la sociedad la idea de que son la panacea y la solución para avanzar en la democracia económica y en la distribución de la riqueza. Nos quedamos sólo con una parte del asunto, con la de la imagen. Manuel Escudero ha vivido en Noruega y conoce muy directamente la experiencia sueca y me dirá si estoy confundida o si mis lecturas están sesgadas. Los fondos de inversión se ponen en marcha en Suecia con una ley tras largos años de debate y de haber creado anteriormente los fondos de pensiones, con todo lo que ello significa, e inmediatamente después, y por esto coincido con Manuel Ventura en que es importante dar pasos definitivos para que no haya retrocesos según quien gobierne, en el período en que accedieron al poder los conservadores se creó un contrapeso a los fondos de inversión, los fondos individuales, por los que los trabajadores podían convertirse en accionistas particulares, compensando así el proyecto de fondo de inversión colectivo. No digo esto para arrojar un jarro de agua fría, pero sí para que seamos conscientes de que avanzar en la democracia económica, incluso en ese esquema que tenemos tan claro como es el modelo sueco, cuesta tiempo. Tenemos que intentar descender desde las imágenes a la ley, cualquiera que sea el fondo de inversión que se proponga, para considerar serenamente un poco más los pros y los contras y la forma de ponerlos en marcha, sin dejar el protagonismo a un Estado que presione para que sindicatos y empresarios se sienten en una mesa para tratar el tema.

Las intervenciones de las tres personas que me han precedido en el uso de la palabra han sido tan amplias e interesantes que yo voy a limitarme a arrojar algunos flases desde el prisma de mis quince años de experiencia sindical. La definición de la democracia económica que a mí me podría satisfacer está entre la de Manuel Escudero y la de Manuel Ventura: es el mayor poder político y social de los sindicatos, no sólo dado sino también conquistado, a cambio de unos mayores niveles de corresponsabilidad, de coparticipación y de codecisión. El tema de la democracia económica no es nuevo, pero en nuestro país lo tratamos como si lo fuera. Como decía Manuel de la Rocha, en el siglo XIX ya se escribía sobre los niveles de participación de los trabajadores en el proceso productivo, después de la primera y de la segunda guerra mundial se desarrollaron experiencias de democracia industrial y de principios de democracia económica y ha sido en las dos últimas décadas en toda Europa, gobernando la izquierda, cuando se ha avanzado más. Tal avance se ha producido ante dos situaciones distintas y su análisis de crisis económica que imponía una política de negociación basada en la austeridad por la que los sindicatos, a través de la concertación alcanzaban un pacto con el Estado y con la Patronal en el que se establecía un crecimiento moderado de los salarios y una política de solidaridad con aquellos que no tenían trabajo o estaban en una situación de marginación para, a cambio, obtener como contrapartida un aumento efectivo de su poder político. Como bien decía Manuel Ventura, se procedía a establecer a través de los diferentes modelos de concertación un salario diferido, en vez de un aumento del salario directo. La segunda era una situación no ya de crisis, sino de relanzamiento de la economía y de comienzo del crecimiento. En este caso se seguía valorando la moderación salarial para hacer frente a la necesidad de una mayor oferta de empleo y a la modernización tecnológica. De alguna manera, los sindicatos y las organizaciones empresariales seguían apostando por la estabilidad de los precios y por un crecimiento sostenido, y esto tenía que ir acompañado de moderación salarial.

Me ha sorprendido oír decir a Manuel de la Rocha que tenemos que empezar a enterrar la concertación y me ha alegrado que hubiera voces contrarias que la defendieran porque, al menos en las dos últimas décadas y hasta ahora, ha sido la herramienta con la que se ha avanzado en la democracia económica. Pero la concertación requiere algo previo que en estos momentos en que comienza a fallar en nuestro país olvidamos y que conviene recordar en nuestros debates: es necesario fomentar el diálogo, desarrollar la confianza mutua y establecer unas reglas de juego claras, estables y aceptadas por todos. Ya que ha venido a este club de debate, no sé si se acordarán que Fernando Abril Martorell, con esa forma tan acelerada que tiene de expresarse, empleó todo su tiempo y esfuerzo en un debate televisivo dedicado a la concertación en insistir en que nuestro deterioro de diálogo y del clima de confianza había llegado a tal límite que ni siquiera estábamos de acuerdo en los números que otros presentaban. Y tenía razón, esto es un tremendo retroceso,

porque si no empezamos por tener resueltas esas premisas básicas es seguro que la concertación fracasa. Tal vez deberíamos volver a reflexionar un poco más sobre las condiciones previas que se tienen que producir para que se pueda caminar más deprisa en la senda de la concertación.

Me gustaría también decir algo, muy brevemente, sobre tres o cuatro denominadores comunes de la situación sindical en los países en que se desarrollan mayores niveles de democracia económica y que se han entresacado en los contactos intersindicales o interpartido socialista. Los estudiosos que asistían a estas reuniones, y creo que en ellos estaremos todos de acuerdo, señalan en primer lugar que los sindicatos eran fuertes y afianzados. Otra característica de esos sindicatos es que tienen una presencia real e importante en las fábricas. Por ejemplo, los suecos repiten constantemente que hay que trabajar en las fábricas y en los sindicatos locales. Para avanzar en la democracia económica es preciso no tanto superestructuras o sindicatos con unas cúpulas fuertes como sindicatos con una presencia efectiva dentro de las fábricas y en el ámbito local. Es evidente que se necesitan las confederaciones, pero aún más las federaciones de industria fuertes, porque a veces los niveles que se pueden alcanzar son muy diferentes según se trate de sectores que comienzan a respirar o de sectores que están sumidos todavía en una reconversión industrial. Otra característica es que los sindicatos tienen una orientación socialista. Yo no conozco a sindicatos cuya definición sea solamente reivindicativa, cuyo planteamiento sea corporativo y esté vinculado a otro discurso ideológico y a otro modelo de sociedad, que haya contribuido al desarrollo de la democracia económica. En cambio, el denominador de los sindicatos con orientación socialista es muy claro y ha sido en sociedades donde prevalecía una hegemonía cultural e ideológica progresista y socialista y donde sus sindicatos manifestaban clara y nítidamente que sus dos grandes objetivos, sobre todo en situaciones de crisis, eran luchar por el empleo y por evitar la dualización de la sociedad durante y después de la crisis, donde se ha avanzado en la dirección de la democracia económica. No sé si estamos decidiendo llamar leninista al modelo de partidos y sindicatos, desde su democracia interna y desde su autonomía, coincidiendo en un proyecto social y político, pero a mí me lo han enseñado siempre desde la óptica del socialismo democrático.

Y, por fin, los sindicatos de estos países tienen vocación de ser hegemónicos y no aceptan en una situación concreta una sopa de siglas, son representativos y asumen el hacer de la delegación, en contraposición a los sindicatos asamblearios que no asumen su responsabilidad si no consultan todas las decisiones que tienen que tomar, y han sido sindicatos cuya acción no olvidaba la crisis en el diseño de sus objetivos y primaban en su quehacer la solidaridad defendiendo pactos globales frente a pactos parciales, aceptando poder pero a cambio también responsabilidad, control pero también participación.

El reto de nuestro país en el horizonte del año 2000 es caminar porque el perfil de nuestros sindicatos, y en concreto el perfil del sindicato socialista, consolide estos esquemas. Estamos ante el reto de extender y de profundizar la democracia, y desde luego, hay cuestiones previas que deben quedar claras: que las organizaciones que entren en el juego de la democracia económica funcionen democráticamente, acepten la responsabilidad que conlleva tener poder y que quede claramente delimitado al alcance de sus competencias en el amparo de la legitimación que da la representación política y sin invadir lo que corresponde al Estado. Yo apuesto porque de prisa y sin perder tiempo, pero con serenidad, busquemos la forma de consolidar la democracia económica que, aunque llevemos seis años con diferentes intentos, esfuerzos y experiencias, está por construir en España y también la forma de contribuir a su construcción en Europa, una Europa que está más avanzada que nosotros a desarrollar la cultura del compromiso.

### **Manuel DE LA ROCHA**

Quizás me he explicado mal. He dicho que creo que ha terminado la concertación global, pero no evidentemente su necesidad en aquellos aspectos que afectan a las políticas salariales, de rentas, de prestaciones sociales, etc., que por otra parte no es el modelo de concertación exclusivo, pero sí más generalizado en Europa. Evidentemente, estoy a favor de la concertación y cuando he dicho que quizás estos días había dificultades no lo he dicho sino como lamento. Un proyecto de transformación, un proyecto socialista, requiere concierto entre el Partido y el Sindicato y, en un contexto en el que hay dos sindicatos de clases, entre el Partido y los dos sindicatos.

## **COLOQUIO**

### **Pancho LOPEZ**

Mi intervención pretende avanzar un poco más en el planteamiento final de la compañera Matilde Fernández. La democracia industrial y la profundización en la democracia desde la perspectiva socialista exige un determinado tipo de sindicato. Manuel Ventura ha dicho que la democracia económica no es posible si no pivota sobre las grandes centrales sindicales. Matilde Fernández ha añadido que, aunque las grandes centrales son necesarias, estas deben ser,

como nos demuestran las experiencias históricas, fuertes y de afiliación socialista. Y de sus palabras se deduce que la participación exige corresponsabilización y que basado en la debilidad esto es imposible.

Pero una de las enseñanzas del 14 de diciembre es que, en el momento culminante de la fuerza sindical, lo que se pone de relieve es la tremenda debilidad de aquellos sindicatos que convocaron el paro, lo que se muestra incluso en las dificultades para administrar la fuerza que se ha desarrollado a

partir de esta convocatoria. En España tenemos unos sindicatos viciados de enanismo, tienen una cabeza grande y pies de barro, y hace tiempo que hemos olvidado poner en tela de juicio el sistema institucional en el que se inserta su actuación, me refiero al Estatuto de los Trabajadores. Tenemos sindicatos con una gran capacidad de representación fuera de las empresas, pero dentro de ellas no existen y, desgraciadamente, parece que en los últimos años las preocupaciones han hecho olvidar este tema a los compañeros que hoy dirigen la UGT.

El problema hay que plantearlo, porque si no corremos el riesgo de continuar con sindicatos y representantes sindicales débiles que no vapuleados por la situación emocional de las asambleas y que no son capaces de imponer la disciplina ni siquiera a pequeños colectivos, como es el caso actual de Iberia donde son desbordados continuamente por las bases. El sistema que regula la vida sindical de este país obliga a sus dirigentes a preocuparse más por la demagogia que por la disciplina y la estrategia a largo plazo, y con este sistema no vamos a tener nunca sindicatos fuertes. Sin embargo, no creo que sea posible profundizar en esta dirección desde la unidad de acción sindical, porque CC OO ha nacido del sindicato vertical, llegó a un acuerdo con UCD para debilitar las posiciones socialistas en materia sindical y, además, mantiene una política de confrontación, que naturalmente se exagera cuando los que gobernamos somos nosotros. Este es un problema crucial, que nos debe hacer pensar a los socialistas que quizás debamos avanzar desde el punto de vista legislativo, aunque sea forzando de alguna manera el estado de conciencia o la capacidad de decisión de los interesados directos; a lo mejor hay que abrir un debate, por encima incluso de los propios sindicatos, para poder sustentar una iniciativa de tipo parlamentario.

En cuanto a qué es lo que está ocurriendo,

recuerdo que un insigne compañero decía en el último Comité Federal: «Estos son los bueyes que tenemos y con ellos tenemos que arar». Como tenemos un sindicato débil que no es capaz de autofinanciarse, ejercemos el paternalismo, y luego nos quejamos de lo que nos pasa. Pero, si es cierta la tesis de que los sindicatos débiles no pueden responsabilizarse, porque no existe seguridad acerca de la disciplina necesaria que deben imponer a sus bases para evitar todo tipo de distorsiones y fuerzas centrífugas, hay que plantearse seriamente cuáles son los instrumentos que pueden hacer posible sindicatos fuertes, y esto implica muchas cosas. Cuando se planteó qué tipo de participación había que dar a los sindicatos en la empresa pública, la compañera Matilde Fernández presentó una serie de instancias de participación efectiva de los sindicatos en la toma de decisiones, pero no hemos avanzado hacia ello; sólo hemos dado a los sindicatos uno o dos puestos en los consejos de administración, con lo que repetimos en el plano de la democracia económica lo peor de la democracia formal representativa. Si queremos sindicatos fuertes y no tener que ejercitar más el paternalismo debemos establecer de forma real los mecanismos que favorezcan su fortalecimiento.

Pero hay que exigir democracia en el sindicato. La democracia interna en nuestro sindicato, la UGT, está de alguna manera, distorsionada. La necesidad de integrar organizaciones sindicales responsables y fuertes implica también exigir responsabilidad en el ejercicio democrático y responsabilidad en el manejo de los fondos. Si seguimos discutiendo acerca de cómo debe avanzar la concertación, de cual debe ser la forma de participación, etc., sin tomar en consideración con amplitud y seriedad aspectos estructurales que son vitales e implican un cambio de actitud generalizado, seguimos teniendo sindicatos débiles. Aunque también sabemos que ni a la CEOE ni a CC OO les va a interesar que en este

país se creen sindicatos fuertes dentro y fuera de la empresa.

### **Antonio PUERTA**

Estoy bastante, por no decir totalmente, de acuerdo con las intervenciones de los cuatro ponentes, porque responden a las resoluciones del último Congreso de la UGT en la materia que hoy tratamos. Se podría pensar que esto es contradictorio con la realidad actual, pero de la misma forma que muchas veces se habla de las dos Españas, la real y la oficial, es conveniente que se sepa que en nada tienen que ver las resoluciones del Congreso de UGT en esta materia con la práctica sindical diaria. Estoy de acuerdo con todos vosotros porque, igual que en las resoluciones, estáis definiendo un paso más hacia adelante en lo que es un modelo sindical: el sindicalismo fuerte. Un sindicalismo fuerte no tiene que demostrar su fuerza, porque cuando en una sociedad democrática hay que recurrir permanentemente a la demostración de la fuerza de cada uno, unos y otros pierden realmente parte de esa fuerza que los legitima. Pero, evidentemente, una fuerza basada en el equilibrio lleva necesariamente a un sindicalismo que se implique en los problemas para poder responder a los mismos. Por tanto, concertación y este modelo sindical forman parte de una misma unidad de proyecto.

Y ¿qué ocurre en España? Yo creo que se apuesta claramente por este proyecto, en honor a la verdad, antes de la llegada del Gobierno socialista, lo que no tiene por qué doler en absoluto; la concertación iba por delante y marcaba un objetivo: contribuir a hacer sindicatos fuertes. Esta es la verdad de los que hemos sido protagonistas en primera línea de actuación: a partir de un momento determinado se comienzan a hacer cosas encaminadas a que los sindicatos tuvieran fuerza y poder. No es cierto que los sindicatos hayan sido maltratados en España. Pero

existe el problema de que si es difícil administrar la debilidad, mucho más lo es administrar la fuerza, sobre todo cuando se ha obtenido de manera fácil. Por eso el desastre sindical puede ser total no dentro de seis meses, pero sí dentro de seis años, que es cuando recogerá el fruto de la siembra que supone comenzar a manejar el parámetro de la capacidad de movilización ¡Qué barbaridad! ¿Cuándo se ha visto esto en la historia del movimiento de los llamados sindicatos fuertes? Es verdad que algunos de nuestros dirigentes alegan que en Europa hay quien está analizando en positivo y tratando de copiar lo que nos ha ocurrido a nosotros, pero es que el sindicalismo europeo también se ha quedado trasnochado y está en poder de aparatos burocráticos que no han sabido drenar los cambios que se han producido en la sociedad. Pero, en cualquier caso, el problema es importante y, desde luego, va a ser decisivo para el futuro, no ya del socialismo, sino de la propia democracia y de la distribución de poder en España.

Estoy de acuerdo, por otra parte, en que se dé poder a las confederaciones para que sean capaces de hacer políticas sindicales que pongan por delante el principio de solidaridad, pero el problema en España es que no tenemos confederaciones, porque una confederación es la suma de sindicatos fuertes, y tal cosa no existe. En España tenemos unas confederaciones que tienen, si bien por necesidad, unas cúpulas muy fuertes que no han hecho el esfuerzo de bajar el poder a las bases y potenciar la participación interna y la responsabilidad compartida dentro de un mismo proyecto. Y, mientras decidimos entre el huevo y la gallina, ¿qué es lo que ocurre? Cuando se aprieta por arriba y se resiste por abajo, aparecen unos granos que se llaman sindicatos corporativos o profesionales. ¿Por qué? porque, por un lado, no se da respuesta al planteamiento global y, por otro, metidos en el terreno político, ya que esto viste mucho y está todos los días en primera página, tampoco se da respuesta a la opción

sindical neta, pura y simple, algo importante para hacer posible una mayor aproximación de los trabajadores a los sindicatos, y, entonces, se busca la salida del sindicato de servicios. Por supuesto, yo no creo en el sindicato de servicios como un modelo que pueda hacer posible la participación sindical en la distribución de poder en el orden económico. En primer lugar, porque la mayoría de los servicios actuales son ya prestados clara y competitivamente por la sociedad en que vivimos, pero además porque, en cierta manera, el servicio sindical por el que la mayoría de los servicios actuales son ya prestados clara y competitivamente por la sociedad en que vivimos, pero además porque, en cierta manera, el servicio sindical por el que el trabajador puede estar organizado en un sindicato no se da realmente y se presenta, en cambio, como fórmulas de recursos económicos, más o menos vestidas de poder, y con esto no se va a ningún lado.

Para hacer posible un esquema global de democracia económica hay que dar participación a los sindicatos y estos deben asumir esa responsabilidad como una voluntad de implicarse en los problemas. Pero esto no será realidad si no se corrigen democráticamente las estructuras de los sindicatos. Todos sabéis que en los sindicatos españoles un afiliado no equivale a un voto y un sindicato, por ejemplo, del metal puede tener 100.000 afiliados y su voto es el mismo que el de un sindicato, por ejemplo, de banca con sólo 7.000, porque no se está hablando netamente de sindicalismo, sino que actúa exclusivamente en el orden político.

Todavía estamos a tiempo de construir la democracia económica, pero para poder llegar a ella convendría que abandonásemos los dos males que atenazan a nuestra sociedad en todos los campos, y también en este. Uno es la demagogia en la que incurre no sólo la izquierda, sino también la derecha y los poderes económicos. Pero lo lamentable, y este es el segundo mal, es que

cuando se abandona la demagogia se da un cambio tan brusco que se cae en el terreno del puritanismo y así observamos como hablar de las cosas tal como son parece una agresión a algo casi sagrado. Naturalmente, la razón que los motiva debe merecer todo el respeto, pero no tenemos que confundir, sea en el nivel que sea, a los dirigentes ni con el proyecto ni con los objetivos que se persiguen.

En definitiva, concluyendo, hoy se está actuando en sentido contrario al necesario para construir un movimiento sindical fuerte, democrático e implicativo que sea activo para el desarrollo de nuestro país y, fundamentalmente, para atender las exigencias de las generaciones de futuro.

### **Antonio SANTESMASES**

Empezando por las anécdotas, debo recordar a Pancho López que cuando intervino un compañero ilustre en el Comité Federal hablando de bueyes, fue contestado por otro que hablaba de tractores, y no sé si es mejor arar con estos bueyes o sustituir bueyes por tractores. La idea que se forma uno al escuchar algunas intervenciones, no las de esta noche pero si otras, es que hay quien cree que se puede vivir sin sindicatos o que los sindicatos tienen la misma importancia para un proyecto socialista que, por ejemplo, el colegio de abogados. Esta idea, pensar que los trabajadores de la SEAT son como el señor Pedrol, es realmente luminosa y refleja una gran percepción de cómo ha sido el voto socialista durante estos años.

Y, volviendo al debate de esta noche, creo que según su orientación se plantean dos aspectos importantes. Uno referido a lo dicho por Manuel Escudero sobre la redefinición del socialismo y, el otro, a lo dicho por Matilde Fernández en torno al problema de los sindicatos cuando intentan alcanzar la hegemonía sindical.

En la redefinición del socialismo es donde se plantea qué entendemos por dominación, qué por poder. Coincido con Manuel Escudero en que no existe sólo explotación económica, sino también en otros muchos mecanismos de discriminación, discriminación sexual, alienación en los medios de comunicación, alienación escolar, etc., pero esto no nos resuelve el problema de la explotación. Lo que tenemos que definir teóricamente, sobre todo si queremos redefinir el socialismo, es si el capitalismo es un sistema explotador o no. La pregunta es si el capitalismo puede o no existir sin explotación y desigualdad y qué se entiende por capitalismo transformado. Porque en los años 60 se decía que el capitalismo ya se había transformado, que se daban las condiciones de pleno empleo, igualdad de oportunidades, bienestar, progreso, etc. y no era necesario ningún cambio radical del sistema; pero hoy vemos que muchos de los que defendían estas tesis, por ejemplo lo hemos comprobado en unas recientes declaraciones de Karl Popper en *Diario 16*, siguen manteniendo que nuestras sociedades son benéficas y filantrópicas, aunque haya un tercio de marginados y se tenga que basar en cosas como el thatcherismo. Por lo tanto, si hay que definir qué se entiende por capitalismo transformado, para mí el socialismo, se quiera o no, es anticapitalista y, antes o después, debe romper con la lógica del capital, porque si la producción no está en manos colectivas, es difícil pensar un sistema donde no siga perviviendo la desigualdad, la marginación, el ejército de reserva y, en fin, todo aquello que ha generado el capitalismo.

Esta es una discusión teórica, pero la que ya es una discusión más concreta y práctica es la que versa sobre la hegemonía sindical. En este punto se debe partir del supuesto de cómo se logra que haya sindicatos fuertes en el país. Caben varias posibilidades, pero al menos voy a señalar dos. Una es que los sindicatos mayoritarios compitan entre sí para que, al final, uno obtenga la hegemonía. Esto

se ha producido en el terreno político donde, en contra de los que querían en España modelos italianos, hay una hegemonía clara de un espacio sobre otro, el espacio del PSOE sobre el del PCE. Pero el voto político no se tradujo en voto sindical ni en las elecciones de 1986 ni en las de 1987 y, con estas circunstancias, se podría pensar otra posibilidad y es que, contando con una unidad de acción entre las dos grandes centrales sindicales, se fortalezca el sindicalismo en su conjunto. Y puede ser que esta estrategia sea preferible a la de seguir compitiendo fratricidamente por un terreno que sigue siendo muy pequeño y escaso.

La interrogante, entonces, no está sólo en los sindicatos que han podido optar por esta estrategia de complementariedad que cohesiona más a los trabajadores, sino también en la parte del Gobierno. Porque aquí se utiliza continuamente el término socialista, se dice «queremos un sindicato de orientación socialista», pero ¿quién es socialista? ¿simplemente el que se denomina socialista, como decía Jospin en Francia?, «socialismo es lo que hacemos los socialistas», ¿sólo eso es el socialismo? o ¿simplemente porque alguien sea secretario general de un partido o presidente de un gobierno socialista, existe socialismo? El tema es más complejo y no se puede acabar con un concepto puramente empírico. Y puede ser que los sindicatos consideren que son ellos los que representan al socialismo y que la política económica del Gobierno está escorada a la derecha, hacia la CEOE, y no es socialista. La pregunta es ¿cómo se logra salir de esta situación?

Pues termino como he empezado, se puede plantear sustituir los bueyes por los tractores o se puede pedir a los que han sido pragmáticos que, con la misma facilidad con que han sabido ceder ante la Conferencia Episcopal, ante la Patronal o ante los EE UU sepan ceder ante el conjunto del movimiento sindical. Si se cede, a lo mejor logramos que haya unos sindicatos fuertes que permitan

una hegemonía del movimiento sindical en nuestro país que, hoy por hoy, no existe, y de paso nos fortalecemos todos en conjunto.

## **Carlos LOPEZ RIAÑO**

En la mesa se ha diseñado toda una serie de objetivos y de pequeñas utopías, y digo pequeñas porque, en realidad, no se ha hablado de la gran utopía, y lo curioso es que todos coinciden, en gran medida, al señalar cuales son los objetivos de una democracia social. Por ejemplo, Manuel de la Rocha señala la planificación, aunque yo aquí tengo que precisar inmediatamente que el problema está en que nuestro partido dijo que no al Consejo Económico y Social en un momento determinado; quizás mañana haya que reconsiderar esta cuestión, pero hasta ahora se dice que el modelo económico del PSOE no lo exige como complemento, porque éste no es un partido con vocación planificadora, así lo expresaba Virgilio Zapatero en la Comisión Constitucional, a la que pertenezco en el Congreso. De modo que a veces también es importante saber de qué estamos discutiendo. Manuel Escudero presenta cuestiones tales como la democracia social en las empresas y la democracia participativa, en la que reconoce como agentes absolutamente necesarios a los sindicatos. En realidad, en este último punto habéis coincidido todos, pero él añadía participación en las empresas, fondos de inversión, otras cosas de mayor alcance todavía y, por último, coparticipación en las grandes decisiones de política social. Matilde Fernández señalaba cuáles son los requisitos que debe cumplir un sindicato para que ayude a la posible consecución de una verdadera o más avanzada democracia social y apuntaba que, en primer lugar, debe ser fuerte y consolidado, porque, y es verdad, este es el modelo que ha dado mayores resultados en Europa. Y Manuel Ventura ha indicado algo muy importante: la democracia económica no se puede imponer por ley, sino que es un problema de cultura política.

Pero todo esto son objetivos y el problema está en que no solamente es necesario, como tantas veces, señalar los objetivos, que además la experiencia y la praxis política enseñan a relativizar, sino también referirse, y nadie lo ha hecho, a los conflictos de la hora presente. Por ejemplo, si hubiésemos invitado al coloquio a los sindicatos, y yo no creo que fuera necesario y se les puede hacer llegar la invitación para otro día, hubiésemos comprobado que en España existe el conflicto inicial de que dos sindicatos se han disputado la hegemonía en las elecciones sindicales en un proceso electoral que no existe en ninguna parte del mundo; en el resto de los países los sindicatos celebran sus congresos, sus militantes establecen los objetivos y después se lleva a cabo la praxis sindical, pero aquí hay millones de personas, que jamás solicitarían un carné sindical, que participan como trabajadores en unas elecciones en el seno de las empresas para elegir cual de los sindicatos es el hegemónico. Esta es una de las actitudes más cómodas que puede tener un trabajador, preocuparse solamente cada dos o tres días de deslindar cuál de los sindicatos que hay en España resulta mejor. Este conflicto hace más difícil alcanzar los objetivos señalados.

Otro conflicto sería el respeto que existe en este país por la derecha económica, respeto que compartimos muchos en el PSOE. Por ejemplo, volviendo al principio, no hacemos el Consejo Económico y Social porque no somos un partido con vocación planificadora y, de esta manera, evitamos problemas con la derecha respecto a crear un foro de concertación. Aunque, si la concertación es necesaria y no se realiza por este medio, dónde se puede realizar, pregunto yo. La derecha por otra parte, viene estimulada a partir del 14 de diciembre, lo que tiene que preocupar a la izquierda en su conjunto, porque todos los objetivos que habéis señalado para la democracia social se harán más difíciles a partir de ahora, aunque en este caso también es verdad que durante seis

años pudimos avanzar y no lo hicimos.

Pero el mayor conflicto es que, en caso de invitar a los sindicatos, no hubiéramos obtenido ninguna claridad respecto al modelo sindical que se propone para España. Esta es la cuestión por la que no estoy de acuerdo con la mayoría de mi partido, tampoco con Izquierda Socialista y, al final, ni siquiera con los sindicatos. ¿Por qué? Porque no he visto durante estos meses que aflore algo que es absolutamente necesario y es que los propios sindicatos propongan un modelo sindical. Ninguna de las reivindicaciones que los sindicatos proponen a partir del 14-D tiene nada que ver con lo que se ha planteado en la mesa: ninguno reclama mayor participación en las empresas, tampoco mayor democracia social e industrial, ni bolsas para los marginados reales que existen en nuestro país y no se dice nada en las cinco famosas reclamaciones sobre los fondos de inversión. Esto prueba que estamos en un estadio incipiente en el que todos debemos y podemos colaborar para esclarecer e informar a la so-

ciudad, porque este debate es importantísimo.

Este modelo sindical no aflora en nuestra sociedad porque no es común. Yo respeto al compañero Antonio Puerta, como también respeto a la mayoría de UGT, que parece que dice otra cosa, pero ¿cuál es el modelo sindical? ¿un modelo aparte de los partidos políticos y al que le da igual que gobierne el PP o el PCE? ¿un modelo de negociación o de cogobernación? ¿los sindicatos españoles qué desean, mayor capacidad para gobernar con un partido que triunfa electoralmente o simplemente negociar desde la autonomía sindical? En el propio seno de UGT hay dos posiciones distintas, aunque hoy debido a la comunidad de intereses no hayan aflorado. Y estos son debates que nos afectan a todos.

Y, para concluir, creo que hay que agradecer la convocatoria y la serenidad y la claridad con que se han expuesto todas las tesis, pero no olvidéis nunca que hay que resolver el conflicto actual, cuya última ex-

### **Manuel DE LA ROCHA**

Se han planteado algunos tipos de discursos que no comparto. La intervención del compañero Pancho López me ha recordado en exceso, a lo mejor a pesar de lo que él mismo ha dicho, un discurso antisindical que se ha producido antes del 14-D y también después, aunque mucho más mermado. Este discurso sugiere dos planteamientos, además de insistir en la debilidad de los sindicatos, que por otra parte es cierta —aunque yo me pregunto sino lo es mucho más este partido que no tiene capacidad ni para mediar en el conflicto—. Uno es que estos sindicatos no sirven y que hay que construir o buscar otros distintos, incluso algún miembro de la Comisión Ejecutiva Federal ha llegado a plantear que el PSOE debe buscar un referente sindical distinto, la CSIF o los sindicatos médicos, no sé si será cierto pero sé que esto se ha leído en algún sitio; o se ha llegado a decir que, como este sindicato no sirve, habrá que cambiar su dirección, a su Secretario General. Y el segundo elemento, poco explicitado hasta ahora pero que se recoge en un documento que nos entregaron en el último Comité Federal, es cuando se viene a decir «habrá que hacer un debate con los ciudadanos para que estos se pronuncien sobre quién tiene razón, si el Partido o el Sindicato». Un debate con los ciudadanos para que estos se pronuncien es, simplemente, un

debate electoral, unas elecciones. Y ¿se puede pensar acaso que el PSOE tenga un proyecto en el que quepa un debate contra el sindicato, unas elecciones contra el Sindicato? ¿es posible un partido socialista que tenga un proyecto en el que no entre el elemento sindicato?

El gran problema que tenemos en estos momentos los militantes del Partido Socialista, quizás salvo para aquellos que creen que los sindicatos son como los colegios de abogados y que hay que diseñar una estrategia puramente electoral sin ellos, es el de las relaciones entre el Partido y el Sindicato. Simplificando mucho, hay tres modelos de relaciones. El primer modelo es el sindicalismo autogestionario. Este cree que los partidos socialistas y socialdemócratas son simples gestores del capital que no tienen ningún objetivo de transformación de la sociedad y, por consiguiente, que no se puede establecer ni siquiera un polo utópico de coincidencia con ellos. En este caso los sindicatos afirman que deben posicionarse frente a los partidos cuando estén en el gobierno, son sindicatos que no tienen referentes políticos y no se relacionan con ningún partido. Este modelo puede corresponder a la CFDT francesa, y quizás pueda haber algunos compañeros de la UGT que se sientan tentados por él.

El segundo modelo es el leninista, el sindicato «correa de transmisión», ya que sus proyectos o estrategias globales dependen del partido. Aquí puede haber CC OO, y la prueba es que antes del 14-D dijeron que el paro era un huelga netamente sindical y, días después, su Secretario General pide la dimisión del Presidente del Gobierno porque el Comité Central del Partido Comunista había decidido capitalizar políticamente la huelga. Y el tercer modelo es aquel, en el que el sindicato tiene un referente político socialista, lo que no significa la dependencia o sumisión a «la conciencia superior» del partido, sino simplemente que, por otra parte, reconozca y valore la unidad de acción sindical en una sociedad donde, a diferencia de lo que ocurre en Inglaterra, Suecia o Alemania, existen dos sindicatos de clase fuertes.

Hay que reconocer que, tal y como está planteado, en el proceso de fortalecimiento sindical probablemente UGT considera como uno de los elementos la unidad de acción sindical. Contando con esta estrategia, lo que todos debemos hacer es colaborar con los compañeros de la UGT para que esa definición progresiva no signifique, en ningún caso, la pérdida del referente político socialista, sin que esto suponga tampoco la sumisión, el modelo de sindicato «correa de transmisión».

## **Matilde FERNANDEZ**

En este país no podemos tirar por la borda lo que hemos hecho durante estos últimos diez años. Esto es importante e implica una actitud enérgica por parte de aquellos que vamos con orgullo con la etiqueta de

ser personas progresistas y de izquierdas. Hemos de contribuir entre todos a dar los saltos cualitativos que claramente se percibe que hay que dar. Quizás no se realizan porque son difíciles, porque se necesitan organizaciones fuertes y hay dificultades en ese encaje de bolillos. Y cuando hablo de hacer sindicatos fuertes, quiero ser parte activa de esa construcción, no lo veo en absoluto desde fuera; en estos momentos creo fundamental, como mujer socialista, contribuir a la consolidación de unos sindicatos fuertes.

En este país tendemos a distinguir entre buenos y malos y eso es judeo-católico y, desde luego, bastante nefasto como reflexión; tendemos a identificar que los buenos son aquellos que no tienen poder y los malos los que lo tienen, y ahí se nota que somos hijos del General. Pero, aunque fuimos educados en una dictadura, no estaría de más que fuéramos capaces de superar este planteamiento, porque con él no vamos a ningún lado. A la hora de tomar decisiones de mayor o menor importancia histórica en el conjunto de las organizaciones o en las distintas direcciones a la hora de decidir el camino a seguir hay aciertos y errores, pero hablar de buenos y malos es tremendo. Debemos contribuir a que los sindicatos reflexionen y asuman sus responsabilidad y no, como hacemos algunas veces en muchos foros, a que se tornen más reivindicativos. Si hacemos un sindicato reivindicativo, estaremos todos de acuerdo en que nos alejamos de lo que hablamos aquí, de la democracia económica y de la democracia industrial.

Frente a algunos compañeros que están tan seguros de su verdad, yo no creo, a finales del siglo XX, en la propiedad de la ortodoxia. Las cosas tienen matices y el gran abanico de posibilidades no descafeína una ideología ni la aleja de su planteamiento económico. Hay algunos compañeros que tienden a hablar como si en ellos estuviera la verdad, y eso vuelve a ser judeo-católico. Nadie tiene la patente de corso de la verdad ideológica, ni individualmente ni como grupo. También hay otros que cuando construyen una reflexión dicen: mi discurso nace de lo que dijo fulano, de lo que se habló en tal sitio, de lo que se dijo en tal momento. De lo que se ha dicho en otros lugares hay que analizar el antes y el después y las personas de izquierdas debemos ser un poco más reflexivos y no construir nuestras argumentaciones en base a una frase que dijo alguien en un momento determinado.

Y quiero contestar la pregunta que ha planteado Carlos López Riaño: ¿cuál es el modelo del que hablan los sindicatos? Yo he expresado el que he aprendido como socialista, y no lo he aprendido en épocas modernas sino cuando había que pasar por los cursos de Luis Gómez Llorente unos meses antes de que te dieran el carné, y el mismo que hemos aprendido como socialistas se ha trasladado a la UGT; lo que yo he expresado del modelo sindical, de la acción sindical y del tipo de sindicato es lo que se encuentra en las propias resoluciones del Congreso de UGT. Si tuviera que sintetizarlo en una frase diría que el modelo sin-

---

dical que persigue un sindicato de inspiración socialista es aquel que contribuye a consolidar la socialdemocracia en su país.

*Matilde Fernández*

Y, para acabar, quiero decir que no estoy de acuerdo con el compañero Antonio Santesmases en que la hegemonía sindical que nosotros propugnamos se consigue a través de la táctica y la estrategia propia, tal y como hemos venido haciendo hasta ahora, identificándonos con la sociedad y ganando cada dos o cuatro años la mayoría de los procesos electorales en base a nuestra política de negociación y no confrontación, de nuestra política de pactos, de compromisos y corresponsabilidad y no sólo de reivindicaciones. Así es como se construye la hegemonía, y si luego se producen otras situaciones nos encontrarán en esa posición fuerte de hegemonía y no en la unidad sindical. Para decirlo claramente, con CC OO no se construye el modelo sindical que exige la democracia económica.

### **Manuel VENTURA**

Durante unos años he dirigido una institución de estudios sindicales y tenía la sensación de que el debate sindical no interesaba a nadie, ahora parece que empiezas hablando de motos y acabas con el sindicalismo, y esto es bastante lastimoso. Muchos, desde una posición estética, venían diciendo antes del 14-D que los sindicatos eran antiguos, estaban obsoletos y no representaban a nadie y, ahora, se han convertido en sus mayores jaleadores. La causa es el fracaso de todo el sistema de intermediación política, ya que los partidos opositores tienen poca fuerza, parece que sólo se puede golpear al poder a través de un instrumento con el que no simpatizaban, al menos antes del 14-D, es decir, con los sindicatos. Esto es grave porque los sindicatos deberían desprenderse de ese apoyo, que es en mi opinión, peor que el abrazo del oso de CC OO del que se habla y en el cual, dicho sea de paso, no creo.

Otra actitud que se puede dar es la de aquellos que caen en la tentación de decir, cuando los sindicatos hacen la política que nos gusta, que son buenos chicos y, cuando no lo hacen, que son débiles, poco representativos, flojos, que son bueyes, etc. Los problemas de los sindicatos son también nuestros problemas —en esta sociedad son débiles los sindicatos, los partidos políticos y los clubs de ajedrez— y debemos, todos a la vez, participar en el fortalecimiento de esta sociedad, en el fortalecimiento de la arquitectura social, de los sindicatos y de las organizaciones intermedias.

Por otra parte, al final quien es más responsable es aquel que tiene más que perder, si alguien piensa que no tiene nada que perder no suele ser responsable. Desde este punto de vista, no es que concierten los sindicatos fuertes, es que los sindicatos que conciertan son fuertes y, de igual forma, los acuerdos no son buenos. Con este planteamiento se en-

cuentra solución a muchos problemas, fundamentalmente porque todos tenemos una cultura de la que se deduce que en una negociación uno gana y otro pierde. Ahora estamos en este escenario de tu ganas y yo pierdo y yo gano y tu pierdes, mientras que la concertación es un escenario ganador-ganador, donde no se trata de quién pierde o gana, sino de ganar todos concertando. Con esto habría que contestar de una vez a la pregunta de ¿cuándo se dice que un sindicato es socialista? porque discutimos mucho de sindicatos socialistas pero no se dice nada de cuándo lo son. ¿Es socialista un sindicato cuando un partido socialista dirige su estrategia? Parece que no. ¿Cuándo solamente hay socialistas en él? Parece que no. ¿Cuándo todos los socialistas están dentro? Parece que no. Entonces, ¿qué es un sindicato socialista?, pues un sindicato que gestiona el conflicto social frente al Estado y a la empresa de cierta forma: con el poder político concierta con una u otra arquitectura de acuerdos y con la empresa sabe que es mejor obtener poder que una peseta, porque si consigues poder hoy, seguramente mañana tendrás dos pesetas. Esta es una forma de sindicalismo que han aceptado en Europa no solamente los socialistas, sino también otras ideologías, en la LO sueca no solamente hay socialistas y en DGB hay incluso grupos organizados de comunistas, demócratacristianos o verdes.

Diciendo de otra forma lo dicho por Manuel Escudero acerca de los modelos, siempre corremos riesgos hablando de ellos, porque no se trata de coches y no se pueden trasladar experiencias automáticamente de un sitio a otro. Podríamos, de todas formas, citar distintos modelos y parece que no queremos ir hacia el modelo de sindicatos de integración ni al modelo de sindicatos de contrapoder, de derecho de veto o de alejamiento del poder político, al que podríamos llamar modelo italiano, sino hacia un modelo de sindicato de poder y corresponsabilidad. El problema es que sin discutir los modelos, por eliminación estamos respaldando entre todos un modelo distinto, que si lo discutiéramos no sería el mayoritariamente aceptado por los socialistas en España, que es el modelo de contrapoder-veto. Seguramente el viejo modelo es imposible, pero el nuevo no tiene por qué ser inevitablemente éste.

## **Manuel ESCUDERO**

La redefinición del socialismo no es el tema de debate de hoy y, por tanto, no podemos profundizar mucho en él, pero aclaremos algunas cuestiones: ¿es el capitalismo un sistema explotador?, sí, es su naturaleza fundamental; ¿el socialismo es anticapitalista?, claro que sí; ¿hay que transformar o combatir el capitalismo?, esta es una falsa polémica, hay que transformar al capitalismo combatiéndolo; ¿hacia qué?, hacia una situación en la que las relaciones de poder reales se hayan transformado radicalmente; ¿se puede concebir una sociedad tal permaneciendo la iniciativa privada y el mercado?, mi opinión es que sí, ¿cómo?, a través de un pacto basado en una correlación de fuerzas. Este

concepto de pacto es importante, entre otras cosas, para desterrar algunas nostalgias como las mencionadas por Manuel de la Rocha en torno a la autogestión. Yo no concibo la democracia económica como autogestión. No se trata de un poder obrero, sino de un pacto entre capital y trabajo basado en una correlación de fuerzas favorable al trabajo. Para mí esta es la clave.

Por otro lado, se ha hablado de la naturaleza de los sindicatos españoles en estos momentos y de la ausencia de sistemas democráticos reales dentro de los mismos. Probablemente éste es uno de los puntos vitales del asunto, porque hoy estamos afirmando que una de las perspectivas fundamentales del socialismo es la democracia económica y que ésta, y ahí radica la tremenda ironía, se tiene que hacer con los sindicatos y, sin embargo, estos sindicatos fallan. No sé si nos damos cuenta de la tremenda divergencia que existe entre la realidad actual y la perspectiva que nos estamos trazando. Y ¿cómo se rompe este nudo gordiano? Una de las piedras básicas del proyecto socialista de futuro tiene que ser la descentralización del poder político y de la gestión a través de la extensión de los métodos de democracia representativa a las organizaciones que surgen de la sociedad, pero ¿cómo hacemos esto con los sindicatos? Quizá sería adecuado pensar que dada la situación que tenemos con los sindicatos, que como decía Antonio Puerta se han construido por arriba y no democráticamente por la base y además no siguen la práctica de a cada sindicalista un voto, se pueda crear por ley y de modo gradual la esfera de la codeterminación empresarial, de modo que el poder de veto que se conceda a los sindicatos en la empresa se reglamente para que sea ejercido realmente entre todos los trabajadores de la empresa; es decir, quizás habrá que actuar desde la instancia política, a través de la codeterminación en la empresa, para resolver el impás en el que están hoy los sindicatos a causa de la endeblez producida por su acusada debilidad.

Relacionado con este aspecto hay una frase muy sugerente, pero que no comparto, de Manuel Ventura, que viene a decir que el problema no es de leyes, sino de cultura. Yo creo que la democracia económica se construye realmente, a través de leyes, aunque otra cosa es cuáles, cuándo y cómo. No creo que se pueda llegar a una codeterminación real en la empresa si no es mediante una ley, como demuestran todas las experiencias realizadas, y tampoco creo que se pueda llegar a la creación de fondos de inversión en un futuro si no es por el mismo camino.

Y al hilo de esta cuestión, no sé si nos damos cuenta que sólo sobre la base de que exista una estructura democrática en las empresas, que haga que los trabajadores se sientan realmente sindicados, será posible proponer fondos colectivos de inversión, porque, fuera de esto, lo que se puede plantear son, como antes se decía, el accionariado obrero o, en general, la inversión individual. No hay otro camino. Para aplicar en algún momento los fondos de inversión en España, primero tendremos

que pasar por una codeterminación real a nivel de empresa en otras esferas, para así crear una práctica sindical que sea coherente con la posibilidad de esos fondos.

Por último, Carlos López Riaño se preguntaba cómo resolver el conflicto con los sindicatos. Creo que lo importante para el socialismo en estos momentos no es situarse desde un punto acético frente a los sindicatos. Todo lo contrario de lo que él decía, esto es, que si los sindicatos plantean algo, fuere lo que fuere, deben tener razón, porque son organizaciones democráticas. Estamos en un momento histórico en el que los viejos movimientos sociales, como el sindicalismo, o los nuevos, como el ecologismo u otros, tienen una acusada tendencia a la unilateralidad, relacionada estructuralmente con la época de transición que vivimos, y frente a ella es el deber del socialismo afirmar que él es el garante de la globalidad y defiende los intereses de todos los trabajadores. Efectivamente, se ha abierto una brecha que tendrá que resolverse históricamente en plazos largos, pero, en este período, los socialistas podemos trabajar, si hay democracia, en los sindicatos, desde ellos persuadiendo en cuanto a esta perspectiva de globalidad, y si no, fuera de ellos persuadiendo a los sindicatos y otros movimientos sociales de la necesidad de esta visión global.

---



ANALISIS Y DEBATE

1

# EL CONGRESO DEL PARTIDO SOCIALISTA ITALIANO

*Norberto BOBBIO*

**C**onfieso no sentirme demasiado a gusto al tener que responder a la invitación a decir brevemente qué espero del próximo congreso del partido. Ante todo, por la escasísima familiaridad con este tipo de reuniones. El único congreso político en el que participé en mi vida fue el del PSI en Turín, hace ya más de diez años, pero no tomé la palabra. En segundo lugar, el espectáculo que han dado los recientes congresos, comenzando por el de la Democracia Cristiana, realizado entre silbidos y aplausos, con demasiados primeros actores para recitar sobre una trama preestablecida, no han sido muy entusiasmantes. El congreso es el lugar donde por lo común está excitado y exasperado el patriotismo del partido, o sea el espíritu de unidad, con frecuencia ficticia, en el interior del partido y es al mismo tiempo formentado el espíritu de división hacia el exterior. Un hermoso ejemplo de este espíritu de cuerpo fue el del congreso socialdemócrata (PSDI): unirse a toda costa los de dentro para distinguirse a toda costa de los de fuera. No digo que el espectáculo que dan otros congresos en otros países sea muy diferente: pienso en los banderines desplegados, en las remeras escritas,

en los globos que ascienden al cielo, de los congresos norteamericanos. Pero allí donde los partidos son dos o tres, tal espectáculo, si bien, monótono, es todavía soportable. Donde son, como Italia, una docena, a fuerza de repetirse como está ocurriendo este año con breves intervalos el espectáculo es bastante aburrido, y para quien es un observador y no le ha tocado contagiarse de la participación directa es también un poco deprimente. Hay que tener presente que los espectadores son de lejos más numerosos que los actores.

Esta observación no está dictada por el capricho. En realidad expreso un deseo mío. En un país como el nuestro en el que nos enfrentamos a una situación sin par, absurda por no decir grotesca, de la coexistencia de dos partidos reformistas, a lo que se agrega la presencia imponente de un partido comunista que desde hace años se declara también él reformista y se comporta prácticamente como tal, le toca al partido socialista tanto por su historia como por su colocación en el sistema político y por su fuerza electoral en crecimiento, la gran tarea histórica de recomponer los miembros dispersos del cuerpo lacerado por un siglo de guerras fratricidas y por una revolución que ha dividido el mundo en dos bloques contrapuestos. Una tarea difícil pero meritoria a llevar a cabo con tenacidad, con inteligencia, con clarividencia. Me place la propuesta de mirar el horizonte de 1992, cuando habrá de cumplirse un siglo de la fundación del partido Socialista Italiano, como una ocasión que nos permite retornar al punto de partida unitario, para hacer una reflexión histórica de conjunto más allá de todas las divisiones históricas que ya no se justifican. ¿Cómo no recordar que el partido socialista, que se mantuvo unido durante tantos años, tuvo la mayoría relativa, por primera vez en la historia, la primera y la última, después de la primera guerra mundial, y que, si se hubiera seguido unido, la habría tenido también después de la segunda? Entiendo muy bien que las analogías históricas son peligrosas y que la historia no se repite. ¿Pero qué lección nos han impartido los hechos, los desnudos hechos, si hubiésemos sido capaces de escucharla? Pero es hora ya de escucharla de una vez por todas, debemos afrontar con mayor fuerza el desafío de aquellos que quisieran cancelar todo vestigio del pasado. ¿Y cómo no reflexionar sobre el hecho de que la fuerza de la Democracia Cristiana es la consecuencia, y podrá serlo también en el futuro, de nuestra debilidad?

El Partido Socialista puede cumplir con esta tarea de re-pacificación y por tanto de recomposición, tarea que es principalmente suya, a mi parecer, con una condición: que tenga tanta sabiduría como para orientar el debate del próximo congreso a aquello que nos une, que es mucho, muchísimo, y estaría tentado de decir que jamás ha sido tan grande como hoy, antes que hacia aquello que nos ha dividido. Patriotismo de partido, de acuerdo. Pero con juicio. En estos últimos tiempos, jamás oculté mi total desacuerdo frente a las requisitorias antiestalinistas, antitogliattianas, antisoviéticas en general, a las recriminaciones, proscipciones, reiterados procesos ficticios, condenas de una historia

terrible, de las cuales, por lo demás, hemos salido victoriosos. Puedo también entender que no logre resistir a la vista de la danza macabra de aquellos huesos aquel que asiste todos los días divirtiéndose, a nuestros minués cotidianos. Pero quien no haya pecado que tire la primera piedra. Puedo afirmar con plena conciencia no haber sido jamás estalinista. Permítanme ustedes la coquetería de recordar el largo artículo que escribí para *Nouvi Argumenti* inmediatamente después del famoso discurso de Jruschov, donde representaba a Stalin como la reencarnación del tirano en el sentido clásico de la palabra. Pero jamás se me cruzó por la mente tirar ni el más pequeño dardo que estuviere destinado no a formular un juicio histórico, sino a alimentar una riña política.

Patriotismo de partido, pero no de sectarismo. Amor por el propio partido, pero sin mezquindad, que es siempre indicio de debilidad, sin animosidad hacia quienes fueron nuestros compañeros de ayer (¿o hemos olvidado la guerra en la que peleamos juntos contra el enemigo común?) y serán, deberán ser, si queremos mirar hacia adelante, nuestros hermanos de mañana. ¿Podemos esperar que en las intervenciones del próximo congreso se conceda menos espacio a los litigios de familia, a veces renunciando al fácil aplauso y más a las cosas que debemos hacer juntos, para dar vida finalmente a una alternativa? ¿menos espacio al descubrimiento y a la denuncia de las culpas ajenas y más al reconocimiento también de nuestros errores? ¿más reconocimiento al propósito, por noble también magnánimo, digno de una tradición, como es la del socialismo europeo de enmendarnos ante todo a nosotros mismos?

Naturalmente, es preciso volar alto, porque sólo volando alto se puede advertir cuán grande es el territorio común. Permaneciendo en tierra no se logra ver ni siquiera más allá del muro que nos separa de nuestro vecino. Para volar alto es necesario en primer lugar creer en el socialismo. Entiéndaseme bien, en el único socialismo posible y creíble después del fracaso del socialismo sin libertad. Que es el socialismo concebido como natural desarrollo de la tradición liberal, como la condición necesaria, según aquello que tantas veces dijo Calamandrei, de la efectivización de los mismos ideales liberales. Sobre este punto no tengo nada que agregar a lo que constituye, no de ahora, sino cada vez más clara y conscientemente en estos últimos años, la orientación actual del partido socialista italiano, que ha retomado las motivaciones ideales del Partido de acción, recordado por Claudio Martelli en el reciente coloquio sobre ética y política.

Para volar más alto, lo repito una vez más a costa de parecer aburrido, me parece que no es ni muy sagaz, ni muy útil presentarse como el partido de la modernización. No tengo nada contra la modernización de nuestro Estado si por tal se entiende una mayor eficiencia. Pero entonces que se diga más correctamente que la espantosa ineficiencia de nuestros servicios públicos, contra la cual choca contundentemente la

pobre gente (los “señores” siempre tienen la posibilidad de eludirla), es una fuente inevitable de vejaciones, de discriminaciones y de injusticias. La eficiencia de una empresa puede producir mayor bienestar. La eficiencia de los servicios públicos puede corregir el estado endémico de injusticia pertinaz, reincidente, invencible, que caracteriza en Italia la relación entre poderes públicos y ciudadanos. La modernización como tal puede ser un hermoso programa para un gobierno de tecnócratas. Un gobierno de socialistas combate las injusticias. Se ocupa también de hacer que el estado de los servicios sea más eficiente. Pero no porque es más moderno, sino porque es más justo.

Volar alto, dije porque cuanto más se sube más se amplían los horizontes. Y cuanto más se amplían los horizontes, menos proclives nos sentimos a encerrarnos en las mezquinas disputas de tendencias y de confines, que, entre otras cosas, se dirimen frente al creciente desinterés, por no decir el fastidio, del público. Si se observa más allá de nuestros muros, y se tiende la mirada hacia los problemas del Tercer Mundo, se advierte cada vez más que, contrariamente a lo que desde hace tiempo dicen los adversarios, la historia del ideal socialista, es decir del esfuerzo por hacer justicia, apenas ha comenzado. Lo cual significa que en el actual momento histórico, en el que los problemas sociales se han convertido en problemas no de éste o de aquel grupo en el interior de un Estado, sino de todos los hombres, la tarea del socialismo es enorme, más aún, jamás fue tan grandiosa como hoy. Confío en que el próximo congreso del PSI sea el congreso de la apertura hacia las grandes metas, no de la clausura dentro de los intereses de grupo. Sólo así sería finalmente un congreso distinto de aquellos a los que hemos asistido en estos días, y de los cuáles me he servido de pretexto para responder a la cortés invitación de *Mondoperaio*.

---

© *Mondoperaio*

Traducción de J. A.



# CARTA ABIERTA A NORBERTO BOBBIO

*Luciano PELLICANI*

**Q**uero Bobbio: En ocasión de tu octagésimo cumpleaños —por el cual te renuevo las felicitaciones en nombre de toda la redacción de *Mondoperaio* apareció en *L'Espresso* una larga entrevista, en la que formulas la tesis según la cual «el PSI ha roto los puentes con las grandes tradiciones socialistas». Si esta perentoria sentencia hubiese sido pronunciada por un dirigente del PCI o por algunos de los tantos nostálgicos de lo que se autodefinía «izquierda de clase», no merecería ni siquiera un breve y sarcástico comentario. Pero ella proviene de quien, más que nadie, contribuyó a rediseñar la nueva identidad cultural del PSI. Lo que no puede no dejar cuanto menos perplejo, sobre todo si se tiene presente que, en el plano de la batalla por la renovación de la cultura política de la izquierda italiana, Alberto Asor Rosa cuestionó tu derecho a hablar en nombre del socialismo en cuanto tú eras un típico representante de la cultura liberal. No se puede decir que Asor Rosa estuviese del todo equivocado. Una vez que se asume que la tradición socialista se identifica *tout court* con el marxismo, la defensa del pluralismo, del Estado de derecho y de las libertades liberales —todas ellas rubricadas por Marx bajo el signo de la alienación— no puede dejar de ser considerada un verdadero atentado a la identidad del proyecto original y una peligrosa concesión a la cultura burguesa.

Según tal tradición, el socialismo no tiene nada que ver con el liberalismo. Es más: socialismo significa ruptura radical con el cuadro institucional de la civilización liberal y creación de un orden «totalmente distinto». A partir de estas premisas, es inevitable el juicio radicalmente negativo que las versiones más tributarias del marxismo han pronunciado siempre sobre todos los intentos por fabricar un puente entre la cultura liberal y la cultura socialista. Entre estas tentativas se ubica tu martillante acción pedagógica que tanto influyó sobre los socialistas, hasta llevarnos incluso a romper todo vínculo con el «socialismo científico». Si esto significa quedar al margen de la tradición socialista, entonces nosotros efectivamente, ya no podemos ser considerados socialistas. Pero hubiésemos considerado cualquier cosa menos que el mayor responsable de nuestra «traición» nos reproche haber perdido el rumbo adecuado.

La contradicción de tu nueva posición es tan evidente que no te afecta tanto por el hecho de que el nuevo PSI ha puesto en el desván a Marx como por el hecho de que en él no existe rasgo alguno de lo que en el pasado había constituido su identidad político-cultural. Pero también en este caso mis perplejidades no disminuyen. Mientras que tú —maestro de la precisión y de la distinción— no precisas y no distingues. En la historia de nuestro partido ha habido, es verdad, un poco de todo. El reformismo como el mussolinismo, el liberalsocialismo como el maximalismo, la socialdemocracia como el estalinismo. A través de un doloroso proceso de revisión, cuyas etapas principales fueron 1956 y 1976, estamos logrando poner un poco de orden mental en nuestra casa. Y lo hemos hecho rompiendo, es verdad, con tantas cosas que formaban parte de la tradición socialista, pero no con toda la tradición socialista, como tú afirmas con una perentoriedad que nunca ha formado parte de tu estilo intelectual. Hemos retornado a la inspiración originaria, que fue la de Filippo Turati, quien concibió el socialismo, a pesar de decirse marxista, como la universalización de los valores liberales. Y ya que la misma idea base se encuentra en Proudhon, en Merlino, en Bernstein, en Roselli, en Rizzi, hemos llegado a una revaluación de su legado ético-político, a pesar del hecho de que ellos en el pasado no fueron nunca fuentes inspiradoras de la acción de nuestro partido. Esto es lo que hicimos y no otra cosa. Debería ser suficiente la lectura de *Mondo-peraio* para convencerse de esto.

En este punto podrías objetarme que el reclamo litúrgico al reformismo de Turati y Nenni —el último Nenni obviamente— no modifica la sustancia de la política que el PSI está llevando a cabo. Pero también ante esta objeción mis perplejidades no disminuyen. Y esto por una razón muy simple: que tú no haces el más mínimo esfuerzo por precisar en qué cosa, en concreto, nuestra política se distingue de la de los partidos de la Internacional Socialista que están en el gobierno. Digo en el gobierno porque estando en la oposición se pueden tocar motivos de todo género, desde los más radicales hasta los más demagógicos. Pero cuando se es llamado a conducir la máquina de una sociedad postindus-

trial, los vínculos, las compatibilidades, las resistencias y los contrapoderes son tantos que difícilmente se pueda hacer mucho más que lo que el PSI trata de hacer. Es suficiente lanzar una mirada a lo que sucede en España, en Francia o en Suecia para darse cuenta de esto. Pero también si tomamos en consideración el nuevo programa del Partido Socialdemócrata Alemán —un partido que, según una imagen muy difundida, se coloca casi en las antípodas, en el cuadro de la socialdemocracia europea, respecto del PSI— un observador imparcial está obligado a reconocer que en él no hay nada distinto respecto de los temas sobre los que estamos trabajando y nada que se contradiga con las propuestas que estamos elaborando. Antes bien, en nuestra agenda política se puede encontrar un proyecto de ley —el que se refiere al ingreso mínimo de ciudadanía, llevado adelante por el compañero Agostino Marianetti— que nos coloca directamente a la vanguardia de Europa.

Y con esto llego a uno de los puntos sobre los cuales existe un equívoco que conviene eliminar de una vez para siempre. En una de tus últimas cartas me dices que suscita «mucho pena» ver al PSI enarbolar la bandera de la modernidad. Evidentemente tú identificas la modernidad con la racionalidad, la eficiencia y el desarrollo científico y tecnológico. Que en el concepto de modernidad estas cosas estén comprendidas, no existe la más mínima duda. Pero que modernidad signifique para nosotros, los socialistas, sólo estas cosas —por otro lado de gran importancia como lo demuestra el hecho de que una de las críticas más centradas de la ofensiva neoliberalista contra el estado social se refiere precisamente a la escasa atención de la izquierda por la utilización racional de los recursos— no es absolutamente verdadero. La modernidad antes de ser un fenómeno económico, es un fenómeno cultural. No casualmente en la definición que de la modernidad ha dado su máximo estudioso —el difunto Gino Germani— los elementos esenciales son la secularización, la acción electiva y la participación: todas cosas que la mejor tradición socialista —aquella de la que tú mismo eres uno de los más destacados representantes— siempre ha considerado en términos altamente positivos. Pero acaso el concepto-clave de nuestra concepción de la modernidad es el de ciudadanía. Lo ha formulado con extrema claridad Bettino Craxi en la entrevista sobre la Revolución Francesa publicada por *L'Espresso* cuando afirma que ella ha significado el pasaje de la «sociedad de los súbditos» a la «sociedad de los ciudadanos», con una precisión: que tal pasaje no se ha realizado automáticamente con el advenimiento de la sociedad de mercado. Por el contrario, como lo ha advertido T. H. Marshall, en la sociedad capitalista la clase y la ciudadanía están en cierto sentido en un estado de guerra permanente. De manera que la historia del desarrollo democrático en Europa puede ser leída como una serie de batallas conducidas por la izquierda para sustraer a la caprichosa y amoral lógica del mercado de la fruición de los derechos fundamentales. Y la última, en lo que al tiempo se refiere, de estas batallas es precisamente la que hemos iniciado para garantizar a todos los ciudadanos un ingreso mínimo.

mente un reexamen crítico del papel desempeñado por Togliatti en los procesos de Moscú, se produjo una compacta reacción contra los socialistas, quienes también en esta oportunidad fueron acusados de propinar golpes bajos. Hoy, por el contrario, ante el avance de la *glásnost* que no perdona nada y a nadie, Achille Occhetto envía a Biagio de Giovanni a explicar a los creyentes que efectivamente alguna complicidad del Mejor Pellicani en la construcción del Gulag no puede ser negada.

Frente a esto, lo mínimo que se puede decir es que la socialdemocratización del PCI avanza sólo si está fomentada por los socialistas. Pero avanza siempre de la misma manera, esto es, mezclando cosas que no pueden estar juntas a los efectos de mantener unida una comunidad partidaria que ha perdido su tradicional homogeneidad ideológica, sin haberse liberado del todo de la cultura totalitaria. Ciertamente una parte del pueblo comunista se encuentra en la vereda socialdemócrata, pero no podemos saber su verdadera magnitud desde el momento que el centralismo leninista impide la constitución de corrientes. Pero no es casual que de tanto en tanto veamos a Napolitano o Cossutta acusar a Occhetto de manipular la voluntad de las bases. En efecto, hasta cuándo la vida interna del PCI será regulada por los principios del centralismo leninista, nadie lo sabe; como tampoco se sabe si el grupo que tiene en sus manos la dirección expresa el sentir de la mayoría de los creyentes. Sólo una cosa está clara: que tal grupo está obligado por la lógica apremiante de la situación a conciliar cosas que no son conciliables. Sólo un ejemplo: Occhetto, en el mismo momento que declara que el PCI es el heredero histórico de la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» —ignorando o fingiendo ignorar que Marx consideraba a tal documento como la más típica expresión ideológica de aquella forma de organización social que el comunismo estaba llamado por la historia a hacer rodar por el suelo—; no renuncia a tener viva la idea consolatoria de que el Gran Fracaso no afecta el proyecto originario. Confieso que frente a esta destreza ideológica yo me siento trastornado. Tanto más cuanto Giuseppe Vacca, después de habernos explicado que la vocación reformista del PCI se inicia nada menos que en 1926, no se cansa de asegurar a los creyentes que, gracias a la *perestroika*, Gorbachov logrará renovar al comunismo y le abrirá nuevas y grandiosas perspectivas. Francamente, con discursos de este tenor no veo cómo es posible decir que el PCI es ahora a todos los efectos un partido socialdemócrata. Más bien percibo un partido en crisis de identidad que está obligado a mezclar tantas veces como sea posible las cartas para no reconocer públicamente que su misma existencia no tiene ninguna razón de ser, salvo la de desempeñar el papel de principal fuerza de oposición: un papel importantísimo, ya que no existe democracia sin una oposición fuerte, pero que ciertamente no puede satisfacer a una comunidad que, sintiéndose investida por la Historia de la misión de regenerar lo existente, se ha considerado siempre como «distinta».

De aquí surge el sectarismo comunista, que en los últimos tiempos ha tenido como objeto privilegiado al PSI, con el cual, por otro lado, Occhetto dice que quiere construir una alternativa a la democracia cristiana. Un sectarismo que tú mismo has denunciado, pero de un modo que yo encuentro insatisfactorio. En efecto, no basta decir que el PCI comete un «grave error» cuando se abandona el anticraxismo. Es necesario preguntarse si tal anticraxismo no es el síntoma de la persistencia de aquel vicio originario que es el maniqueísmo marxistalelinista. Cuando Berlinguer en 1984 declaró que el gobierno de Craxi era un «peligro para la democracia», ¿no formulaba acaso una nueva versión del socialfascismo? ¿Y qué ha hecho Giuseppe Vacca, acusando a los socialistas de «scelbismo cultural» si no reverdecer, digamos así, tal teoría? ¿Y qué significa el hecho de que Walter Veltroni haya desempolvado, siempre contra los socialistas, la acusación de maccartismo?

Por otra parte, ¿cómo podría ser esto distinto? No han pasado muchos años desde que Berlinguer teorizó la naturaleza ontológicamente distinta del PCI, su «diversidad respecto a la sociedad capitalista-burguesa, dominada por el egoísmo, los negociados y el consumismo». Necesitaría creer en los milagros sociológicos para pensar que esta autoconciencia —que tú hace tiempo definiste justamente una «falsa conciencia»— se ha evaporado totalmente, que no haya dejado vestigios en una comunidad que ha vivido en el culto de su «diversidad». Que el proceso de socialdemocratización del PCI sea un fenómeno de algún modo incontenible, es algo que no tengo dificultad en admitir. Pero tengo muchas dificultades en pensar que tal proceso es ahora un hecho acabado, como tú consideras con un optimismo que a mí me parece cuanto menos excesivo. Un optimismo que termina por legitimar la pereza, llamémosla así, del grupo dirigente comunista, ya que lo induce a pensar que él ha hecho todo lo que había que hacer para eliminar la anomalía italiana y lo induce también a pensar que la única causa de tal anomalía es la «traición» del PSI. Basta leer el complaciente comentario de Massimo d'Alema a tus tesis para tener una confirmación de todo esto. Lo que, luego, quiere decir que mientras en un tiempo tú, con tu acción pedagógica, constituías un estímulo para los dos pedazos de la izquierda histórica, hoy, más allá de tus mismas intenciones, tú alimentas la autocomplacencia (en el PCI) y la irritación (en el PSI). De aquí mi profundo malestar, que he querido manifestarte con toda la franqueza que la gravedad del tema requiere y con todo el respeto que tu alto magisterio exige. Con los más cordiales saludos.

---

Traducción de Jorge Tula



# Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por  
José Ortega y Gasset

**leer, pensar, saber**

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james  
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio  
caro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar  
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •  
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan  
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas  
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur  
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel  
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean  
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques  
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita. Fundación José Ortega y Gasset  
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum  
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62



## MIS CRITICAS AL PSI

*Norberto BOBBIO*

**Q**uerido Pellicani: Te agradezco tu carta, pues me permite aclarar, mejor de lo que ha sucedido hasta ahora, las razones de nuestro disenso. Antes que nada te digo que la frase cuestionada, que ha dado lugar a tu primera observación, «el PSI ha roto todos los puentes con la gran tradición socialista», en el texto auténtico, que es el publicado en *Die Neue Gesellschaft* (núm. 10, octubre de 1989, p. 886), no existe. Después de la entrevista, que se desarrolló a fines de julio, solicité la traducción para poderla revisar. Entre las distintas correcciones, corregí también aquella frase, que atenué así: «Se está alejando cada vez más de la tradición socialista». Como pudo ocurrir que *L'Espresso* publicara, por otro lado sin mi conocimiento, el texto no correcto, es algo que para mí resulta un misterio. Mi intención de no aumentar el conflicto está probada también por el hecho de que inmediatamente después digo: «Aquí no quiero por el momento polemizar inútilmente» y repito una opinión expresada muchas veces: «El PSI se encuentra naturalmente en una posición difícil en el interior del sistema partidista italiano, porque la presencia de un fuerte partido comunista lo ha empujado ciertamente hacia el centro». Lo que me parece innegable.

Pero no quiero aparecer como alegando pretextos. El disenso que, como bien sabes, no manifestado por vez primera en esta entrevista queda en pie.

Comenzaré precisamente por el tema de la «modernización», en el cual tú mismo te has detenido. En el artículo publicado en *Mondoperaio* de este año (núm. 5, p.5) escribí que la modernización es un lindo programa para tecnócratas, y concluía: «Un gobierno de socialistas combate las injusticias. Se ocupa también de hacer que el estado de los servicios sea más eficiente. Pero no porque es más moderno, sino porque es más justo». Puedes dar todas las más benevolentes interpretaciones de la palabra «modernización», pero a la «tradición» socialista pertenece sobre todo el ideal de la justicia social. Cuando he hablado del gradual alejamiento del PSI de la tradición socialista, no me refería enteramente, como tu parecerías creer, al abandono del marxismo, porque el socialismo liberal, con el cual me relaciono y se vincula oficialmente también el partido, forma parte ahora, al menos para nosotros, de esta tradición. Me refiero principalmente a la inserción en esta tradición de un cuerpo extraño como el de la modernización.

No te oculto además que me ha dado mucho fastidio en estos últimos tiempos un imprevisto, y para mí incomprensible, interés de algunos sectores del partido por el mundo católico, que es una cosa bien distinta a reconocer la eterna vitalidad de la ética cristiana, hasta el punto de promover, como ha sucedido en Turín, un sondeo, que sería mejor llamar una investigación de mercado, sobre cuántos inscritos van a misa, hacen la comunión, etc., como si la práctica religiosa tuviese algo que ver con las elecciones políticas de un ciudadano. Políticamente; los católicos no existen. Sólo faltaría que además de los democristianos y los cato-comunistas, existieran en nuestro país los cato-socialistas. Forma parte de la tradición socialista un firme y coherente laicismo. ¿Cómo es que el partido no ha intervenido nunca y continúa sin intervenir para hacer que termine la incorrecta interpretación del concordato que discrimina a los alumnos que no concurren a la hora de religión?

Pero tú dices: es necesario tener en cuenta los límites objetivos que pone al pleno desarrollo de un programa socialista la acción de gobierno, en especial de un gobierno de coalición como el italiano. De acuerdo. Pero nada excluye que junto a la acción de gobierno con sus inevitables compromisos el partido continúe elaborando ideas y estudie reformas de largo plazo. Admite que concentrar todo el espíritu reformista en la cuestión de la droga es un poco limitado. Soy el primero en aplaudir la propuesta de Marianetti sobre el salario mínimo garantizado. Me alegra que se continúe hablando y que el tema sea profundizado. ¿Pero adónde ha ido a parar la Asociación Para el Proyecto Socialista, que habría sido el ámbito adecuado para discutirla? ¿Por qué ha sido suprimida? No es sólo una opinión mía, créeme, que en el partido se gobierna siempre de más y se discute siempre de menos.

No podía faltar entre tus reproches el relativo a mi actitud hacia los comunistas, una actitud que tú consideras no sé si demasiado benévola o demasiado ingenua. Aquí, no habiendo sido nunca comunista y habiendo di-

rigido siempre mis dardos contra el mismo blanco de la doctrina y de la práctica comunista, jamás tuve empacho alguno en reconocer su contribución a la lucha antifascista, su activa participación en el reforzamiento de la democracia en Italia, y ahora la sinceridad de su conversión que los empuja inevitablemente hacia el socialismo democrático. Lo que no quiere decir que yo esté totalmente seguro que han encontrado el camino. En la famosa entrevista, a la pregunta de por qué no estaba satisfecho, por el cambio del PCI, respondía: «Si existe una contradicción histórica entre los derechos de base liberal y la perspectiva socialista, entonces el PCI debe explicar su cambio de opinión y profundizarlo, en vez de limitarse a cambiar a sus progenitores». Naturalmente, aún habiendo estado siempre en discrepancia con los comunistas, de la misma manera he evitado el enfrentamiento faccioso, que no conduce a ninguna parte. En el mencionado artículo publicado en *Mondoperaio* escribí: «En estos últimos tiempos jamás oculté mi total desacuerdo con respecto a las requisitorias antiestalinianas, antitogliattianas, antisoviéticas en general, a las recriminaciones, proscipciones, reiterados procesos ficticios, las condenas de una historia terrible, de las cuales por lo demás hemos salido victoriosos». Y concluía: «Nunca he sido estalinista (...) Pero jamás se me cruzó por la mente tirar ni el más pequeño dardo que estuviere destinado no a formular un juicio histórico sino a alimentar una riña política».

Tú concluyes diciendo que con esta actitud mía, que pretende estar por encima de la disputa, termino provocando autocomplacencia en el PCI e irritación en el PSI. No es culpa mía, querido Pellicani, si se han vuelto tan irascibles. En estos últimos años, a partir del encuentro sobre el reformismo —en el que sostuve que «reformismo», no importa si fuerte o débil, no quiere decir absolutamente nada si no se explica claramente cuáles son las reformas por hacer, porque también los conservadores hacen reformas (jamás se han hecho tantas como en estos tiempos)— y hasta la entrevista sobre la Revolución Francesa, no he podido abrir la boca sin ser inmediatamente replicado o mal comprendido.

Reconozco tu buena disposición a hacer objeciones más que lanzar anatemas o a responder encogiendo los hombros. Ahora más que nunca tenemos necesidad de aclararnos recíprocamente las ideas e intercambiarnos con franqueza las opiniones sobre nosotros y sobre los demás. Mientras tanto, sin embargo, ante la manera en que se desarrolla la lucha política en Italia, especialmente en el ámbito de la izquierda, continúo prefiriendo, al menos para mí, el aislamiento antes que el enrolamiento en una parte o en otra. Cordiales saludos.

---

© *Mondoperaio*

Traducción de Jorge Tula



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

# Arbor

ENERO 1990

*Miguel A Quintanilla* Nota editorial

*Federico Mayor* En el 50º Aniversario del CSIC

*Emilio Muñoz Ruiz* CSIC, una síntesis de tradición y futuro. Media centuria en la balanza de la ciencia española

*Alejandro Nieto* El CSIC durante el periodo de la consolidación democrática

*Eduardo Primo Yúfera* Transición en el CSIC

*Carlos Sánchez del Río* La investigación científica en España y el CSIC

*Enrique Gutiérrez Ríos* El Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su gestación y su influjo en el desarrollo científico español

*Manuel Lara Tamayo* Recuerdos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en su 50º Aniversario

FEBRERO 1990

*Julio Abramczyk* Mario Bunge: un filósofo que defiende la idea del progreso científico

*Pedro Lain Entralgo* Augusto Pi Sunyer y la unidad funcional del organismo

*Manuel García Valarde* Una década de divulgación científica en España. La Barraca de la Ciencia

*Francisco Fernández Buey* Notas para el estudio de la difusión de la obra de Antonio Gramsci en España

*Julio R Villanueva* La Universidad en la encrucijada: la década de los 90

*José Rubio Carracedo* La ética ante el reto de la postmodernidad

*Anna Estany Goodman*, N y Elgin, C. *Reconceptions in Philosophy and Other Arts and Sciences*

*José L Luján López* Galton, Francis. *Herencia y eugenesia*

*José Sala Catalá* Sánchez Ron, J M. 1907-1987. *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después*

*Alberto Elena López Piñero*, J M., Navarro, V y Portela, E. *La revolución científica*

*Enrique Lewy Rodríguez* Palacios Bañuelos, L. *INSTITUTO-ESCUELA Historia de una Renovación Educativa*

MARZO 1990

*Pedro Salvador* La labor investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el cuatrienio 1984-87: un ensayo de valoración

*Natividad Carpintero Santemaria* La fisión nuclear y la Unión Soviética, 1949. Georgi Fierov, recuerdos de un científico

*Vicente Ortega* Algo más que ingenieros. Reflexiones sobre la formación en ingeniería

*León Olivé* Qué hace y qué hacer en la Filosofía de la Ciencia

*Manuel Calvo Hernando* Ciencia y periodismo en Europa y América

*Luis Garagalza Mayr*, F K. *La mitología occidental*

*Moisés González García* «TOMMASO Campanella *Mathematica*»

*Sebastián Álvarez Toledo* Reale, G y Antiseri, D. *Historia del pensamiento filosófico y científico*

*Eloy Rada* Hooke, Robert. *Micrografía. O algunas descripciones fisiológicas de los cuerpos diminutos realizadas mediante Cristales de aumento con observaciones y disquisiciones sobre ellas*

*SFC Gamella* Manuel Perques. *Tecnológicos e innovación empresarial*

DIRECTOR

*Miguel Angel Quintanilla*

REDACCION

Vitruvio, 8 - 28006 MADRID  
Telef (91) 261 66 51

SUSCRIPCIONES

*Servicio de Publicaciones del CSIC*

Vitruvio, 8 - 28006 MADRID  
Telef (91) 261 28 33

Arbor

ciencia

pensamiento

y cultura



# INCERTIDUMBRES DE UNA ERA DEMOCRÁTICA

*Leszek KOLAKOWSKI*

**A**l margen de las vicisitudes históricas de la palabra *democracia* y de sus usos espurios fraudulentos («democracia socialista», «democracia del pueblo», «democracia islámica»), podríamos decir que el concepto, como suele entenderse, comporta tres componentes.

Primero, pensamos en una serie de instituciones destinadas a asegurar que el poder y la influencia de las élites políticas correspondan a la cantidad de apoyo popular de que disfrutan.

Segundo, tomamos en cuenta que el sistema legal es independiente del poder ejecutivo; la ley actúa como un dispositivo intermediario autónomo entre el individuo o los intereses colectivos y el Estado, y no es un instrumento al servicio de las élites dirigentes.

Tercero, pensamos en barreras coercitivas erigidas dentro del sistema legal que garanticen la igualdad de los ciudadanos ante la ley y

los derechos personales elementales, que (aunque la lista es muy discutible) incluyen la libertad de movimiento, la libertad de expresión, la libertad de asociación, la libertad religiosa y la libertad de adquirir propiedades.

Estos tres componentes no están necesariamente ligados: pueden existir por separado: tanto desde el punto de vista conceptual como desde la perspectiva de la experiencia histórica. El principio del gobierno de la mayoría es insuficiente si vamos a distinguir entre democracia y olocracia (el gobierno del populacho). El principio del gobierno de la mayoría no constituye una democracia en sí mismo; sabemos de los regímenes tiránicos que contaron con el apoyo de la mayoría, como la Alemania nazi y la teocracia iraní. No podemos llamar democrático a un régimen en el que el 51% de la población puede linchar impunemente al restante 49%. Tampoco son suficientes el primero y el segundo componentes sin el tercero, como podríamos imaginar si existiera un régimen en el que los ordenamientos legales coercitivos y predecibles operaran sin asegurar la igualdad o los derechos personales.

### **Persistentes amenazas a la democracia**

Por mucho que quienes estamos comprometidos con la libertad aceptemos de buen grado el movimiento mundial que aspira al establecimiento o la restauración de las instituciones democráticas en los países comunistas, en las dictaduras militares, y en otras formas de la tiranía, vale más que no nos imaginemos que ya está asegurada la causa de la libertad ni que su victoria es inminente, pues existen varios factores, ahora y en el futuro previsible, que seguirán amenazando a las instituciones democráticas.

Entre esas amenazas se encuentra en primer lugar la languidecente, pero aún viva, fuerza del soviétismo. Nos damos cuenta, por supuesto, de la profunda crisis de las instituciones totalitarias: el fortalecimiento cada vez mayor de la sociedad civil en los países comunistas; la bancarrota económica, social y cultural del «socialismo real», y el derrumbamiento de la legitimidad ideológica de los sistemas de tipo soviético. Pero los tiempos todavía no están maduros para los ritos finales. Los cambios acelerados, indicadores de que los gobernantes mismos han perdido confianza en la vitalidad de sus regímenes (el síntoma más claro de la decadencia), han durado un tiempo muy breve y de ningún modo es seguro su desenlace. Hay razonables motivos para suponer que la *perestroika* en la Unión Soviética se desmoronará, lo cual podría significar una regresión política sobre cuyos carácter y alcance no tiene sentido especular. La expansión imperialista se erigió precisamente sobre los cimientos ideológicos del régimen soviético y la inequívoca renuncia a esta expansión requeriría una transformación ideológica que

es difícil de imaginar. El único rival potencial del marxismo leninismo —el chauvinismo de la Gran Rusia— significaría un peligro mortal para el Imperio si se estableciera como doctrina oficial e inflamaría, inevitablemente, aún más los nacionalismos de las poblaciones no rusas. Y no sabemos qué sucedería si el partido gobernante se enfrentara a una amenaza real de ser desplazado del poder. Sería prematuro redactar el obituario del comunismo.

Una segunda fuente de energía antidemocrática sería el avance del nacionalismo nocivo alrededor del mundo. Los sentimientos patrióticos en sí mismos no son incompatibles con una perspectiva democrática, mientras signifiquen una solidaridad favorable a la propia nación, la fidelidad a la herencia cultural nacional y a la lengua, y el deseo de tener una nación mejor y más civilizada. (El patriotismo quiere limpiar a la nación; el nacionalismo, blanquearla, decía Chesterton.) El nacionalismo es nocivo y hostil a la civilización cuando se mantiene a través de la creencia en la superioridad natural de la propia tribu y el odio a los demás; si busca pretextos, por tontos que sean, para extenderse en territorios ajenos y, sobre todo, si implica una creencia idólatra en la absoluta supremacía de los valores nacionales cuando chocan con los derechos de las personas que constituyen esa nación. No hay necesidad de demostrar que esta clase de nacionalismo rapaz y potencialmente totalitario está aumentando en varias partes del globo.

Un tercer factor antidemocrático son la intolerancia religiosa y las aspiraciones teocráticas. Ciertamente, la tendencia teocrática, que naturalmente desvanece la separación entre el Estado y la religión e insta un despotismo ideológico, de manera más clara y peligrosa se muestra activa en los países islámicos, donde hay motivos para suponer que aumentará. Los países islámicos, sin embargo, constituyen un gran segmento de la humanidad; mientras ninguno de ellos es totalmente democrático en el sentido occidental, difieren significativamente en el grado de intolerancia. Advertimos asimismo un aumento de las aspiraciones teocráticas entre algunos judíos de Israel. Análogas tendencias, hasta el momento, no parecen muy fuertes o peligrosas en el mundo de la cristiandad, pero sus semillas allí están y a veces muestran su vitalidad.

Una cuarta amenaza procede del terrorismo y la violencia criminal. El peligro no es que los terroristas y los traficantes de drogas tomen el poder en los Estados civilizados, sino que obliguen a los gobiernos democráticos a combatirlos —presumiblemente con el consentimiento popular— con medidas que violen los derechos humanos. Nadie, por supuesto, se opone a las revisiones de seguridad en los aeropuertos, y nosotros suponemos naturalmente que éstas no son más que una molestia trivial, el pequeño precio que hay que pagar por la relativa seguridad de los viajes. Pero estrictamente hablando estas revisiones implican que a cada uno de nosotros se le trata, sin ningún fundamento,

como sospechoso de terrorista. ¿Qué sucedería si la lucha eficaz contra terroristas y criminales llegara a requerir no sólo de pesquisas inciertas a gran escala sino de homicidios preventivos, la cancelación del principio «inocente hasta que no se le compruebe culpable», la proliferación de organización «vigilantes» privadas (que deciden hacer justicia por su propia mano), etcétera? Podríamos aceptar esas medidas bajo coacción cuando creamos que son necesarias para defender la democracia, pero no podemos creer que dejarán intacta la salud de la democracia.

El quinto peligro para la democracia, y virtualmente el más importante, podría venir de los cambios a largo plazo que prácticamente están afectando todas las partes de nuestro planeta. El acelerado ritmo del crecimiento económico durante las décadas de la posguerra ha producido —tanto en los países ricos como en los pobres— una mentalidad de expectativas sin fin. De alguna manera, nos hemos acostumbrado a la esperanza de que cada uno de nosotros va a tener más y más de todo en el indefinido futuro y a la firme creencia de que esto es lo que cada uno de nosotros se merece. Pero estas esperanzas están condenadas a terminar en una amarga frustración, al menos para la abrumadora mayoría de la gente.

La sobrepoblación, los recursos cada vez más raquíticos de las tierras cultivables y la falta de agua, y las catástrofes ecológicas, ciertamente obligarán a la humanidad en el futuro cercano a dedicar cada vez más esfuerzo y más dinero a reparar los daños ya producidos al medio ambiente y a evitar calamidades futuras. Esto no sólo conducirá a un mayor número de restricciones a nuestra libertad de movimiento y al derecho de propiedad. Terminará, sobre todo, en un desaliento de nuestras expectativas de «más y más» y, sin duda, en la exigencia de que reconozcamos que tenemos suficiente o, incluso, de que nos las tenemos que arreglar con menos, limitar nuestras necesidades, y aceptar una vida más modesta. Serán enormes la cantidad de frustración, la ira irracional, y la agresividad que estos imperativos van a causar, y afectarán por igual a ricos y a pobres. Porque el grado de frustración no depende del más alto nivel de satisfacción sino de la distancia entre ese nivel de satisfacción y nuestras necesidades subjetivas, y nuestras necesidades pueden acrecentarse en la interminable espiral de la codicia. Es difícil predecir qué expresión ideológica, qué otros canales, podría encontrar esta frustración, pero a fin de mitigarla y evitar que la sociedad se precipite en el caos o en las garras de una tiranía sin ley, es posible que serán necesarias muchas restricciones no democráticas.

La miseria diseminada por todas partes es un terreno fértil para la exitosa demagogia de los movimientos totalitarios y para la tentación de «resolver» los problemas sociales por medio de una dictadura militar. Muchas veces lo hemos visto, especialmente en América Latina y en

---

Africa. Si los países relativamente ricos se ven obligados a reducir las expectativas humanas —incluso sin crear miseria real— aumentará el peligro.

*Leszek Kolakowski*

Esto no quiere decir que la causa de la libertad esté perdida: hay indicios suficientes de que la gente no sólo necesita seguridad sino también libertad. Y no hay que olvidar que la libertad siempre es vulnerable, que su causa nunca es segura.

---

Traducción de Federico Campbell

---

E D I T O R I A L

**PABLO IGLESIAS**

---

# ALCANCE Y LEGADO DE LA REVOLUCION FRANCESA

---

M.<sup>a</sup> José Villaverde (comp.)

Roger Barny, Guy Chaussinand-Nogaret, Alan Forrest,  
François Furet, Jacques Godechot, Jean M. Goulemot, Norman Hampson,  
Manfred Kossok, Oruno D. Lara, Guy Lemarchand,  
Ted Margadant, Claude Mazauric, Denis Richet,  
Michel Vovelle.

214 págs.

1.600 ptas.

El coloquio internacional «Alcance y legado de la Revolución Francesa», organizado por la Fundación Pablo Iglesias y presidido en sus diferentes sesiones por Antonio Elorza, Pedro Ruiz Torres, Gonzalo Anes y Miguel Artola, reunió por primera vez a algunos de los más destacados representantes de las distintas corrientes interpretativas sobre la Revolución de 1789, cuyas ponencias e intervenciones se recogen en este volumen.

**Pedidos:**  
**EDITORIAL PABLO IGLESIAS**  
Monte Esquinza, 30 - 2.º  
28010 Madrid

**Forma de Pago:**  
Talón bancario o  
Giro postal



## LIBROS

### LA MORAL QUE NECESITAMOS

Miguel PORTA PERALES

Victoria Camps  
*Virtudes públicas*  
Editorial Espasa Calpe  
Madrid, 1990

Existe un evidente consenso cuando se trata de enumerar los rasgos característicos —o algunos de los rasgos característicos— de los tiempos que corren. La crisis de las ideologías fuertes, la socialdemocratización de la realidad, el pragmatismo, el culto al cuerpo y al dinero, la aparición de un pensamiento y unos valores débiles, la irrupción de discursos fragmentarios, la preocupación por el presente, etc., son algunos de estos los rasgos característicos que hoy dominan en nuestras sociedades capitalistas desarrolladas. ¿Qué posturas existen ante semejante realidad? Aun a riesgo de simplificación, podemos afirmar que son tres las posturas fundamentales: la crítica, la integrada y la tercerista. Los críticos lanzan sus prédicas contra estos tiempos débiles realmente existentes y se empeñan en recuperar unas ideas y valores que resultan caducos. Los integrados, por su parte, prefieren instalarse lo mejor posible en el laberinto en el que nos encontramos y, como mucho, aspiran a algún tipo de transformación gradual. Quedan, en fin, los aquí llamados «terceristas», aquellos que quieren construir/reconstruir un espacio crítico sin

caer en el anacronismo de los denominados «críticos» ni en la huida de los «integrados». Pues bien, *Virtudes públicas* —libro con el que Victoria Camps ha ganado el último Premio Espasa de Ensayo— pertenece, si no ando errado, a esta última postura, a la de los terceristas.

A Victoria Camps —al igual que a mucha gente, por cierto— no le gusta el presente. O no le acaba de gustar del todo. Nuestra autora cree que el ser humano anda demasiado confuso y desorientado, que es ya una urgencia y una obligación el «emprender algún proyecto común que dé sentido al presente y oriente el futuro». Y a esta empresa se dedica *Virtudes públicas*. Conviene aclarar, empero, que Victoria Camps ni desea ni se propone recuperar las viejas certezas y seguridades, pues *Virtudes públicas* sólo pretende ofrecer una serie de referencias (o de conceptos-referencia) que posibiliten la construcción de una vida abierta, plural, tolerante y digna. En el fondo, las virtudes públicas que ofrece la profesora de ética no son sino una suerte de balizas que sirven de guía e indican no tanto aquello que hay que seguir (aunque lo indican)

como aquello que no hay que hacer y/o seguir.

Vayamos ya, sin más preámbulos, a las virtudes públicas —que son «cualidades básicas del sujeto democrático», dice Camps— que se nos proponen. Son tres: la solidaridad, la responsabilidad y la tolerancia. La solidaridad, que nuestra autora entiende como condición de la justicia, consiste en «mostrarse unido a otras personas o grupos, compartiendo sus intereses y sus necesidades, en sentirse solidario del dolor y el sufrimiento ajenos». En cierta manera, la solidaridad viene a compensar las insuficiencias de una justicia que no llega. Y Victoria Camps es contundente al respecto: «mi objetivo es explicar la solidaridad como condición, pero, sobre todo, como compensación y complemento de la justicia». Y, cuidado, no se trata de la caridad cristiana, sino que se trata de una solidaridad que, por ejemplo, se practica a través de la fidelidad al amigo, de la comprensión del maltratado, del apoyo al perseguido, de la apuesta por determinadas causas aunque éstas sean impopulares, etc.

La segunda virtud —la responsabilidad— tiene que ver con la libertad o autonomía del individuo («sólo el ser libre es responsable», «sólo quien decide autónomamente prefiriendo una entre dos o más posibilidades está en

condiciones de responder de lo que hace»). Pero aquí el concepto de responsabilidad incluye también la capacidad de «comprometerse consigo mismo y, sobre todo, con otros hasta el punto de tener que responder de sus acciones». Y Victoria Camps va todavía más allá cuando habla de la «responsabilidad sin culpa», una responsabilidad que indica que ningún daño ha de quedar sin reparar sea quien sea (y si es que se conoce) el «culpable». En términos prácticos, la miseria, la degradación de la capa de ozono, las víctimas de accidentes o catástrofes, etc., han de ser reparadas —por una «responsabilidad sin sujeto»— aunque nadie sepa quién es el culpable.

La tolerancia, en fin, es la tercera de las virtudes públicas. Una tolerancia («virtud indiscutible de la democracia») que no significa otra cosa que la convicción de que nadie está en posesión de la verdad y la razón absolutas. En cierta manera, la tolerancia viene a reconocer y legalizar la diferencia y la diversidad como fundamento de cualquier sistema democrático. En cualquier caso, se trata de una tolerancia no absentista que ha de saber distinguir entre lo bueno y lo malo para la sociedad.

Victoria Camps, además de proponer las virtudes públicas para el mundo y la sociedad de hoy, reflexiona sobre dis-

tintas cuestiones: la profesionalidad; la necesidad de una buena y autoritaria (de autoridad) educación que contrarreste el sólo deseo del bienestar y que incluya el saber vivir con uno mismo y con los demás; el genio de las mujeres, donde reivindica la validez y lo valioso de una serie de valores femeninos; la búsqueda de una idea de identidad que no esté reñida con lo universal; y la tendencia —la «corrupción de los sentimientos»— a sucumbir a lo agradable e inmediato.

*Virtudes públicas* es un trabajo que —independientemente de las reflexiones y acotaciones filosóficas que se deslizan a lo largo del libro— tiene un par de virtudes indiscutibles: saber detectar la realidad de unos tiempos nada heroicos, y ser capaz de proponer unas ideas-guía (las virtudes públicas, precisamente) que hoy resultan ya poco menos que indispensables. En cierta manera —y en ello tiene razón Victoria Camps—, las virtudes públicas que se nos proponen no son otra cosa que los elementos constitutivos y definitorios de la moral del ciudadano en un país democrático. Y no sólo eso, sino que estas virtudes forman ya parte de lo que genéricamente podríamos denominar la Virtud de nuestro tiempo. Unas virtudes y una Virtud que —y la cosa es de agradecer— no caen en los tópicos *engagés* de hace unas

décadas. Por decirlo de otra forma, Victoria Camps no predica, razona. Y, por ejemplo, este razonamiento le lleva a proponer la solidaridad, pero no la «solidaritis»; le lleva a proponer la responsabilidad, pero no el compromiso a la Sartre; le lleva a proponer la tolerancia, pero no el pasotismo.

Por lo demás, *Virtudes públicas* sabe enfrentarse a una serie de nuevas cuestiones (las derivadas del cambio de

«época»: problemas ecológicos, problemas de miseria, marginación, etc.) que ya necesitan algún tipo de argumentación conceptual. Y —mérito del libro— esta argumentación se hace sin ningún tipo de demagogia y sin ninguna concesión a la galería. Quizá Victoria Camps tenga excesiva fe en los nuevos movimientos sociales (aunque la crítica implícita a determinado feminismo es brutal), quizá espere demasiado de la democracia

(que a fin de cuentas no garantiza nada más que la mediación entre las partes), quizá sus deseos de que la gente vaya más allá del ansia del bienestar sean demasiado «fuertes» (aunque mucha gente encontrará que este libro es demasiado «débil»), pero en cualquier caso *Virtudes públicas* es uno de aquellos libros que tienen la virtud (y el uso del término no es precisamente casual) de abrirnos hacia un futuro más digno. O menos indigno. ■

## RESISTE, QUE ALGO QUEDA

Luis GATT

---

James D. Wilkinson  
*La resistencia intelectual en Europa*  
Fondo de Cultura Económica  
Madrid, 1989

**D**espués del nihilismo y la indiferencia en que se habían sumido los intelectuales europeos durante los años de entreguerras, la participación y el compromiso moral con la Resistencia que adoptaron en los años de expansión nazi aparece casi como un respiro. La Resistencia como «heredera de la Ilustración», como representante de la esperanza, la razón y la moral se convierte así en la reivindicadora de aquella Europa de la primera mitad del siglo como cuna de una sociedad decadente, guiada por un espíritu desesperado, escéptico y relativista.

La historia de la Resistencia es la historia de los hombres y las mujeres que abandonaron su letargo nihilista para unirse y enfrentarse al fascismo, es la saga de los

que no cesaron en la lucha por recuperar el orgullo y la libertad pisoteada. «Es posible tener razón —descubre Camus con desilusión— y sin embargo ser vencidos, la fuerza puede superar al espíritu».

La primera reacción de los intelectuales resistentes fue de impotencia ante una sociedad pasiva y un violento control fascista de cualquier forma de disidencia, y sin embargo ese sentimiento pronto se transformó en uno de entrega y de lucha, «es entonces cuando el verdadero humanista reconoce su papel. Negándose a ceder, opone a la fuerza bruta otro poder invencible: el del espíritu». André Gide —autor de estas palabras—, como tantos otros escritores y pensadores que habían seguido el proceso político con pasiva indiferencia

o incluso con desdén, que habían rechazado el sistema parlamentario y la «cultura burguesa», y que habían, por lo tanto, colaborado indirecta e insospechadamente con el triunfo fascista, se sometió durante los treinta a un intenso período de cuestionamiento y a un largo y penoso examen de conciencia, antes de comprometerse directa e irreversiblemente con la lucha política.

En realidad *La resistencia intelectual en Europa* es un libro mucho más específico de lo que su título haría suponer. James D. Wilkinson, joven profesor de historia en Harvard, dirige su interés hacia una generación de intelectuales de determinada inclinación política en un grupo específico de países. El resultado es el análisis de una veintena de escritores y pensadores franceses, italianos y alemanes de la izquierda no comunista que contaban durante la guerra con una edad aproximada de entre veinticinco y cuarenta años.

Para todos estos personajes —de entre los cuales podríamos destacar a Camus, Sartre, Beauvoir, Böll y Pavese—, la guerra sirvió como catalizador: les dio la oportunidad de transformar sus ideales éticos en realismo político y los sacó de su aislamiento para convertirlos en «intelectuales comprometidos».

Los resistentes de los tres países se involucraron de manera distinta en la lucha libertaria y en diferentes relaciones con el nazismo: en Francia, como ciudadanos del país enemigo derrotado y ocupado, pertenecer a la Resistencia era un deber patriótico y a la vez un gesto ideológico; en Italia, donde el pueblo —a pesar de ser un aliado formal del Reich— se «sentía» ocupado, la resistencia podía significar tanto una posición nacionalista como simplemente una manifestación de determinada postura política; en Alemania, en cambio, como hijos desafortunados del poder maligno, los resistentes no eran otra cosa que traidores al *Vaterland*, a la Patria de sus antepasados.

Una meta común identificaba, sin embargo, a estos intelectuales: todos estaban enfrascados en la misma búsqueda de ideales que se opusieran al fascismo y que sirvieran al mismo tiempo de base efectiva para profundas transformaciones sociales y políticas una vez terminada la guerra. «Los hombres de la Resistencia —declaraba la revista *Combat* en 1943— serán los constructores de una nueva Europa mañana». Optimista visión de un futuro que resultó no ser tan satisfactorio para las aspiraciones de los resistentes.

A diferencia de los activistas de la Resistencia co-

munista, los intelectuales elegidos por Wilkinson evitaban por lo general la acción política directa, utilizando por armas el papel y la pluma, y adoptando una actitud de oposición y protesta contra el nazismo. Su misión fundamental fue la de informar, concientizar y politizar a sus respectivas sociedades. Sus ideales cumplieron su propósito durante la guerra, pero no estaban hechos para provocar el cambio que anhelaban una vez derrotado el fascismo. La situación cambió de curso y los intelectuales no. En parte por eso se vieron relegados rápidamente por las posiciones más activas y pragmáticas de resistentes como De Gaulle. Los intelectuales franceses fueron más activos y más numerosos que sus colegas italianos y alemanes. Esto podría explicarse nuevamente por el carácter abiertamente nacionalista de la Resistencia francesa a diferencia del carácter más puramente ideológico de las otras dos.

El caso de los alemanes —el más inconsistente y escaso de los tres— presenta características muy particulares que merecen un análisis por separado. En primer lugar, dado que un buen porcentaje de los intelectuales eran de origen judío y/o de filiación socialista, y que la política era de mucho menos tolerancia que en los regímenes fascistas francés e italiano, la emigración estuvo a

la orden del día desde 1933. Esta sangría de escritores y pensadores alemanes —que incluyó nada menos que a toda la familia Mann: Thomas, Heinrich, Klaus, Erika y Golo—, a pesar de que se enfrentaban al nazismo desde Suiza o los Estados Unidos, dejó en una situación débil a la Resistencia en Alemania. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, fue muy difícil para los pequeños grupos disidentes restantes enfrentarse al inmenso aparato propagandístico del Estado totalitario nazi. La filosofía de Rosenberg y los discursos de Hitler —acompañados de banderas rojinegras, cantos y una febril histeria— podían más que unos cuantos panfletos.

Las metas de los intelectuales y las razones por las cuales no pudieron alcanzarlas en la posguerra, dependen de las circunstancias en las que se llevó a cabo la liberación de cada país. El común denominador que une a los resistentes bajo esta nueva situación —una vez terminada la guerra— es ahora el sentimiento de inseguridad y desasosiego producidos por el estira y afloja de la política práctica, de las elecciones y las campañas, de la democracia y el pluralismo. Aquel magnífico idealismo de la guerra, en donde la política se reducía a la decisión elemental de pro y contra —o se estaba a favor

del fascismo o se le repudiaba—, había terminado. Los intelectuales se encontraban ahora con los complejos conflictos que representaba la paz y con la maraña de opciones que trajo consigo la reestructuración fría de la guerra, y se dieron cuenta de su inhabilidad para enfrentar la nueva situación, de su torpeza a la hora de poner en práctica medidas concretas.

James D. Wilkinson analiza con mucho tino y precisión el peregrinaje ideológico de una generación de escritores y pensadores europeos que los llevó del aislamiento espiritual del período de entreguerras, a través del compromiso intelectual y emocional durante la guerra, hasta el fracaso y la desilusión en la posguerra.

La tesis de Wilkinson resulta más convincente en el caso de Francia —alrededor del cual parece estar construida— que en el de Alemania o Italia. En el caso alemán, por ejemplo, parece haber más un contraste que una continuidad en la posición idealista de los resistentes durante y después de la guerra. Los intelectuales alemanes, cuyas ambiciones de influencia en la posguerra eran desde el inicio bastante más limitadas que las de los resistentes italianos y franceses, tuvieron que enfrentarse además a dos fenómenos sin analogía en los

otros países europeos: el «milagro económico» —que recuperó tan rápidamente el nivel de vida de la población— y, en especial, la ocupación extranjera. Ambos factores minaron la legitimidad del papel de los resistentes en el juego político de la posguerra. Otro acontecimiento de suma importancia —al cual, extrañamente, el autor presta poca atención— es la partición de Alemania con la consecuente división de las fuerzas socialistas resistentes entre dos territorios que seguirían por muchos años caminos distintos.

En Italia, en donde por razones oscuras el régimen fascista permitió mayor libertad de acción a la oposición y donde, por lo tanto, pudo surgir con más facilidad un liderazgo intelectual de la Resistencia después de la liberación, la incapacidad e ineffectividad de la izquierda no comunista —que aglutinaba a los resistentes— hizo fracasar las esperanzas de lograr una influencia palpable en el desarrollo de la inmediata posguerra. Prueba de ello es el fracaso del gobierno de Parri en 1946.

Las metas de los resistentes en la posguerra no eran erróneas, eran incompatibles con la nueva situación. Los hombres que lograron finalmente tomar el poder —De Gaulle, Adenauer, De Gasperi— no son intelectuales en el sentido en que Vittorini y

Böll lo son, y su obra no es inmortal en el sentido en que lo es la de Sartre, pero tenían ideas concretas que supieron implantar con flexibilidad, tenían un espíritu pragmático que, a la hora de la definición, demostró su supremacía.

A lo largo de su trabajo, Wilkinson plantea una pregunta fundamental: ¿cuál es la relación entre el intelectual y su sociedad y hasta qué punto debe intentar éste moldearla? Esto abre una serie de preguntas más específicas: ¿son los intelectuales una clase aparte, que responde tan sólo a sus propias inquietudes estéticas? ¿Es su visión del mundo tan alejada siempre de lo cotidiano? O, en cambio, ¿se sumergen en su sociedad en una misión mesiánica, convirtiéndose en

la conciencia de su pueblo? Finalmente: ¿son líderes natos, destinados no sólo a crear las ideas que transforman a la sociedad, sino a llevarlas a cabo?

*La resistencia intelectual en Europa* parece, por momentos, la historia de cómo influyó la guerra en los intelectuales, y no la historia —que estaba destinada a ser— de cómo los intelectuales influyeron en la guerra. «La guerra —escribía Pavese en 1944— intensifica la experiencia de vida porque moldea los sentimientos internos de todos». Sin embargo, la simbiosis es magnífica, y de pronto nos percatamos de que ambas relaciones son ciertas e inseparables, la retroalimentación es fundamental: Pavese dejó

tanta huella en la guerra, como la guerra en Pavese.

La Resistencia obtuvo su principal inspiración de la confianza de influir en la guerra, de detener y transformar el proceso decadente que encarnaba el fascismo. Su legado más valioso es espiritual, no práctico: representa el compromiso con la libertad individual y la justicia social —basado en la esperanza, en la razón y en firmes normas éticas— en una época de desesperanza y aquiescencia.

«Esta generación, dentro de ella y más allá —dijo Albert Camus en 1957—, ha tenido que recuperar tan sólo por medio de la resistencia un poco de lo que da dignidad a la vida y a la muerte.» ■

## LAS «LEYES» DE LA DEMOCRACIA

Miguel PORTA PERALES

---

Josep M. Colomer  
*El arte de la manipulación política*  
Editorial Anagrama  
Barcelona, 1990

Con cierta frecuencia el ciudadano dice no entender ni la política ni a los políticos. ¿Qué es lo que no entiende el ciudadano? Varias cosas. Por ejemplo: que el político se alfe y pacte con el demonio, que sea capaz de cambiar de idea en un corto espacio de tiempo, que parezca no tener más táctica que la componenda, que no cumpla sus promesas, etc. En resumen, y para muchos ciudadanos, el político no es sino un farfante. Y, por supuesto, la política no sería otra cosa que

una farsa. Y este par de «verdades» tienen su corolario: mejor desconfiar de la política y de los políticos. En fin, y más o menos, el conocido desencanto.

*El arte de la manipulación política* —libro con el cual Josep M. Colomer, profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Barcelona, ha obtenido el XVIII Premio Anagrama de Ensayo— es un trabajo que viene a desvelar el funcionamiento de la política y la democracia realmente existentes. Y el

trabajo viene a desvelar también, según creo, que las «verdades» anteriormente enunciadas (pactismo, transfugismo, ideológico, componendas, etc.) son poco menos que inevitables e, incluso, pertenecen al reino de lo menos malo posible.

Basándose en la teoría de los juegos, y tomando prestados algunos ejemplos concretos de la transición española, Josep M. Colomer pone en evidencia el cómo y el porqué de las decisiones políticas en las democracias realmente existentes. Y no sólo eso, sino que el politólogo catalán —de quien se recomienda la lectura de su libro *El utilitarismo. Una teoría de la elección racional*, que está en una línea similar a la del presente ensayo— evidencia una serie de «leyes» que son las que de una u otra forma rigen y/o gobiernan en nuestras democracias. «Leyes» que, según afirma el autor, pueden parecer «inverosímiles», pero «leyes» que son verificables. ¿Algunos ejemplos? Los siguientes: una decisión colectiva entre distintas opciones puede depender de alternativas irrelevantes; la participación en una acción política no depende de si la gente está convencidamente a favor o en contra de los objetivos que la acción pretenda alcanzar o de lo legítimos que los considere, sino que depende también de las iniciativas positivas y de la di-

suasión negativa del acto mismo de participar; diferentes modos de votación producen diferentes resultados en un mismo colectivo de votantes; en algunas situaciones en las que interactúan diversos actores políticos, la opción que se impone no cuenta con el apoyo unánime y sincero de quienes abiertamente la aceptan, sino que es un resultado mixto y oculto de las opciones de los diversos actores; una minoría de electores puede convertirse en una mayoría parlamentaria y de gobierno —e imponer su punto de vista unilateral— mediante un sistema electoral adecuado, etc.

Quizá alguien piense que estas «leyes» son la prueba más contundente de que algo anda mal en nuestra democracia de cada día, que una democracia de este corte y calibre no hace sino falsear la voluntad popular y que, en fin, los políticos son unos seres con vaya usted a saber qué intereses ocultos a defender.

*El arte de la manipulación política* viene a demostrar (o mejor, a constatar) que en política (y, por cierto, en cualquier actividad humana) los resultados alcanzados raramente coinciden con los deseos, que en política el conjunto de acciones individuales da lugar a consecuencias no buscadas ni deseadas, que en política —el

arte de mediar entre las partes, no hay que olvidarlo— hay que renunciar a determinadas satisfacciones para así poder realizar otras. Y el libro demuestra/constata también que en política (y en democracia) el modo de decidir (el sistema de votación, el procedimiento de decisión) condiciona y determina lo que se decide.

Llegados a este punto es poco menos que obligado el preguntarse por la bondad —por la ética, por la virtud— de la democracia y de la política. Quien ello pregunte encontrará en el libro la respuesta adecuada: la democracia y la política sirven —y a fe que no es poco— para «coordinar intereses» y para producir «decisiones colectivas provisionales que, precisamente por serlo, los ciudadanos pueden aceptar como sustituto de la confrontación civil». Y aún hay más: la democracia es preferible a cualquier otro sistema porque «no impide la equivocación, el cambio de opinión y el pacífico derrocamiento de los gobernantes, aunque no dé seguridad de conseguirlos».

A *El arte de la manipulación política* —libro que, por lo demás, ofrece una auténtica e interesante historia y/o radiografía de la transición, así como una reflexión sobre la creciente complejidad de la sociedad española— se le podría hacer, quizá, la típica ob-

jeción que los filósofos analíticos de la historia hacen a los historiadores: la de jugar con cierta ventaja al interpretar el pasado cuando éste ya ha sido desvelado. En cualquier caso, y aunque en algún caso concreto ello podría ser cierto, no es menos cierto que el «modelo» (o los «modelos») de interpretación de Colomer no se resiente por esta hipotética objeción. A lo sumo habría que cambiar el sentido de algunas variables o de algunos vectores, pero el «modelo» (o la técnica de interpretación) se-

guiría siendo, creo, fiable. Tan fiable que puede ser aplicado a varias realidades distintas (y más recientes por desvelar) a la de la transición española (de hecho, Colomer aplica la ciencia política que emana de este libro— a una serie de acontecimientos post-transición como el llamado laberinto vasco, el «relevo» —la «sisa», dice Colomer del alcalde Barranco, etc.).

Es posible que el lector de *El arte de la manipulación política* piense que la política

y la democracia realmente existentes son incapaces de generar grandes entusiasmos. Es posible que algún lector tenga la impresión de que en política el vicio se transforma en virtud. De acuerdo. Todo ello es —o puede ser— cierto. Pero, ¿acaso existe alguna otra opción mejor o menos mal? A fin de cuentas —y como dice nuestro autor en un libro lúcido, documentado e irónico que tiene la virtud de no ofrecer valoraciones morales— es «preferible contar votos que cortar cabezas». Nada que objetar. ■

## VIOLENCIA Y SOCIEDAD PATRIARCAL

Virginia MAQUIEIRA  
Cristina SANCHEZ

---

Varias autoras  
*Violencia y sociedad patriarcal*  
Editorial Pablo Iglesias  
Madrid, 1990

**L**a decisión de la Fundación Pablo Iglesias de auspiciar un espacio de debate y crítica feminista posibilitó la realización del curso *Violencia y Sociedad Patriarcal* durante la primavera de 1989, y la publicación del mismo en este volumen que presentamos.

La elección del tema y organización del curso obedeció a la necesidad de proporcionar una reflexión teórica acerca de los complejos mecanismos mediante los cuales se genera y reproduce la violencia contra las mujeres en nuestra sociedad. La brutalidad de los sucesos que van emergiendo, especialmente en sus formas de violencia doméstica y sexual, y que conmueven —aunque no

siempre— la placidez auto-complaciente de la sociedad democrática, hacen visible la existencia de un sistema de dominación patriarcal. Sin embargo, la elaboración ideológica que justifica u otorga el consentimiento silencioso convierte estos hechos en fenómenos aislados, esporádicos y producto de situaciones individuales específicas.

La cultura patriarcal ha ido tejiendo minuciosamente un denso entramado de conceptualizaciones mediante el cual las relaciones sociales de desigualdad son, entre hombres y mujeres, interpretadas como producto de características biológicas y/o psicológicas de los seres humanos. La inversión del razonamiento desplaza el análisis

de lo construido socialmente a los individuos aislados intentando justificar, por un lado, la inevitabilidad de las relaciones desiguales y, por otro, la intervención individualizada sobre la «anomalía». En ambos casos queda intacta —por inevitable, oculta o distorsionada— la estructura social de desigualdad y, por tanto, la violencia y sus formas de operar y perpetuarse.

Por este motivo se hacía necesaria una aproximación teórica al fenómeno de la violencia como producto estructural. Este planteamiento suponía desarrollar nuevos marcos teóricos y metodológicos que permitieran redefinir el propio concepto de violencia, analizar el sistema que la genera así como descubrir los diversos ámbitos, relacionados entre sí, en los cuales se articula la violencia que sufren las mujeres y las diversas formas de ejercerla. No sólo las crudamente ostensibles sino también las más sutiles y soterradas.

Los objetivos del curso requerían de manera inexcusable la aportación desde diversas disciplinas. Sin embargo, existía también como objetivo implícito avanzar en la construcción de un discurso interdisciplinar. Esta perspectiva supone superar la fragmentación de los saberes y la búsqueda imaginativa de un nuevo tipo de producción teórica en la cual las diversas

disciplinas se desplazan desde sus objetos y métodos específicos para el logro de nuevas totalizaciones que no están dadas de antemano. La búsqueda de este objetivo está estrechamente unida a la crítica feminista del pensamiento y la producción científica. El feminismo supone la emergencia de un nuevo sujeto histórico y también de un nuevo sujeto de conocimiento que plantea, desde sus propios objetivos y necesidades, una crítica a los significados y enclaves desde donde se producen los saberes vigentes. A su vez, la crítica epistemológica se transforma en un problema ético-político por cuanto la crítica teórica no pretende desvincularse de los objetivos emancipadores del feminismo, articulando así una nueva relación entre teoría y praxis. Quizá este desafío sólo se puede lograr abandonando el exilio de la realidad y retornando a sus problemas. La violencia en una sociedad patriarcal es, sin duda, uno de ellos. Pero también exige un gran esfuerzo y rigor teórico; los trabajos publicados en este volumen son un ejemplo de ambas cualidades.

Los ensayos que aquí se publican tienen como nexo común analizar la violencia contra las mujeres como un fenómeno estructural inherente a la hegemonía patriarcal. El patriarcado, como todo sistema de dominación,

expresa y reproduce la desigualdad delimitando espacios jerárquicos dotados de significación que operan como barreras que incluyen o excluyen a los grupos subordinados. En este sentido se hace patente en los textos el constreñimiento de las mujeres a lugares no elegidos por ellas mismas. Estos espacios, tanto físicos —la casa, determinadas zonas de las ciudades, ámbitos específicos de trabajo— como simbólicos —esfera privada, la naturaleza, intimismo, figuras míticas, etc.—, se crean y definen por oposición a los espacios de reconocimiento y poder del colectivo genérico de los varones. De este modo se entiende la violencia patriarcal como la misma codificación y asignación de espacios a las mujeres que genera, a su vez, violencia represiva toda vez que se intenta reubicarlas en el orden instituido.

Otra línea argumental relacionada con lo dicho anteriormente, y que recorre las elaboraciones de la mayoría de los trabajos, se refiere al análisis de la violencia como imposición de modelos socioculturales por parte del grupo dominante. Violencia que se invisibiliza y promueve la eficacia del silencio y la omisión para su perpetuación estructural en las sociedades democráticas. Los estereotipos de género son analizados como un mecanismo concomitante de

aquella imposición porque fijan el lugar de hombres y mujeres y clasifican sus funciones impidiendo el libre desarrollo y expresión de las personas y los grupos. La jerarquización implícita en los estereotipos de género se implanta progresivamente en la subjetividad a través de los complejos y minuciosos mecanismos de la socialización y, al mismo tiempo, el carácter normativo que suelen adquirir regula y legitima la interacción desigualitaria entre los grupos.

La inquietud en torno al cambio de la situación de las mujeres estuvo presente a lo largo del curso tanto en las intervenciones de las ponentes como entre el público asistente. En los trabajos de las autoras el cambio se plantea desde diversas perspectivas, y a través del análisis de sus posibilidades e impedimentos se recogen algunos de los problemas teóricos desarrollados.

Una primera aproximación se abre a partir del análisis del cambio legislativo operado en el Estado español en la década de los ochenta y el desarrollo de iniciativas institucionales para sancionar y paliar, respectivamente, la violencia doméstica que sufren las mujeres. A pesar de estos avances la lentitud y discontinuidad del cambio se pone de manifiesto en las diversas aportaciones. Al margen de la necesidad de

profundizar y perfeccionar las respuestas institucionales, se plantea como un problema clave que obstaculiza el cambio la no aplicación de la normativa legal vigente. Se pone de manifiesto la pasividad de jueces y fiscales en la represión de los agresores y, por el contrario, la discriminación hacia las mujeres en materia sexual que contienen determinadas sentencias producidas el pasado año. Estos hechos encuentran un marco interpretativo en el análisis de los procesos ideológicos que intervienen en la tarea de enjuiciar. El peso de los estereotipos vigentes, la propia conceptualización de la conducta agresiva y, en general, la reacción que produce que las mujeres se muevan de los espacios codificados por la ideología patriarcal, intervienen en los criterios que se adoptan para calificar un hecho como agresión.

Unido a este proceso bloqueador del cambio, se abre otra vertiente de análisis que pone de relieve la penetración del discurso de la igualdad de la mujer pero que, sin embargo, no se corresponde con el comportamiento de las/los actoras/es sociales. El análisis de las representaciones sociales y las ideologías subyacentes con respecto a las agresiones y malos tratos que se ejercen sobre las mujeres en el seno de la pareja revelan las contradicciones de nuestro pre-

sente. La eficacia en la interiorización del modelo de jerarquización entre los géneros produce en las mujeres ansiedades, resistencias y temores como consecuencia de la dificultad de alterar el modelo impuesto y generar una alternativa congruente con el discurso racional.

Nuevamente aquí los textos de las autoras se entrelazan en el análisis de las profundas raíces de esta dificultad haciendo patente la articulación pública y privada de una estructura social que contrarresta todo optimismo fácil y superficial.

En los trabajos que aquí se publican quedan claramente analizadas las consecuencias dramáticas que tienen para las mujeres la adaptación en la subordinación y por tanto aceptar y someterse a las diversas formas de violencia. Pero también queda claro el precio de la transgresión. Los grupos dominantes conceptualizan la transgresión como alteración del orden establecido y por tanto se generan y legitiman nuevas formas de violencia que recaen sobre las mujeres encaminadas a restituir el orden.

No obstante, es indudable la impugnación del orden establecido por colectivos de mujeres que transgreden la asignación patriarcal que les arrebató la palabra. El análisis de algunas de estas

formas de contestación en la ciudad ponen de relieve los elementos de cambio que presentan los modelos alternativos elaborados desde las propias mujeres y consiguientemente la movilidad de las construcciones de género. Se plantea desde esta perspectiva que las propuestas de cambio provienen de colectivos marginales por cuanto sus planteamientos no concuerdan con los generales, no representan la norma y porque se expresan desde fuera del sistema aprovechando y transformando los

espacios no previstos para las mujeres.

Esto remite a otra línea de debate abierta durante el curso. En cierto sentido todas las iniciativas y proyectos que moviliza el feminismo pueden ser considerados como marginales. Porque suponen para las mujeres —aún dentro de la diversidad y pluralismo de las propuestas— el cuestionamiento del sistema establecido y ganar y transformar los espacios de los cuales han estado excluidas desde siempre. Sin embargo, la asigna-

ción a la marginalidad y el peligro de permanecer en ella es uno de los grandes desafíos que se le plantean al feminismo como discurso y movimiento emancipatorio.

Y en ese camino para deestructurar la sociedad patriarcal también tendrá que lograr la reconceptualización de la violencia. Esperamos que este libro contribuya a ambas tareas. ■

---

(Del prólogo al libro *Violencia y sociedad patriarcal*.)



# Leviatán

Revista de hechos e ideas

## NUMERO 39 (Primavera 1990)

**Enrique Barón, Max Gallo, Enrique Curiel, Elena Flores:** *El futuro de Europa.* **André Gunder Frank:** *La revolución en la Europa del Este.* **Celestino del Arenal:** *La política española en América Latina.* **Juan Barranco:** *Grandes ciudades: reto y esperanza.* **Francisco Cánovas:** *Cultura, economía y mecenazgo.* **Giancarlo Bosetti:** *Entrevista con Norberto Bobbio.* **Luis Solana, Javier Nadal, Miguel Angel Quintanilla:** *Progreso y nuevas tecnologías.* **Enrique Múgica:** *Socialismo democrático: tradición y alternativas.* **Antonio Santesmases:** *El mosquito y el elefante.* **Michel Rocard:** *El fin del mesianismo.* **Miguel Porta:** *Tesis para una izquierda posible.*

## NUMERO 38 (Invierno 1989)

**Ramón Vargas Machuca:** *Reformismo con reformas.* **Andrés de Blas:** *La izquierda española ante las tensiones secesionistas.* **Gabriel Jackson:** *Prever y planificar el futuro.* **Jean Elleinstein:** *La vía del socialismo democrático para la URSS.* **Manuel Guedan:** *La cooperación internacional para el desarrollo.* **Julio Rodríguez, Ludolfo Paramio, Luis Ortega:** *El Estado en la estrategia socialista.* **Alfonso Guerra:** *Un proyecto para Europa. Resolución de la Unión de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea.* **Willy Brandt:** *La Internacional Socialista ante el nuevo milenio.* **Ludolfo Paramio:** *Los principios del socialismo democrático. Declaración de principios de la Internacional Socialista.*

## NUMERO 37 (Otoño 1989)

**José M.<sup>a</sup> Maravall:** *Valores democráticos y práctica política.* **Manuel Chaves:** *Los sindicatos en la sociedad industrial desarrollada.* **Enrique González Pedrero:** *Memorándum sobre América Latina.* **Benjamín Arditi:** *Adiós a Stroessnes.* **Elías Díaz, Ramón Vargas Machuca, Antonio Santesmases, Raimon Obiols:** *Las señas de identidad del socialismo.* **Salvador Clotas:** *Las transformaciones del socialismo.* **Ludolfo Paramio:** *La crisis del Estado providencia.* **Luciano Pellicani:** *Sobre el mito de la Revolución.* **Miguel Porta:** *El socialismo del futuro.* **Miguel Porta:** *Capitalismo y paro.*

### NUMERO 36 (Verano 1989)

**José María Benegas:** *Ofertas políticas para fin de siglo.* **Enrique Barón:** *El horizonte 92 y la izquierda.* **Emile Noel:** *El Acta Unica europea: significado y perspectivas.* **Pierre Maillet:** *¿Cómo llegaremos al 92?* **Antonio Pérez Calvo:** *La dinámica política y el proceso autonómico.* **Giorgio Napolitano:** *La izquierda en Europa occidental.* **José Luis Buhigas, Enrique Barón, Manuel Azcárate:** *¿Qué proyecto político europeo?* **Willy Brandt:** *El nuevo proyecto del SPD.* **Joaquín Calomarde:** *El socialismo en la crisis de la modernidad.* **Carlos Pereyra:** *La cuestión democrática.* **María Teresa Virgili:** *La perestroika económica y el estamento militar soviético.*

### NUMERO 35 (Primavera 1989)

**Tatiana Pipan:** *La huelga de Narciso.* **Paolo Sylos Labini:** *Una estrategia común contra el desempleo.* **José María Maravall:** *Las razones del reformismo. Democracia y política social.* **Raimon Obiols:** *Un proyecto socialista. Desarrollo, libertades y federalismo.* **Vicent Garcés:** *La política internacional y la izquierda.* **Antonio Gambino:** *Entrevista con Bruno Trentin.* **Salvador Gines, Joaquín Leguina, José F. Tezanos:** *Transformaciones sociales y apoyos estratégicos del proyecto socialista.* **Adela Cortina:** *Por una ilustración feminista.* **Norbert Lechner:** *El realismo político, una cuestión de tiempo.*

### NUMERO 34 (Invierno 1988)

**Justo Zambrana:** *¿Es regresiva la política económica del PSOE?* **Pere Vilanova:** *La política de Defensa de España y Francia.* **Héctor Aguilar Camín:** *México: la reforma de los electores.* **Jean-Pierre Cot:** *La izquierda y la derecha en el Parlamento europeo.* **Antonio Missiroli:** *SPD: radiografía de un partido.* **Francisco J. Laporta:** *Violencia, nación, autodeterminación.* **Juan María Bandrés:** *¿Existe una justificación moral de la violencia en la política?* **Miguel Angel Quintanilla:** *Reflexiones acerca de la maldad del poder y la impureza de la política.* **Benjamín Arditi:** *Romanticismo y sectarismo en el imaginario de las izquierdas.*

Suscripción anual: 1.400 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

**Redacción y Administración:**

**Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid**



**NOVEDAD**

**ULTIMOS LIBROS PUBLICADOS**

Ramón García Cotarelo, *Los Partidos Políticos*.  
Paul Preston, *Las derechas españolas en el siglo XX*  
Alfonso Guerra y otros, *El futuro del Socialismo (Jávea I)*  
José Félix Tezanos (Ed.), *La democratización del trabajo*

Varios autores, *Nuevos Horizontes Teóricos para el Socialismo (Jávea II)*  
Varios autores, *El nuevo compromiso europeo (Jávea III)*  
Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos Movimientos Sociales*  
Adam Schaff, *Perspectivas del Socialismo Moderno*  
Oscar Lafontaine, *La Sociedad del Futuro*

**FUNDACION SISTEMA**

C/ Fuencarral, 127, 1.º 28010 MADRID  
Teléfs. 448 73 19 y 48 73 39



# Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30  
28010-MADRID

## TARIFA 4 NUMEROS:

España .....	1.400 ptas.
*Europa .....	2.100 ptas.
*América .....	3.100 ptas. (\$20.00)

\* Por correo aéreo.

Nombre \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ D. P. \_\_\_\_\_

Provincia \_\_\_\_\_

Suscripción a LEVIATAN números

FORMA DE PAGO:  Adjunto talón.

Giro postal n.º

Nombre \_\_\_\_\_

Dirección \_\_\_\_\_

Ciudad \_\_\_\_\_ D. P. \_\_\_\_\_

Provincia \_\_\_\_\_

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



# Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30  
28010-MADRID

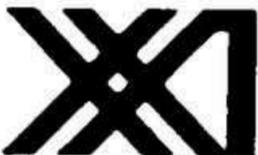
## TARIFA 4 NUMEROS:

España .....	1.400 ptas.
*Europa .....	2.100 ptas.
*América .....	3.100 ptas. (\$20.00)

\* Por correo aéreo.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS

  
Siglo veintiuno  
de España  
Editores, sa

GERALD A.  
COHEN

LA TEORIA DE  
LA HISTORIA  
DE KARL MARX  
UNA DEFENSA

E D I T O R I A L  
LABIO IGLESIAS

  
Siglo veintiuno  
de España  
Editores, sa

**LA TEORIA DE LA HISTORIA DE KARL MARX**

**Gerald A. Cohen**

405 págs.

2.000 ptas. (IVA)

*La teoría de la historia de Karl Marx* es un libro fundamental en la historia del pensamiento marxista y uno de los pocos textos absolutamente imprescindibles para el estudio de la obra de Marx. En primer lugar, supone una brusca ruptura con la tendencia dominante en lo que Perry Anderson llama el «marxismo occidental». Lejos de reinterpretar a Marx en términos próximos al idealismo, lejos de hacer hincapié en cuestiones de metodología o filosofía, Cohen trata de subrayar el aspecto esencialmente materialista de la obra de Marx, su creencia en el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas y, subsiguientemente, del carácter de las relaciones de producción. Junto a esta vigorosa reafirmación del materialismo, su análisis se aleja de lo tradicional por desarrollarse en términos de extrema claridad, más próximos a la tradición de la filosofía analítica que a las habituales oscuridades de las posibles variantes de la dialéctica hegeliana. Y, por último, la justificación del razonamiento de Marx en términos de explicación funcional ha dado origen a una compleja y saludable polémica en las ciencias sociales y en el marxismo contemporáneo.

**Pedidos:**  
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.  
Tels. 410 46 96 y 410 47 98

**Forma de pago:** talón bancario  
o giro postal



**Precio de este ejemplar: 400 Ptas.**